



La Cruz del Sur

Mike Sims

La Cruz del Sur

Mike Sims

“La Cruz del Sur ”

Escrito por Mike Sims

Copyright © 2018 Mike Sims

Índice

| | | |
|---|----|----|
| Miguel | 1 | |
| Un día normal | 5 | |
| El rival | 12 | |
| Un día en la vida de Héctor | 14 | |
| Un día en la vida de Zora | 16 | |
| Un día en la vida de Sara | 18 | |
| Un día en la vida de Zane | 20 | |
| Un día en la vida de Laura | 21 | |
| Un día en la vida de Raúl | 24 | |
| El hombre de la ciudad | 27 | |
| Me rindo | 33 | |
| La separación de Carlos | 41 | |
| Se necesita hacer un gran esfuerzo para ser tonto | | 45 |
| La oscuridad que precede al amanecer | 53 | |

| | |
|---|-----|
| Un nuevo amanecer y un nuevo día | 61 |
| Detrás de las cortinas | 66 |
| Allá lejos | 70 |
| Las estrellas no mienten | 85 |
| Los niños deben escuchar y obedecer | 90 |
| Desprotegidos | 104 |
| Llega un nuevo amanecer | 116 |
| Las noticias | 120 |
| El viaje de regreso a casa | 123 |
| Hora de pagar el precio de la estupidez | 127 |
| De nuevo en casa | 133 |
| Diplomático | 138 |
| Cae el martillo | 141 |
| Destino D. F. | 143 |
| Descanso liberador | 150 |
| Se siente bien estar de regreso en casa | 154 |
| Suenan las campanas en el valle | 163 |
| Equinoccio | 166 |

Miguel

Cuando hacemos planes bajos las estrellas, ellas nos parecen inmutables. Una vez que el sol abandona la tarea de regir sobre el día, los cielos son la prueba de que, más allá de nuestro intento por manejar los asuntos en la Tierra, ellas permanecen inalterables. Las estrellas nos reconfortan en la noche oscura. Mientras el sol da vida a todos los seres del planeta, los soles lejanos se hacen presentes en nuestras vidas y en la naturaleza por medio del ritmo y de sus señales. Es bajo esa brisa nocturna que un niño de doce años llamado Miguel Ortiz se sienta sobre las rocas y contempla las estrellas mientras piensa:

—Las estrellas, algunas cercanas y otras lejanas, forman figuras. Si las constelaciones son reales, tienen que ser la prueba de que Dios está aquí con nosotros y que Él las crea para que así todos podamos verlas así — murmura para sus adentros.

—¡Miguel! —se escucha que grita Manuel, su padre, a lo lejos—. ¡Regresa a casa!

—¡Ya voy! —grita Miguel, sin dejar de contemplar el cielo oscuro. Piensa y se pregunta: «¿Qué más habrá allí arriba?».

Miguel corre de regreso a casa, una localidad situada en una meseta coronada a lo lejos por montañas. Ellos viven en el estado de Michoacán, México, y la pequeña aldea recibe el nombre de Las Oilas y es casi una comunidad primitiva de treinta y cuatro habitantes. Llevan una vida simple sin dispositivos modernos, nada de teléfonos móviles ni de televisores, nada que los conecte al mundo que tú y yo conocemos en los 90. Han permanecido allí durante siete generaciones, viviendo en una zona árida y desértica que no se destaca por nada ni posee ninguna referencia que permita ubicarse. Incluso las montañas a lo lejos parecen desdibujadas. Las tareas diarias consisten en

cultivar vegetales y cuidar las gallinas, las vacas y las ovejas como medio de sustento y para la venta. Un pozo en el centro del pueblo les provee de todo el líquido de vida que necesitan. Es simple, pero de alguna manera, paradisíaco ya que nadie los molesta desde el exterior.

Su vida puede ser simple, pero eso no significa que sean ingenuos. Eligen vivir una vida libre de deudas y del descontrol del mundo moderno. Saben que las ventajas de ese tipo de vida tienen un precio, un precio que preferirían no tener que pagar, por eso disfrutan de vivir la vida con verdadera libertad, sin ataduras.

Incluso las tensiones que surgen de las tareas diarias, producto de su estilo de vida, los relajan y los hacen más fuertes y sanos, al contrario de lo que sucede con una vida confortable. No necesitan suplementos alimentarios ya que su comida tiene todos los nutrientes que necesitan. Todo en sus vidas está en equilibrio. Muchas personas en el mundo contemporáneo luchan por conseguir ese equilibrio o al menos sueñan con él, pero el tiempo es su enemigo y su pretexto a la hora de hacerlo realidad. No sucede así con la gente de la aldea. Su estrategia consiste en resolver la tarea en cuestión y disfrutar del tiempo para hacer las cosas que la mayoría del mundo moderno restringe a dos semanas al año. Es una prédica conocida por muchos pero que pocos practican. Aunque sea difícil, la gente de la aldea cree que vale la pena. El ritmo de una buena vida es música para el alma y la hace crecer de una forma desconocida. Solo aquellos que tienen la suerte de acceder a este estilo de vida pueden disfrutar de los beneficios de esta suave melodía. Una canción que se hace oír lo suficiente como para que todos sepan que existe. Esta es su vida y su historia.

La mayoría de la gente de la aldea es analfabeta aunque algunos maestros itinerantes suelen llegar para ofrecer sus enseñanzas a los más jóvenes. Sin embargo algunos de ellos, como Carlos, el tío de Miguel, se han ido con el fin de encontrar otra forma de vida en la ciudad. Él logró asistir a la Universidad y trabaja como geólogo para una empresa local que provee combustible y gas. Visita su aldea natal cada tanto y le lleva cosas a Miguel para incitar a su sobrino a buscar otro tipo de vida, lejos de la aldea. El papá de Miguel no está de acuerdo y siente que todo lo que necesitan lo pueden encontrar en la forma de vida de la aldea. Todos los habitantes de la aldea abrazan la misma filosofía que el padre de Miguel y ven en él liderazgo y confiabilidad.

Al llegar a casa, Miguel ve a su padre trabajando en un artilugio de madera.

—Llegas tarde otra vez, hijo —lo reprende su padre.

—Discúlpame, papá. Las estrellas me hacen pensar mucho y pierdo noción del tiempo.

—No hay nada malo en pensar, pero necesitas dormir. Tienes tareas que cumplir mañana, lo sabes.

—Sí, señor. —Miguel mira a su papá y le pregunta—: ¿Qué es eso?

—Es un abofeteador.

—¿Un abofeteador? —pregunta Miguel entre risas.

Manuel se ríe también junto a Miguel.

—Sí, hijo, un abofeteador. Verás, las cabras se comen todo, incluso la comida de las gallinas. Así que ponemos el alimento para las gallinas en el canasto como siempre pero ubicamos el abofeteador encima. Las gallinas pueden comer sin problemas, pero las cabras, que son más grandes, lo tienen que mover para llegar al alimento. Al hacerlo, este artefacto gira y les da una bofetada, lo que las asusta. Con un poco de suerte, las podremos mantener alejadas.

—De todas maneras, las mantenemos separadas.

—No siempre, hijo

—Bien, papi. —Miguel trepa por la escalera hacia la plataforma que hace de habitación mientras Manuel guarda su proyecto.

—Es hora de dormir para mí también —dice Manuel mientras ambos se encaminan hacia la cama.

—Papi.

—Sí, hijo.

—¿Crees que algún día seré astrónomo?

—Pienso que es posible, pero eres lo suficientemente grande para

entender que tu vida está aquí y que lo más probable es que te conviertas en un granjero como yo.

—El tío pudo salir de aquí.

—Esto no es una cárcel, hijo. Solo que no quiero que te desilusiones. Se necesita estudiar mucho para llegar a ser astrónomo.

—Yo aprendí a leer.

—También yo, hijo, pero aquí soy muy feliz.

—Yo *seré* astrónomo algún día, papá.

—Admiro tus ambiciones. Veremos qué piensas en un par de años. Ve a dormir ahora.

Miguel gira en la cama para contemplar el cielorraso de su hogar, formado por ramas y barro. Se siente abrumado por la perspectiva de ser astrónomo, pero a la vez esperanzado. Sin embargo, no puede reprimir la espantosa sensación de que su papá pueda tener razón. Cierra los ojos para dormir con un sentimiento de tristeza cuando un pedazo de barro que se cuelga entre las maderas cae desde el cielorraso y lo golpea en la cabeza. Abre los ojos y nota que se ha formado un agujero por el cual se puede contemplar una estrella que brilla. Sonríe y no deja de mirarla hasta que, por fin, se queda dormido.

A la mañana siguiente, su padre, de pie en la escalera del dormitorio, lo llama.

—Despierta, hijo. —Manuel nota la luz del sol que se cuelga por el agujero en el cielorraso—. Hay algo de comida en la mesa. Luego de que hayas desayunado, repara ese agujero sobre tu cama. Debe de ser alguna tabla suelta en el techo. —Su papá descende por la pequeña escalera y se sienta a la mesa.

«Mi ventana hacia el universo» dice para sus adentros mientras mira el agujero y luego se une a su padre en la mesa de desayuno donde lo espera

un menjunje con pinta de maíz. Miguel prueba la creación culinaria de su padre y le pregunta:

—Papá, ¿recuerdas a mamá de vez en cuando?

—Casi todos los días, hijo.

—¿Tú qué piensas? ¿Hubiera preferido que fuera granjero o astrónomo?

Manuel revuelve despacio la comida en su cuenco.

—Termina tu comida —le dice sin responder a su pregunta.

—Sí, señor. Solo me preguntaba qué pensaría de mí si aún estuviera con vida.

—Estaría orgullosa de ti, hasta de tu manía por contemplar las estrellas. Pero pienso que te aconsejaría que fueras un granjero como yo. Ya sabes que no se casó con un astrónomo, sino con un granjero. Ella podría haberse casado con quien hubiese querido.

Miguel sigue comiendo sin dejar de pensar en su madre. Había fallecido a causa de una enfermedad cuando él tenía cuatro años. Tiene vagos recuerdos de estar en su regazo mientras ella le canta. No puede recordar las palabras, pero lleva la melodía en su corazón como un tambor que late a cada instante.

Un día normal

Miguel y su papá comienzan el día alimentando a las cabras, ovejas, vacas y gallinas. Miguel busca agua del pozo y vacía la cubeta del pozo en las dos que carga en la punta de un palo, una a cada lado, sobre sus hombros.

—Aquí vamos —dice Manuel mientras toma una de las cubetas. Vierte el agua en el abrevadero y los animales llegan corriendo para beber—. Nada nos da más satisfacción que cuidar de los animales que cuidan de nosotros —le dice a Miguel.

—Sí, señor.

—Vamos, entonces. Llevemos las vacas al cobertizo así las mujeres pueden ordeñarlas.

Ya terminado su trabajo en el cobertizo, Miguel echa un vistazo a Sara Martínez y a su hija Laura que pasan a su lado para ir a ordeñar las vacas. Laura le sonríe, pero cuando él le devuelve la sonrisa, ella se apura a sacarle la lengua. Miguel parece confundido y ella se ríe.

—Laura, eso no se hace —le dice su madre.

Miguel las contempla mientras entran al cobertizo, Laura deja de molestarlo y lo mira por encima del hombro.

—¡Laura! —le grita su mamá y la arrastra hacia adentro del cobertizo.

Manuel mira a Miguel con una sensación de alivio, piensa que su hijo aún puede ser un granjero.

—Hijo.

Manuel emprende el regreso a su casa.

—Sí, señor —responde Miguel y lo alcanza.

—Laura es un encanto, ¿verdad? —comenta Manuel más tarde

mientras se lava las manos en el fregadero.

—Puede ser —responde Miguel de forma evasiva.

—Si yo fuera tú, no la dejaría escapar.

—¡Papá! Tiene once años.

—Oh, que enorme diferencia de edad, hijo.

—Somos buenos amigos, papá. No puedo mirarla con otros ojos.

—Mmm. Está bien.

Manuel saca algo de pan y unos frijoles machacados y los pone sobre la mesa.

—Aquí tienes, hijo.

—Papá, ¿podemos hacer una excursión? —pregunta Miguel mientras mastica su comida.

—¿Con este calor?

—De noche y contemplar las estrellas.

—Hijo, no hay nada para ver.

—Pensaba que si fuéramos a las montañas podríamos ver mejor las estrellas.

—¿Tienes idea de lo lejos que están esas montañas, hijo? Son solo siluetas en la distancia lo que significa que están demasiado lejos para que nosotros lleguemos hasta allí.

—¿Piensas que el tío Carlos me podrá llevar la próxima vez que nos visite?

—No, es demasiado peligroso. Hay mucha gente mala por allí.

Miguel luce decepcionado mientras sigue comiendo.

—¿Papá?

Manuel deja caer la cabeza.

—Sí, hijo.

—¿Podemos aunque más no sea hacer una caminata por el viejo lecho

seco del río? Fuimos allí una vez.

—¿Eso te acallaría por un rato?

—Sí, señor.

Manuel mira a su hijo y Miguel lo mira con ilusión.

—Por supuesto —dice finalmente, una vez que terminemos de arreglar la cerca de las ovejas, saldremos.

—¡Sí!

Miguel termina su comida en tiempo récord y espera a que su papá también lo haga para ir a cumplir con las tareas. Le parece una eternidad el tiempo que le lleva a Manuel acabar el plato para salir a arreglar la cerca de las ovejas. Son alrededor de veinte y la gente del pueblo las cuida de manera colectiva. La cerca se ha roto por el constante movimiento de los animales y algunas espantadas. Manuel y Miguel buscan ramas de viejos robles y de algunos enebros que se encuentran en las zonas menos desérticas no muy lejos de allí, cortan las ramas más rectas para poder reparar la cerca. Miguel ayuda con ansiedad a finalizar el trabajo.

—Bueno, hijo, si tan sólo trabajaras así todo el tiempo, este pueblo no tendría problemas —comenta su papá.

—¿Podemos ir ahora, papá?

—Sí, llevemos algunas botellas con agua.

Toman algunas viejas botellas plásticas de agua que el hermano de Manuel y otros que visitan a sus parientes dejan allí en un intento por llevar algo del mundo moderno hacia Las Oilas. Miguel está ansioso y corre hacia la casa en busca de las botellas. Para cuando su papá regresa a la casa con las herramientas, Miguel ya está listo.

—Bueno, hijo, vamos.

Se dirigen hacia el oeste, hacia el viejo cauce seco del río que se cortó después de que construyeran un dique en un pueblo más grande con

agricultores comerciales. Ya hace muchos años que los campesinos se vieron obligados a mudarse para aprovechar el acuífero con un pozo y mantener a su pueblo con vida. Manuel recuerda muy bien esos días cuando era tan solo un niño. Pero, de todas maneras, él se siente conforme viviendo así. Una vez que se establece una rutina, la vida se vuelve normal y razonable bajo cualquier condición.

Luego de una hora de caminata, llegan al cauce del río seco.

—Aquí estamos, hijo. ¿Has visto lo suficiente?

—Avancemos un poco más, papá.

—¿Para qué? No hay nada más aquí que desierto y más desierto.

—He visto luces en esta dirección cada noche durante varias semanas.

—Ahora entiendo para qué me has arrastrado hasta aquí.

Luego de aproximadamente otra hora de caminata, Manuel empieza a perder la paciencia.

—Miguel, es necesario que peguemos la vuelta, se nos está haciendo tarde.

—Solo hasta aquella colina, papá. Por favor.

—Bien, pero eso es todo.

Trepan la suave pendiente y Manuel bebe un trago. De repente, Miguel se detiene.

—¿Qué ocurre? —le pregunta Manuel a su hijo que tiene la mirada fija en la distancia. En el medio del árido desierto y rodeado de una cerca alambrada se alza un edificio enorme de un solo piso.

—¿Adónde vas? —le pregunta Manuel cuando Miguel se encamina hacia el edificio.

—Quiero ver qué dice el cartel en la cerca.

—Eso es propiedad privada y parece importante. Volvamos a casa.

—Solo un poco más para leer el cartel y regresamos, lo prometo.

Manuel sonrío de forma burlona y asiente con la cabeza mientras comienzan a descender por la colina. Las instalaciones parecen abandonadas, a excepción de unos todoterrenos negros estacionados dentro de la cerca y un helipuerto vacío. Ahora es posible leer el cartel: «Centro de Investigaciones Petroquímicas. No ingresar bajo apercibimiento de penalidad legal».

Manuel toma a su hijo por los hombros.

—Vamos —le dice.

Miguel pega la vuelta, pero vuelve a mirar el cartel. Regresan a casa en silencio.

Al llegar al pueblo, Sara y Laura los saludan y les ofrecen algo de comer. Toman asiento en unas sillas viejas en la zona central del pueblo, cerca del pozo. Algunos de los campesinos se asoman ya que el sol se esconde y refresca.

—¿Anduvieron en busca de aventuras, muchachos? —pregunta Sara.

—Anduvimos en el medio de la nada —responde Manuel.

—Sin embargo, nos topamos con una empresa petrolera —agrega Miguel.

Uno de los campesinos más viejo, Héctor López, pregunta:

—¿Una empresa petrolera?

—No es una empresa petrolera —responde Manuel—. O...quizás, sí. No lo sé. Había un cartel en la cerca alambrada con la palabra «Petro».

—Tenía un aeropuerto para helicópteros y había autos adentro, pero no se veía a nadie —explica Miguel.

Raúl Torres, a quien apodan «Burro», autodenominado el idiota del pueblo, pregunta:

—¿Y cómo supiste que era un aeropuerto para helicópteros?

—Tenía dibujada una «H» enorme, ¿qué otro cosa podría ser?

También decía: «No ingresar» —responde Manuel.

—Me parece que ustedes dos deben mantenerse alejados de allí —
acota Sara.

—Estoy contigo, no deberíamos acercarnos —coincide Héctor.

—Quizás deba ir a investigar —se ofrece el Burro.

—Ni se te ocurra —le dice Héctor.

El Burro baja la mirada y se retira enojado.

Miguel echa un vistazo a Laura que le saca la lengua y esquiva la mirada. Miguel sacude la cabeza y vuelve a mirar a los campesinos.

—Ese debe de ser el origen de las luces que he visto estas noches en esa dirección.

—¿Luces? —pregunta uno de los campesinos.

—Sí, durante varias horas en las últimas noches he visto luces en esa dirección —explica Miguel.

Sara mira a Laura, que le saca la lengua a Miguel, y le da una palmada en el hombro. Levanta la mirada y dice:

—Bueno, esa debe de ser la razón.

—No lo sé. Supongo que seguirá siendo un misterio —dice Manuel con una sonrisa—. Buenas noches. Gracias, Sara, por la comida.

—Por nada, señor Ortiz.

Todos se dispersan y Miguel observa que Laura lo está mirando. Le saca la lengua y ella parece desconcertada.

Sara los ve y sonrío.

—Vamos, señorita.

Miguel alcanza a su papá cuando está entrando a la casa. Se sienta a la mesa y sus pensamientos vuelan mientras Manuel trabaja en el invento para

las cabras. Mientras lustra una parte del artefacto, le pregunta:

—¿Qué pasa, hijo?

—Pensaba en la petrolera que vimos.

—No es asunto nuestro, Miguel.

—Sí, señor. ¿Puedo salir a contemplar las estrellas? Ya está oscuro.

—No te quedes hasta muy tarde, ¿sí?

—Sí, papá.

Miguel parte feliz hacia su lugar preferido en el mundo, sobre las rocas, desde donde puede ver el pueblo a la distancia. La cálida luz de las lámparas de aceite brilla y se van apagando de a poco a medida que avanza la noche. Hace rato que la luz del sol se ha extinguido y las estrellas dominan el cielo. Miguel contempla la constelación de la Cruz del Sur que brilla en todo su esplendor.

El rival

Manuel habla con varios aldeanos acerca de construir un nuevo corral para los animales cuando Zane Flores llega y se mete en la reunión. Zane es el único hijo de Zora, una viuda de personalidad cuestionable. Su aparente carencia de moral se ha manifestado en su hijo quien se siente superior y el más capacitado para llevar adelante lo que sea dentro de la aldea. Por mucho que Manuel intenta mantenerlo a raya, él consigue entrometerse.

—¿De qué hablan? —pregunta Zane.

—Hola, Zane. Hablábamos de construir un nuevo corral para los animales —responde Manuel.

—¿Y para qué lo necesitamos?

—Bueno, se han presentado problemas entre algunos de los animales al estar todos en un mismo lugar. Algunos están causando problemas en el grupo.

—Yo no he notado ningún problema. ¿Estás seguro?

—Bastante seguro. Al parecer si juntas ejemplares líderes, aparece el conflicto. Es mejor mantenerlos apartados para que cada uno haga lo suyo.

—Quizás deberías confiar en que la naturaleza nos revele un ganador.

—No siempre gana el mejor, sino el más malvado.

—Ya veo. ¿Así que tú piensas que un líder débil debería hacerse cargo del corral a pesar de su falta de capacidad para hacerlo?

—Yo solo digo que para el bienestar de la mayoría de los animales, el líder correcto debe tener la posibilidad de mantener un rebaño sano y en paz.

—No estoy de acuerdo.

—¿Qué piensan ustedes, muchachos? ¿Construimos un nuevo corral o no? —le pregunta Manuel a los otros dos aldeanos quienes asienten con la cabeza. Zane se retira ofendido.

—¿Por qué tiene que ser siempre así? —le pregunta uno de los aldeanos a Manuel.

—Necesita su propio corral —advierte Manuel a secas.

Los hombres se retiran y Manuel va hacia pila comunitaria de madera para empezar con la construcción del nuevo corral. Está haciendo hoyos para la nueva cerca cuando nota que llega la maestra itinerante para enseñar a los niños de la aldea. Miguel está siempre atento y trata de mejorar a partir de la educación. Manuel lo mira con orgullo. Por mucho que intenta retenerlo, sabe que su hijo no está destinado a este tipo de vida. Aunque le molesta el hecho, le da una leve esperanza de que las cosas mejoren. Quizás Miguel pueda concretar un estilo de vida que él jamás pudo concretar. Manuel mira hacia la casa de Zane donde éste mata el tiempo con otros más. Zane mira con desprecio a Manuel, que trabaja. En lo profundo de su corazón, Manuel sabe que tendrá que lidiar con Zane. Es la naturaleza de las cosas.

Un día en la vida de Héctor

A Héctor López lo suelen llamar «el hombre viejo» en señal de respeto, ya que es el más sabio en la aldea. Es de caminar lento y de conducta tranquila. Es un observador en la aldea y suele actuar como mediador en las disputas. Es una figura paternal que cuida de todos. Un hombre de naturaleza gentil que sería capaz de dar todo de sí. Sus responsabilidades son pocas, por su edad está exento de las tareas pesadas. Sin embargo, cuida de su mascota, una cabra.

Suele suceder que los consejos de Héctor no son bien recibidos por los aldeanos más jóvenes que creen saber cómo manejar las cosas, pero al final lo reivindicán cuando los sucesos le dan la razón. Aun así, disfruta del respeto de la mayoría ya que todos viven y trabajan como familia. Pasa la mayor parte del tiempo en su silla, tallando figuras de madera y observando qué hacen los demás. Nota que a Zora la ayudan su hijo Zane y Raúl, conocido como el Burro. Le divierte ver cómo irritan a Zane las payasadas del Burro y cómo consigue que se retire, aunque tan sólo es una táctica para quedar a solas con Zora. Ellos actúan como si fueran tan solo amigos, pero todos saben que comparten la intimidad.

Héctor sigue tallando cuando ve a Manuel que, como siempre, está reparando cosas para los demás. Miguel lo ayuda, pero no puede evitar volver constantemente a sus libros de astronomía. Héctor recuerda los tiempos de su juventud, cuando deseaba ser un vaquero profesional. Las oportunidades son escasas en esta parte del mundo y sus sueños nunca pudieron hacerse realidad. Es verdad que ganó una competencia en sus veinte de lo cual se siente muy orgulloso. Suele revivir esos tiempos en su mente y entra en un pasado donde vuelve a montar su yegua, Sombra, una azabache muy rápida. Alcanzó algo de

popularidad y lo invitaron a formar parte de la gira de un rodeo itinerante. Era la oportunidad con la cual había soñado toda su vida. Pasó varios días aprendiendo las rutinas que deseaba mostrar hasta que un día una niña llegó a los gritos diciendo que su hermana se había caído por un barranco y que necesitaba ayuda. Héctor montó a Sombra, alzó a la pequeña y corrió tan rápido como pudo hacia el barranco. La muchacha estaba herida, pero consciente y lloraba. No tenía una cuerda lo suficientemente larga como para descender, pero vio una posibilidad. Dejó a la niña y le dijo que esperara a que llegaran los demás mientras él cabalgaba hacia donde se encontraba su hermana. Al intentar superar la pendiente, Sombra tropezó y se quebró una pata aunque logró salvar a Héctor al quitárselo de encima con un corcovo mientras caía hacia una muerte segura.

—¡Sombra! —gritó Héctor, pero la yegua yacía ya sin vida allí abajo. A pesar de la tragedia, él consiguió llegar hasta la muchacha herida, tomarla en brazos y emprender el regreso. A medida que iba ascendiendo, se fue encontrando con otros integrantes del rodeo y con gente de la zona. Ellos tomaron a la niña y los amigos del rodeo le preguntaron por su yegua.

—Dio su vida para salvarme a mí y a la niña —les explicó y, con lágrimas en los ojos, se retiró e incursionó en diferentes trabajos hasta que se estableció definitivamente en la aldea que el rodeo acababa de visitar. Y allí se quedó desde entonces.

Sara se acerca y le pregunta:

—Héctor, ¿podrías hacerme un cuenco?

—Por supuesto, muchacha. ¿De qué tamaño lo quieres?

—Así estaría bien —dice Sara haciendo señas para demostrarle el tamaño.

—No hay problemas, cariño.

Sara mira lo que Héctor está tallando, le acaricia la mejilla y sonríe.

A medida que ella se retira, Héctor baja la mirada para observar la figura tallada de Sombra y luego vuelve a mirar a Sara.

—Sombra, mi niña, salvaste a una hermosa mujer —dice y deja la talla a un lado para buscar las herramientas necesarias para comenzar a fabricar el cuenco.

Un día en la vida de Zora

Desde temprana edad, Zora Flores soñaba con convertirse en monja. Era una buena niña, siempre respetuosa de sus padres pero ellos eran estafadores que pasaban sus días entrando y saliendo de prisión. Solía ayudar a la gente, pero la fama de sus padres hacía que la gente la mirara con sospechas y que ella tuviera que pasar el tiempo tratando de convencer a los demás de que sus intenciones eran honestas. Por lo general, debía ayudar a la gente a escondidas, sin que ellos supieran de quién se trataba. No le molestaba el engaño siempre que Dios supiera la verdad.

Cuando Zora cumplió los dieciséis años, conoció a un muchacho de poco más de veinte que era agradable y, a sus ojos, perfecto. Su deseo de convertirse en monja se desvaneció frente a este muchacho buenmozo que la llamaba «Z». No podía pensar en nada más. A sus padres, siempre concentrados en su próxima estrategia, no la cuidaban. El novio de Zora, Javier, la convenció de escaparse con él. Fue como un sueño hecho realidad, pero a las pocas semanas volvió con sus padres, molesta y embarazada. La gente estaba convencida de que no era bueno que ella tuviera un hijo extramatrimonial y su novio recibió una condena por robar un banco.

Su vida terminó en ruinas y después de dar a luz a un varón al que llamó Zane, se fue lejos. Su mudó a la aldea y comenzó a beber. Vivía sin preocuparse más que por ella, odiaba su vida y no confiaba en nadie. Su hijo, Zane, heredó esos sentimientos y creció en un ambiente de ira. Día a día, ella veía la cara de su amante reflejada en la de su hijo, eso la hacía recordar el fracaso en su vida. Sin embargo, protegía a su hijo y decidió ceder a sus vicios. El Burro era el tonto del pueblo, pero para ella él era su tonto. Quizás fuera la única persona a la que ella creía poder ayudar de manera sincera.

Hasta la intimidad que compartían era para ella una manera de proteger al Burro y así impedir que sintiera necesidad de alguien más que pudiera aprovecharse de él. Una extravagancia psicológica que, de alguna manera, la gratificaba.

Zora solía mirar a Manuel a quien encontraba atractivo. Cada tanto se le insinúa, pero él la rechaza por considerarla una mujer fácil y borracha. Ella sabe que él aún guarda luto por su difunta esposa Sofia y sospecha que, de a poco, Sara va ganando su corazón, pero aun así le gusta agitar las cosas. También sabe que hace enfurecer a su hijo, Zane, y quizás de alguna manera extraña es su forma de vengarse de Javier por su traición.

—¿Qué estás haciendo, mamá? —le pregunta Zane a medida que se acerca.

—¿A qué te refieres con «qué estoy haciendo»?

—Bebiendo tan temprano en la mañana.

—Deberías ser más respetuoso con mi forma de beber, Zane. En él hay una parte de tu papi, también. Si no fuera por la bebida, tú no estarías aquí.

Zane se aparte disgustado.

—¡Sal de mi camino, idiota! —le dice al Burro y lo empuja hacia un lado.

Zora mira al Burro.

—No le hagas caso, Raúl —le dice—. Tiene un mal día. —Zora comienza a reír de manera descontrolada mientras abraza al Burro y le dice: —Ven aquí, chico, tengo algo que mostrarte adentro.

Ingresan a su cabaña para tener privacidad.

Un día en la vida de Sara

Sara ha vivido toda su vida en la aldea y le debe la vida a Héctor y a Sombra. Su hermana mayor se fue a los veintitantos cuando se enamoró de un militar y luego falleció en un incendio. Sara siempre se sintió en deuda con su hermana por haberle salvado la vida cuando, el día de la tragedia, consiguió ayuda. Y la hermana, de alguna manera, se sentía culpable por haberla incitado a caminar sobre el borde del barranco. A Sara la entristecía ver que, después del episodio, ya no parecían tan unidas ya que su hermana vivía con remordimientos. Antes de que ella dejara la aldea, pasaron un hermoso día y limaron las asperezas entre ellas. Aún echa de menos a su hermana y a sus padres. Ellos eran personas gentiles y protectoras que siempre trabajaban mucho y ayudaban a los demás. Su vida era simple y encontró a un buen hombre a temprana edad con quien tuvieron una niña, a la que llamaron Laura. Él siempre se preocupaba por el futuro y había emigrado a Estados Unidos para encontrar un lugar para ellos. Sin embargo, lo mataron en una plantación de California y nunca volvió. Ella se adaptó, poniendo su energía en el cuidado de Laura y, las bases firmes que sus padres le ofrecieron, la convirtieron en una persona fuerte y estable. Quizás fuera por eso que Zora sentía celos de ella y se le insinuaba de manera constante a Manuel. Zora sabía que a Sara le gustaba Manuel, notaba cómo siempre lo miraba. Algo en Manuel le recordaba a su difunto esposo y se sentía muy unida a él. Manuel solo se relacionaba con ella ante la necesidad y jamás demostraba algún interés visible en ella. A pesar de todo, ella tenía sentimientos profundos por él y sentía que tenían juntos un destino por delante.

A menudo, Sara asumía la tarea de lavar la ropa de Manuel y de Miguel ya que Manuel ayudaba a todos de diferentes maneras. Ella trata de

interactuar con Manuel, pero es su hija Laura quien parece disfrutar de pasar el tiempo con Miguel. Se encontraba zurciendo un agujero en el vestido de Laura cuando ella se le acerca.

—Mami —dice Laura.

—Sí, querida.

—¿Por qué Miguel mira tanto las estrellas?

—Bueno, supongo que él ve cosas de las que nosotros no somos conscientes. Quizás esté buscando respuestas.

—Yo creo que es raro —advierde Laura.

—Laura, eso no está bien. Solo porque alguien haga algo que nosotros no entendemos, no significa que sea raro.

—Tienes razón, mamá. ¿Puedo salir a pasar el rato con Miguel?

—Claro, cariño.

Sara sale corriendo y Sara dice para sus adentros: «Raro».

Un día en la vida de Zane

Zane observa cómo su mamá y el Burro entran a su cabaña. Sigue cavando un hoyo para construir un nuevo abrevadero para sus cerdos. No le agrada el Burro pero le preocupa por su madre, así que se hace el tonto. Mientras está cavando, observa cómo trabaja Manuel. No sabe por qué Manuel lo hace enojar tanto. Todo lo que puede hacer es mirarlo con desprecio. Piensa: «Nuestro gran líder, tendría que pegarle hasta que entendiera lo poca cosa que es. Miren al vándalo de su hijo, siempre despierto hasta tarde mirando el cielo. Ojalá se le cayera algo encima y lo golpeará en su cabeza hueca».

Sigue cavando bajo los fuertes rayos del sol. «Un viejo que no tiene mejores cosas que hacer que tallar maderas. Oh, esperen, parece que ahora está por hacer otra cosa. Quizás sea otro cuenco. A la gente le gusta mantenerlo ocupado», es lo que piensa Zane de Héctor.

Al notar a Sara en la distancia, piensa: «Esa sí es una mujer delicada. Una pena que ande detrás de ese fracasado. Él no merece una mujer delicada como ella. Debería buscarme a mí y le demostraría lo que es un hombre de verdad. Al ver a Laura correr hacia Sara medita sobre la gran cantidad de niños bastardos en la aldea. Ahoga la carcajada cuando la risa se convierte en dolor. Termina de cavar el hoyo y arroja algunas sobras de comida en él.

—Aquí tienen, cerdos —dice con orgullo—. Coman ustedes ahora que ya los comeré yo a ustedes después.

Se ríe cuando los cerdos corren hacia la comida. Se apoya en la pala y mira el sol. «Hace calor», dice para sus adentros y se pregunta qué está haciendo allí. Emprende el regreso y patea a uno de los cerdos.

—¡Fuera de mi camino, cerdo!

Un día en la vida de Laura

Después de pedirle permiso a su mamá para salir a jugar con Miguel y de obtener su consentimiento, Laura sale corriendo a buscarlo. Al salir ve a Zane que patea uno de los cerdos y, enojada, se da vuelta para mirar a su mamá.

—No le prestes atención a Zane, Laura. Ve a jugar.

—Pobre cerdito —dice Laura y olvida pronto la frustración por el maltrato animal. Se concentra entonces en encontrar a Miguel que estaba ayudando a su papá la última vez que lo vio. Sin embargo, enseguida se distrae con un movimiento que apenas logra captar. Mira en torno a la salida de la aldea, pero no ve nada aunque percibe movimientos en una roca a su lado y gira. Al rodear la enorme piedra se encuentra frente a frente con una gran serpiente lista para atacar. El miedo la paraliza ya que reconoce que está en problemas y trata de retroceder con lentitud. Sin embargo, cada pequeño paso que da, pone a la serpiente más alerta en su intento. Empieza a llorar cuando el terror se apodera de ella. La serpiente se agita furiosa, sin perderla de vista, lista para atacarla cuando una piedra la aplasta.

—Ya no volverá a molestarte —le dice Miguel satisfecho.

Laura corre a abrazar a Miguel.

—Tenía tanto miedo.

Miguel la abraza y la acompaña hasta la aldea.

—Vamos —le dice con ternura.

Al llegar a la aldea, los campesinos pueden escucharla llorar mientras Miguel trata de contenerla.

Sara deja caer lo que tiene en sus manos y corre hacia ella.

—¿Estás bien, cariño?

—Estoy bien, mami. Había una serpiente, pero Miguel la mató.

Para ese momento ya habían llegado Zane y Manuel y los demás se arrimaban al ver la concurrencia.

—¿Qué pasó, hijo? —le pregunta Manuel a su hijo cuando están cerca.

—La atacó una serpiente —le comenta Sara.

Sara revisa a Laura para ver si tiene alguna mordedura.

—Estoy bien, mamá. Él la mató con una piedra —la tranquiliza Laura.

—Muéstrame dónde ocurrió, hijo —le pide Manuel.

Miguel guía a Zane y a Manuel hasta donde se encuentra la serpiente aplastada. Manuel mueve la piedra con una vara que lleva. La serpiente está muerta y aplastada y la tierra de bebe sus fluidos.

—Buen trabajo, hijo —le dice Manuel. Miguel sonríe pero no se siente orgulloso, solo feliz de que no hubiera lastimado a Laura.

Zane levanta la serpiente.

—Oh, a mis cerdos les encantará esto —dice mientras se aleja con la serpiente.

Manuel acaricia la cabeza de Miguel y sonríe al emprender el regreso. Zane pasa por al lado del grupo que lo mira acarrear la serpiente. Zora y el Burro asoman de la cabaña y el Burro corre hasta Zane.

—Uy, yo la quiero —dice el Burro.

—Esto es para los cerdos, idiota.

El Burro corre hasta la multitud mientras Zora solo regresa a la cabaña. El Burro escucha el relato que Miguel hace a los aldeanos.

—Dime, ¿piensas que hay más de estas por ahí? —pregunta el Burro.

—Por lo general, llegan en grupo —le comenta Héctor—. No es común que anden en el llano a esta hora del día. Algo la debe haber hecho salir.

—No lo sé —admite Manuel—. Miguel y yo vamos a revisar a ver si encontramos más.

—Yo los acompaño —dice el Burro.

—Pero vas con cuidado y no te pones a jugar con ellas como la última vez que encontraste una —dice Héctor.

—Lo vigilarémos —le asegura Manuel.

—Vamos, Raúl.

Salen los tres de excursión a buscar compañeras de la serpiente.

—¿Quieres un poco de agua? —le pregunta Sara a su hija.

—Sí, mami.

Sara y Laura caminan de regreso a su casa y Sara comenta:

—Apuesto a que te has deshidratado después de tantas lágrimas.

—Mami, Miguel me protegió como corresponde, ¿no?

—Sí, cariño. Te protegió como si fuese un hermano mayor.

Un día en la vida de Raúl

Manuel, Miguel y el Burro buscan serpientes alrededor del pueblo, caminando en espiral. El Burro pasa el tiempo levantando piedras para arrojarlas hacia delante y golpear otras.

—Eres bastante bueno en eso, señor Torres —le dice Miguel.

—Burro, llámame Burro.

—Hijo, llámalo por su nombre —le dice Manuel.

—Sí, señor —le dice Miguel levantando la vista hacia su padre.

El Burro mira a su alrededor y lanza otra piedra. Luego observa a Miguel.

—Si aparece otra serpiente, sabes que la mataré con un solo tiro.

—Apuesto a que sí, señor Torres.

—Ey, Manuel, ¿por qué crees que llegó esa serpiente hasta aquí? Supuse que permanecerían más cerca del riacho junto a la orilla del bosque. Este lugar está muy lejos.

—Tiene razón, Raúl, pero estas serpientes de cascabel aman el desierto. Por lo general, prefieren los terrenos más altos para esconderse. Pienso que algo no muy lejos de aquí las debe haber empujado en esta dirección —responde Manuel.

—Quizás haya sido por ese edificio que vimos —dice Miguel.

—Sí, los escuché hablar de eso. ¿Qué hay de ese edificio? ¿Podemos ir hasta allí? —pregunta Raúl.

—Está bastante lejos. Creo que deberíamos mantenernos al margen —dice Miguel.

—Vamos, echemos un vistazo. Al menos díganme dónde queda —insiste Raúl.

—De verdad, deberías mantenerte lejos de allí. Parece algo importante.

Raúl parece desilusionado y arroja otra piedra.

—Todos piensan que soy un gran idiota y que no puedo cuidar de mí mismo.

—Eso no es verdad, solo nos preocupamos por ti —le asegura Miguel.

—Ustedes saben que yo no siempre fui así, solía ser muy listo.

—Tú eres muy listo, solo eres diferente. No dejes que nadie te convenza de lo contrario —le dice Miguel.

Siguen caminando mientras Manuel y Miguel conversan acerca de cosas de padres e hijos. Los pensamientos de Raúl se remontan a los primeros recuerdos que tiene de sus padres. Tenía seis años. Sus padres vivían en la aldea y el maestro itinerante les dijo que Raúl manejaba con corrección el razonamiento espacial y que ya empezaba a entender las matemáticas. El maestro les dijo que su hijo era un prodigio, un caso especial que requería una educación acorde. No les era fácil a ellos entender lo que el maestro trataba de explicarles y menos aún comprender el misterio de la inteligencia de su hijo. Aceptan ir con el maestro a la ciudad y que su hijo se someta a un test para medir su coeficiente intelectual.

El maestro los lleva a la ciudad a un centro de diagnóstico psicológico que depende de una universidad local donde el profesor y los estudiantes graduados comienzan a evaluar a Raúl mediante varios estudios. Después de varias horas, el profesor lleva de regreso a Raúl con sus padres y les explica que su hijo es un superdotado y que tienen un programa para niños como él, que es gratuito. Lo hospedarían y le darían una educación acorde a su potencialidad. Ellos se sienten felices y orgullosos ya que su futuro se vislumbra brillante y Raúl se convertirá en alguien importante. El profesor le

dice al maestro que los conduzca de regreso a su hogar mientras él hace los arreglos.

En el camino de regreso, todos están felices por el hecho de que el talento de Raúl vaya a ser desarrollado como corresponde cuando, de repente, un camión enorme los embiste de costado y los arrastra por la calle. Resultó ser que el chofer se había quedado dormido y pasó una luz roja. Cuando la policía y los médicos llegan al lugar, encuentran a un solo sobreviviente en el auto, Raúl, que está en coma con heridas severas. La policía llevó a varios aldeanos al hospital para explicarles que Raúl sufría de un importante daño cerebral. Ellos le dijeron que volverían a buscarlo si se recuperaba.

Luego de varios meses en coma, el joven Raúl se despertó, pero parecía distante. Le costaba hablar y comprender cosas sencillas, incluso para un niño de seis años. Sus heridas sanaron y los aldeanos lo fueron a acompañar hasta que le dieron el alta médica. Podía caminar con normalidad y miraba a su alrededor como si viera las cosas por primera vez. Los médicos informan a los aldeanos que va a necesitar muchos cuidados ya que le cuesta comprender, pero ellos les dicen que lo cuidarán.

Cuando se estaban yendo, la enfermera le regala a Raúl un burro de juguete. Él lo mira confundido y la enfermera le dice:

—Es un burro.

Ella imita el sonido de un burro y Raúl se ríe.

—Nunca volverá a ser normal, pero estará bien —le dice el doctor a los aldeanos.

Raúl solo puede recordar fragmentos de su accidente, pero quizás esa sea la manera que Dios tiene de permitir que sea feliz en su condición. Recuerda algo divertido mientras camina con Manuel y Miguel y comienza a rebuznar como una mula. Miguel alza la mirada hacia su padre y Manuel le devuelve una mirada compasiva. Raúl se ríe de ellos mientras caminan de

regreso a la aldea.

El hombre de la ciudad

—¡Miguel, despierta! —le grita su papá ya bien entrada la mañana—. Te has vuelto a quedar dormido.

—Disculpa, papá.

—Bien, levántate que tu tío ya está aquí. Está bajando las cosas del auto.

Miguel se levanta de un salto de la cama, muy emocionado, y se pone la ropa de todos los días. Sale corriendo y ve a su papá y a su tío al costado del todoterreno.

—¡Tío!

—¡Miki! —Carlos gira y se agacha para abrazarlo—. ¿Adivina que tengo aquí dentro?

—¿Qué?

—Bueno, si me ayudas a llevar todo esto adentro, te lo muestro.

—Sí, señor.

Todos cargan cajas con provisiones dentro de la casa. Miguel salta de entusiasmo mientras espera que su tío le muestre lo que ha traído de la ciudad. Carlos abre una caja que lleva escrito el nombre de Miguel a un lado y saca unos mapas enrollados. Su tío abre el primero, un mapa del mundo.

—Ves, Miki, con este mapa puedes ver la longitud y la latitud de cualquier lugar en la tierra.

—¡Vaya, exactamente igual al que tenía el maestro itinerante!

—¡Así es! ¡Pero ahora tienes uno propio! —Carlos saca otros dos mapas del cielo nocturno con todos los nombres de las estrellas y las constelaciones—. Aquí tienes, uno del hemisferio Norte y otro del hemisferio Sur.

—¡Mira, tío! Allí está la Cruz del Sur, la estaba observando anoche.

—¡Muy bien! ¡Se ve que recuerdas todas las constelaciones!

—¡Sí! ¡Aún tengo ese libro de astronomía que tú me regalaste!

—¿Qué se dice, hijo? —interviene su padre.

—Gracias, tío.

Miguel abraza a Carlos que le dice:

—Eres mi sobrino, no hay problema. Ah, pero tengo algo más para ti.

—Carlos saca una caja más pequeña y se sienta cerca de Miguel. Manuel se acerca a mirar. Carlos le entrega un estuche de cuero con una sonrisa. Miguel lo mira con detenimiento, lo abre y encuentra unos binoculares—. ¿Sabes qué es eso? —le pregunta.

—Sí, tío. Son bin... bino...binoculares, ¿verdad?

—Así es, Miki. Pero no son tan solo unos binoculares, son binoculares con graduación militar. Son costosos. Puedes ver con ellos cosas lejanas de día, pero de noche con ellos verás mejor. Son binoculares de visión nocturna.

—Hermano, eso es demasiado costoso para Miguel —le dice Manuel.

—Tonterías. Necesita algo con que mirar las estrellas y con esto podrá verlas con mayor claridad.

Los ojos de Miguel brillan de emoción.

—¿Puedo salir a probarlos, papá? —pregunta.

Carlos mira a su hermano que le responde.

—Por supuesto, hijo.

—¡Genial!

Miguel abraza a su tío y sale corriendo. Carlos se levanta y, al abrir una de las cajas, comienza a reír.

—Ese chico te adora, pero ¿te parece que es correcto hacerle esa clase de regalos? —le pregunta Manuel a su hermano.

—¿Por qué no?

—Porque con el dinero que gastaste en esos binoculares pudiste haber comprado un bombeador manual para el pozo de la aldea y así no tendríamos que tirar la cubeta. O se podría haber usado para comprarle a Miguel ropa nueva. Sabes de lo que estoy hablando.

—Claro que sé de qué hablas. Quieres que él sea tan miserable como tú.

—¿Qué?

—Me has escuchado.

—Mira, sabes que te quiero y que aprecio todo lo que nos traes, pero temo la decepción a la que se enfrentará Miguel más adelante.

—Pienso que hablas de la decepción que te llevarás tú cuando ese chico se vaya a la facultad.

—¿Facultad? Si apenas puede escribir.

—Hay una sola cosa que le impide a ese chico cumplir sus sueños y no tiene nada que ver con la escritura.

—Educo a mi hijo como a mí me parece.

—Sí, porque a ti te educaron así.

—Tú te olvidas que tú también fuiste criado así.

—Sí, pero yo me di cuenta de que el hecho de que yo fuera criado así, no significaba que tuviera que vivir así para siempre.

—Alguien se tenía que quedar y ayudar a esta gente con sus vidas.

—Esta gente viviría igual con o sin ti. A ti te da miedo salir a enfrentar el mundo y cambiar.

—Ya sé que tú crees que eres mejor que yo.

—¿Cuántas veces hemos mantenido esta conversación? No soy mejor que tú, quizás huelas mejor.

Manuel sonríe.

—Ahora, si ya has terminado con este tema del héroe trabajador, podemos ir a mi todoterreno y bajar los caños y el bombeador —dice Carlos.

—¿Qué? ¡Un bombeador! ¿En serio?

—Sí, hermano, esta es mi aldea también. ¿Crees que no te presté atención las últimas doce veces que lo mencionaste? Me llevó tiempo conseguir una que se pudiera transportar con facilidad.

—¿Qué hay en esas cajas?

—Ah, esa es comida enlatada y herramientas para que mires después.

Ambos hombres van hasta el todoterreno y Carlos descubre pequeños trozos de caño como para llegar hasta el agua del pozo y algunos de sobra. Manuel busca sus herramientas y Carlos empieza a bajar el material necesario para instalar las tuberías en el pozo. Varios hombres salen a ayudar.

—Un bombeador —dice Zane—. ¿Quién lo necesita?

—Zane, si no vas a ayudar, vete de aquí —le responde con dureza.

Zane se retira de manera brusca cuando recuerda su último altercado con Carlos y cómo este lo venció.

Miguel está parado en su roca y mira en todas las direcciones a través de sus nuevos y poderosos binoculares. Vuelve la mirada hacia la aldea y observa que varios hombres junto a su tío bajan a su padre por el pozo así que corre de regreso para ver qué es lo que hacen. Manuel, sentado en un asiento de hamaca, clava grampas en las paredes del pozo para poder instalar los caños. Lo bajan aún más hasta que termina de poner las grampas. Luego los hombres hacen pasar los caños ensamblados a través de las grampas hasta el fondo donde Manuel se asegura de que los caños se sumerjan lo suficientemente dentro del agua como para poder extraer el agua del pozo. Luego de asegurar todas las grampas, lo suben hacia la superficie para poder sacar una cubeta de agua.

—¿Qué haces, papá? —pregunta Miguel.

—Verás, tenemos que preparar el bombeador llenando los caños con agua. Así, cada vez que accionemos la manija, saldrá agua.

—¿Cómo sabes hacer eso?

Carlos y Manuel se miran y sonríen.

—Trabajé durante algún tiempo cerca de la ciudad antes de que tú nacieras. Aprendí a trabajar con bombeadores —dice Manuel.

Miguel mira a su padre con asombro. Manuel llena las tuberías con agua y los hombres ajustan el bombeador a los caños y lo ajustan con firmeza a las paredes del pozo. Llegado este momento, la aldea entera está observando.

—Toma esta cubeta y sostenla en el pico de la bomba —le pide Manuel a su hijo—. Ahora empieza a bombear con la manija.

Miguel bombea mediante la manija una y otra vez y se escucha ruido del agua cada vez más fuerte hasta que, por fin, el agua empieza a llenar la cubeta. Los aldeanos gritan de alegría y Manuel estrecha la mano de su hermano.

—Gracias, hermano —le dice.

Carlos toma a su hermano y lo abraza:

—Aquí todos somos familia —le dice.

Más tarde en la nochecita, toda la aldea se reúne a comer algo y a disfrutar de las bebidas saborizadas que Carlos había traído y se arma una fiesta. La gente ríe y baila al compás de la música que sale del todoterreno de Carlos. A medida que la noche avanza, Miguel les muestra sus binoculares a los aldeanos y les muestra las estrellas. Ellos miran con asombro, sobre todo a la luna, que parece tan cercana a través de ellos. Sin embargo, Laura prefiere observar a Miguel mientras mira a través de ellos con devoción.

Suena en la radio una música instrumental, sin palabras.

—¿Qué canción es esa, papá? —pregunta Miguel.

Manuel y Carlos se miran y los aldeanos se quedan en silencio al recordar la canción que la difunta mamá de Miguel solía cantar. Manuel empieza a cantar la letra de la canción y toda la aldea se emociona con la poesía que habla de estar entre las estrellas. El corazón de Miguel late al son de la música, una música que hacía años que no escuchaba.

—Esa era la canción que tu mamá te cantaba hace ya muchos años —le explica Manuel—. Solíamos cantarla juntos cuando yo trabajaba en la ciudad. Yo trabajaba durante el día y a la noche la cantábamos en un club, un lugar donde la gente se reúne para pasar un buen rato. Éramos buenos y ganábamos buen dinero. Cuando tú naciste, ellas solía cantártela todo el tiempo. Cuando ella enfermó y falleció, yo volví contigo a la aldea. Volví a la vida que tenía sentido para mí.

Miguel se ve molesto, deja caer los binoculares y sale corriendo.

—¡Miguel! —le grita su papá y gira para enfrentar a los aldeanos mientras Carlos levanta los binoculares y les sacude el polvo.

—Ven, hermano. Deja que él lo resuelva.

Los aldeanos comienzan a dispersarse y vuelven a sus hogares después de limpiar todo. Laura observa en la oscuridad en dirección hacia donde Miguel se fue.

—Vamos, Laura. Él va a estar bien —le dice su madre y la aleja del lugar.

Miguel se sienta en su roca preferida y comienza a llorar. Mira hacia la Cruz del Sur y pregunta:

—Dios, ¿por qué te llevaste a mi mamá?

La brisa de la noche lo envuelve y a medida que pasan las horas, se siente más calmado y en paz. Vuelve la mirada hacia la aldea y nota cómo las luces se van apagando a medida que la gente se retira a descansar. Comienza a sentirse un poco más aliviado dentro de su dolor; al fin, se entera del porqué

de la canción y conoce su letra. Mira hacia las estrellas.

—Mami, te encontraré entre las estrellas, como encontré tu canción.
Te lo prometo.

Miguel se limpia las lágrimas y emprende el regreso a su hogar. Entra en silencio y se va a dormir, su papá y su tío también deciden entrar y dejarlo que duerma tranquilo.

Me rindo

Manuel y Carlos se levantan y notan que Miguel ya está sentado a la mesa.

—¿Estás bien, hijo? —le pregunta Manuel.

—Estoy bien, solo pensaba.

—No hay nada malo en eso —le dice Carlos.

—Tío, ¿es tu empresa la que está aquí cerca? —pregunta Miguel.

—¿Qué empresa?

—Hay una empresa petrolera hacia el oeste, a unos siete kilómetros de aquí —le explica Manuel.

—No debería estar aquí, en esta una zona no están autorizadas las perforaciones.

—¿No hay petróleo aquí? —pregunta Manuel.

—No. Esta meseta es parte de una reserva gubernamental donde no se permiten las perforaciones. Es por eso que a nadie le molestan estas aldeas. ¿Qué pudieron ver? —le pregunta Carlos a Miguel.

—Un gran edificio blanco con una cerca alambrada. Tiene helipuerto y había autos.

Carlos mira a Manuel.

—Así es —le confirma Manuel.

—¿Qué les parece si vamos a dar una vuelta con el todoterreno a ver qué se ve? —pregunta Carlos.

—Vayan ustedes dos, yo tengo cosas que hacer. Pero tengan cuidado —le responde Manuel.

—¿En serio? —pregunta Miguel emocionado.

—En serio —asiente Manuel.

Miguel toma algunas botellas de agua y los binoculares. Su tío conduce hasta las instalaciones.

—Mira, tío —dice Miguel cuando estacionan en la colina frente al edificio.

—Sí, veo. Préstame los binoculares.

Miguel se los alcanza y Carlos observa. Lee el cartel naranja, pero no parece haber actividad. Un helicóptero descansa en el helipuerto y hay varios camiones y vehículos estacionados en el edificio. También ve muchas cajas.

—¿Fue eso lo que vieron la última vez? —le pregunta y le pasa los binoculares a Miguel.

—No, ahora hay muchos más vehículos. La última vez, solo había un par de autos y esas cajas no estaban ahí.

—Cajas, contenedores para ser más exactos —le dice Carlos—. No le encuentro sentido a esto aquí. Volvamos. Cuando vuelva mañana a la ciudad, averiguaré.

Mientras conducen de regreso, Miguel pregunta:

—Tío, ¿cómo fue que papá dejó su trabajo en la ciudad?

Carlos permanece un rato en silencio antes de responder:

—Nuestro padre no quería que nos fuéramos. Le dijo a tu papá que cometía un grave error al alejarse. Yo ya me había ido y él también quería buscar suerte fuera de la aldea. Sin embargo, a él nunca le gustó estudiar, por eso trabajó en lo que estaba capacitado, soldando maquinaria. Era bueno y entonces conoció a tu mamá. Eran muy felices hasta que ella se enfermó, al poco tiempo de que tú nacieras. La enfermedad avanzó hasta acabar con ella. A tu papá le afectó sobremanera y no mucho tiempo después, nuestro padre falleció en un accidente cuando podaba un árbol. Los aldeanos lo encontraron desangrado, se había cortado accidentalmente con el hacha. Tu papá sintió que había decepcionado a todos y volvió a la aldea para hacerse cargo de todo.

Miguel mira a su alrededor.

—Suena como que quiso volver adonde las cosas eran más simples y fáciles.

—Eres un muchacho inteligente —le dice Carlos—. Una vida simple, puede ser; pero nada fácil. No hay nada fácil en el estilo de vida de la aldea. Nuestras familias han estado aquí por mucho tiempo y la aldea solía tener más habitantes. Mucha gente emigró en busca de una vida mejor. —Carlos mira a Miguel y continúa—: Nunca menosprecies a tu papá por haber tomado la decisión de volver aquí.

—No lo haré, tío. Yo estoy orgulloso de mi papá. Nunca supe que podía cantar.

—¿Nunca había cantado antes? —pregunta Carlos.

Miguel niega con la cabeza.

—Puede cantar como los pájaros y tu madre era un ángel —le dice Carlos.

—Me hubiera gustado compartir más tiempo con mamá.

—Ella siempre está cerca, Miguel. Ella está contigo, te cuida y te protege.

Miguel sonríe y continúan en silencios.

—¿Qué piensas, hermano? —pregunta Manuel al regresar con su sobrino a la aldea.

—Esa no es una empresa petrolera. Lo voy a verificar cuando regrese.

—¿Te vas mañana?

—Sí.

—¿Puedo salir a jugar, papá?

—Sí, vete —le dice Manuel—. ¿Lo pasaste bien con él? —le pregunta a Carlos cuando Miguel desaparece en la distancia.

—Preguntó por ti y por tu vida anterior.

Manuel baja la mirada hacia las herramientas que lleva en sus manos y no dice ni una sola palabra.

—¿Cuándo piensas hablar con él? Ya es casi un adolescente —le dice Carlos.

—No lo sé. Me cuesta mucho hablar.

Carlos apoya su mano en el hombro de Manuel.

—No te preocupes, vamos a trabajar.

Más tarde, esa noche, Manuel, Carlos y Miguel cenan juntos.

—Ojalá no tuvieras que irte —le dice Miguel a su tío.

—Volveré antes de que lo notes.

—Quizás la próxima vez, Miguel pueda visitarte por unos días — sugiere Manuel.

Los ojos de Miguel dejan ver su emoción.

—¿En serio, tío?

—¿Por qué no? Deja que resuelva algunas cuestiones y en un par de semanas volveré a buscarte para que pases una semana conmigo.

—Estoy feliz —dice Miguel.

—Qué bueno, hijo.

—¿Puedo ir un ratito a contemplar las estrellas antes de ir a dormir?

—Solo un ratito— le dice Manuel.

—Sí, señor. —Miguel toma sus binoculares y Carlos sonrío al verlo partir.

—Sabes, haces muy feliz a ese chico —le dice Carlos.

—No es justo dejarlo encerrado aquí todo el tiempo.

—¿La aldea es una prisión?

Manuel mira a Carlos y sonrío.

—No, solo quiero que sea feliz. Dime, hermano, ¿realmente crees que

puede convertirse en un astrónomo?

—Pienso que puede convertirse en cualquier cosa que se proponga.
Lo único que se lo impide es la culpa latente.

Manuel lo mira bruscamente.

—Puede que tengas razón.

—Los dos sabemos que tengo razón.

A la mañana siguiente, Carlos ha empacado todo y la mayoría de los aldeanos salen para verlo partir. Manuel extiende la mano hacia su hermano y Carlos la estrecha solo por un momento para acercarlo y fundirse en un abrazo. Le susurra al oído:

—Cuídate, hermano.

Se apartan y Manuel sonrío.

—Tú también —le dice.

Carlos se arrodilla frente a Miguel.

—Y tú, muchachito, te veré en quince días.

Carlos se pone de pie y acaricia con energía la cabeza de Miguel.

—Chau, tío.

Carlos se sube al todoterreno y mientras lo pone en marcha le dice:

—No dejes de mirar al cielo, sobrino.

Se aleja saludando mientras todos lo saludan con la mano. Miguel se queda ahí de pie cuando todos vuelven a sus tareas diarias y escucha cómo se pierde el sonido del todoterreno de su tío.

Manuel abraza a Miguel y le dice:

—Hijo, ve y juega hoy. Tengo todo bajo control.

—Bueno, papá.

Manuel está limpiando las herramientas cuando unas manos acarician sus hombros. Es Zora Flores, conocida como «la Viuda». Desde que su marido

murió de un ataque al corazón se les ha lanzado a todos los hombres de la aldea.

—Hola, hombre —le dice con voz suave.

Sara lava ropa en una palangana y los observa.

—¿Qué quieres, Zora?

—Nada. Solo me preguntaba si hay algo que pueda hacer por ti.

Manuel se detiene, la observa durante un instante y luego sonrío.

—No lo creo —responde, levanta sus herramientas y se retira.

—Tú y yo tenemos mucho en común —le grita Zora.

Manuel se detiene cuando Zora se planta frente a él y le dice:

—Los dos somos viudos.

—No me interesa tu oferta, te lo he dicho antes —responde Manuel.

—Tú dices eso, pero ¿en qué te puede afectar tener el amor de una buena mujer?

—Bueno, cuando aparezca alguna, me avisas.

Zora se muestra ofendida y posa las manos sobre sus caderas.

—Bien, eso es lo que consigo cuando trato de ser amable.

Vuelve a entrar en la casa zapateando, Sara sonrío y sigue lavando ropa. Manuel levanta la vista para ver a Zane, apoyado contra un poste, que le escupe a Manuel cuando la madre pasa a su lado.

Héctor se acerca a Manuel, que está guardando sus herramientas.

—Manuel, ¿deberíamos estar preocupados por esa compañía petrolera? —le pregunta.

—No lo creo —dice Manuel y mira por un instante hacia el oeste.

—Pienso que si son una empresa petrolera, las perforaciones pueden contaminar nuestro pozo de agua también.

—Mi hermano va a hacer averiguaciones.

—Bien, espero que no tengamos problemas.

—Estoy seguro de que no tendremos problemas con el agua.

—Sí, pero si encuentran petróleo aquí, nos echarán.

—Nadie nos va a llevar a ningún lado —le dice Manuel—. Me voy a asegurar de que nada de eso suceda. Aparte, mi hermano dice que las leyes gubernamentales impiden las perforaciones en esta área.

—Las leyes se cambian con dinero. ¿Tú crees que el gobierno se va a preocupar por un puñado de aldeanos que ni siquiera tienen electricidad? Te lo aviso, nadie se va a preocupar por nosotros —opina Héctor.

—Alguien se va a preocupar. Mira, todo va a estar bien, viejo —le asegura Manuel.

—Eso espero —dice y se aleja.

Manuel sacude la cabeza y entra a su casa.

Miguel está sentado en su roca preferida y le muestra los binoculares a Laura. Ella mira todo a su alrededor.

—No mires al sol, podría lastimarte mucho los ojos —le advierte Miguel.

—Tonto. Yo no soy boba.

—¿Qué miras?

—A mi mamá.

—¿Qué está haciendo? —pregunta Miguel.

—Está caminando hacia tu casa y ahora se detuvo.

—¿Por qué?

—Ya la he visto hacerlo. Pienso que tu papá le gusta, pero que teme hablar con él.

—¿Por qué le temería? Lo conoce desde hace mucho tiempo.

—Una vez le pregunté y me dijo que me ocupe de mis asuntos. No crees que puedan casarse algún día, ¿o sí?

—Tenerte de hermana, eso sí sería malo —le dice Miguel.

—¿Por qué sería malo? No me molestaría que fueras mi hermano.

—Eres un poco rara.

—¿Yo soy rara? Tú eres el que se pasa la noche entera sentado contemplando las estrellas.

—Quiero ser astrónomo.

—¿Eso es alguien que se pasa la noche contemplando las estrellas?

—pregunta Laura.

—Sí.

—Raro.

—No tan raro como que fueras mi hermana.

—¿Sabes que podríamos casarnos algún día aún si nuestros padres están casados? —pregunta Laura.

—Ahora sí que te estás poniendo muy rara.

—Es verdad, no seríamos familiares verdaderos. Seríamos hermanos por matrimonio.

—No me interesa hablar de eso, ¿bien? —dice Miguel.

Laura mira el suelo y patea una piedra.

—Bien —dice y se pone de pie—. Me voy a casa ahora.

—Bien.

Laura vuelve la mirada hacia Miguel, que mira a través de sus binoculares. Miguel deja los binoculares y la observa regresar a su hogar. No está seguro de sus sentimientos acerca de que Sara sea su madre y decide dejarlo fuera de su mente.

La separación de Carlos

Aunque Carlos nunca olvidó sus raíces, no se sentía a gusto con la vida aldeana. Él era un muchacho de ciudad, que disfrutaba de estar con mucha gente y del paisaje siempre cambiante. Ha tenido muchos amores en su vida, pero no se ha establecido. Es algo que no va con él, como el tema de los hijos. Sin embargo, siente que su sobrino, Miguel, es como un hijo para él y disfruta de malcriarlo cada tanto. Es como experimentar, a través de su hermano, lo que se siente al ser padre.

Carlos no siente remordimientos, su vida está completa y es feliz, a pesar de no estar comprometido. Algunas personas son así, como se lo ha dicho a muchas exnovias, a casi todas las que sentían que eran la indicada para cambiarlo. Sin embargo, es un buen hombre y casi siempre consigue que ellas sigan siendo sus amigas. Algunas de ellas también se han hecho amigas entre sí, como un club. La primera de sus exnovias, que contrajo matrimonio, lo invitó a su boda. No acudió ya que no sabía si asistir o no en signo de respeto. A pesar de ello, ha aceptado invitaciones posteriores ya que se siente feliz por ellos. Los novios se sienten a gusto y contentos de verlo ya que saben que es la actitud decidida de Carlos en contra del matrimonio lo que los ayudó a encontrar la felicidad. A medida que los años pasan, la idea de permanecer en una relación ejerce sobre él cierta atracción como la luna sobre las mareas. El hecho de que su hermano haya tenido a Miguel, le ha sacado de encima cierta presión familiar por la continuidad de la herencia familiar. Aún más, el hecho de que Miguel quiera ser astrónomo y no permanecer como un aldeano de por vida justifica su decisión y le hace sentir que no ha desperdiciado su vida.

Una mujer importante en la vida de Carlos fue Elisa. Ella comprendía

las reglas que regían su vida y tampoco le interesaba el matrimonio. Era una buena amiga y compañera de vida, con quien podía hablar y se apoyaban mutuamente. Era profesional, al igual que él, y tenía una carrera en diseño gráfico. Aunque no se habían casado formaban una pareja imbatible. Tenían una relación abierta y aceptaban que el otro tuviera citas, como una forma de conocer gente nueva e interesante. Sin embargo, cuando Carlos estuvo con Elisa no veía a nadie más, aunque ella lo hacía. Ella era hermosa, inteligente y siempre se preocupaba por los sentimientos de Carlos. Incluso, le había ofrecido a Carlos no verse con nadie si eso le molestaba, pero él no quería imponerle nada. Le solía decir que ellos eran personas independientes, sin compromisos. Nunca discutían y siempre eran educados, aun cuando estaban en desacuerdo. Ella podía delegar en él decisiones importantes, pero él jamás tomaba una decisión sin tener en cuenta su punto de vista. Los amigos les decían que debían casarse, pero ellos simplemente se reían.

Carlos llevó a Elisa a la aldea para que conociera a su hermano y a Miguel cuando su sobrino tenía ocho años. Ella trató a Miguel como si fuese su hijo y le enseñó bellas artes. Los dos eran inseparables por momentos. Otras veces, ayudaba a Sara y las dos actuaban como si fueran hermanas. Ella podía ser una muchacha de ciudad, pero no tenía problemas en ayudar con las tareas en la aldea. Carlos se enorgullecía de verla inmiscuirse en esa vida y no avergonzarse de nada.

Carlos pasaba el tiempo trabajando como ingeniero de diseño para una empresa relacionada con la industria del petróleo. Es un buen trabajo y el sueldo es importante. Su jefe se preocupa por su gente y no escatima en beneficios. La empresa es rentable ya que los empleados se preocupan por la empresa. La filosofía de su jefe consiste en cuidar de su gente para que su gente cuide de él. Es una buena práctica empresarial y, a la larga, da sus frutos. Elisa llegó a trabajar allí y así fue como se conocieron. Trabajar juntos

en varios proyectos les dio la oportunidad de llegar a conocerse antes de empezar a salir, algo que los dos disfrutaban mucho.

Luego de varios años juntos, Carlos invitó a Elisa a cenar para celebrar su cumpleaños.

—Elisa, eres una gran amiga y estoy feliz de haberte conocido —le dice Carlos.

—Tú también eres un buen amigo, Carlos. Espero que nuestra amistad sea eterna.

Carlos sonríe y le dice:

—Estoy seguro de que así será. Sé que no nos hemos visto mucho últimamente, pero estamos tan ocupados a veces y quería compensarte por eso con un lindo cumpleaños.

—Gracias, Carlos. Siempre eres tan atento.

Cenan en silencio y se sonríen cada tanto.

—Carlos, hay algo que debo contarte —dice Elisa, de repente, rompiendo el silencio.

—Claro —responde Carlos, preocupado.

—Hace un par de meses conocí a un muchacho y hemos estado saliendo. Creo que lo amo y me ha pedido que me case con él. Sé que es pronto y que parece estúpido, pero algo hace que me sienta bien al respecto.

Carlos se limpia la boca con una servilleta y bebe un trago mientras se miran con intención. Por fin, dice:

—Bueno, eso es maravilloso Elisa. ¿Estás segura?

—Bien, él es un diseñador gráfico como yo y tenemos muchos intereses en común. Al igual que tú, proviene de una pequeña aldea y nunca se ha comprometido. Tiene un estupendo sentido del humor. Podría seguir, pero no lo haré.

—Pareces que estás enamorada. Me alegro por ustedes dos —dice

Carlos.

—Esperaba que lo tomaras bien y le pedí, ya que él no tiene amigos cercanos, si le molestaría que fueras el padrino. Me dijo que estaría feliz de que así fuera.

—Te lo agradezco, pero espero que me disculpes si no acepto. No me sentiría cómodo de formar parte de la ceremonia, ¿lo entiendes?

—Oh, lo comprendo perfectamente —responde Elisa en seguida—, está bien. Como eres mi mejor amigo, no deseaba dejarte de lado.

—Tú también eres mi mejor amiga, pero me sentiría mejor si observo de lejos.

—Bueno, mejor me voy que mi novio quiere que hagamos algo con motivo de mi cumpleaños también —dice Elisa una vez que terminaran la cena en silencio.

—Oh, lo lamento. Si hubiese sabido, te hubiera dejado pasar la velada con él.

—Está bien, esperaba tener la oportunidad de darte la noticia —dice Elisa con una sonrisa.

—Eres lo suficientemente inteligente para hacerlo el día de tu cumpleaños, sabes que jamás estropearía tu festejo. No debes preocuparte, me siento feliz por ustedes dos —dice él.

—¿De verdad estás bien?

—Seguro, ¿por qué no iba a estarlo? —dice Carlos—. He estado saliendo con mujeres durante mucho tiempo y nunca tuve la intención de que la relación fuera más allá de la amistad, tú lo sabes. Siempre seremos amigos. —Y de repente le pregunta—: ¿Te ha dado un anillo?

—Oh, sí —dice Elisa con emoción. Busca en su bolso, saca un estuche de terciopelo azul y extrae de él un anillo de diamantes que le muestra a Carlos.

—Muy bien de su parte —admite Carlos quien toma la mano de Elisa, le coloca el anillo y sonríe. Ella parpadea por un instante y se inclina para darle un beso en la mejilla.

—Gracias, Carlos.

Carlos sonríe y apoya su mano en la mejilla de Elisa cuando ella gira y se va.  l se recuesta en la silla y toma un trago, ella camina hacia la puerta y gira para saludarlo.  l le devuelve el saludo y paga la cuenta. Observa la silla vacía y bebe unos sorbos de vino. Al ponerse de pie, saca un estuche del bolsillo y lo abre: en él se puede ver un hermoso anillo de diamantes. Cierra el estuche y lo tira sobre la mesa, toma su abrigo y se va.

Se necesita hacer un gran esfuerzo para ser tonto

—Cuéntame acerca de esa compañía petrolera —le dice el Burro a Miguel cuando regresa a la aldea.

—¿Qué es lo que desea saber, señor Torres?

—Llámame Burro. Me gusta más.

—Mi padre dice que debo dirigirme hacia los adultos por su nombre.

—Estoy seguro de que no se refería a mí porque yo no soy un adulto de verdad —responde el Burro con una sonrisa.

—Tiene la edad —le asegura Miguel.

—¿Un adulto haría esto? —le pregunta el Burro y se pone en cuatro patas, patea con las piernas como una mula y rebuzna—. ¿Lo ves? Soy el Burro.

—Bien, Burro —dice Miguel con una sonrisa.

—Mejor así. Ahora, dime qué hay de esa compañía petrolera.

—Como ya comenté con anterioridad, es solo un enorme edificio blanco con una cerca a su alrededor.

—¿Tenía guardias? ¿Soldados armados?

—No, la verdad es que no había nadie. Ví autos y un helicóptero cuando fuimos con mi tío. Esta vez había camiones también y cajas grandes. Mi tío me dijo que era contenedores.

—Te apuesto a que hay algo valioso en esos contenedores.

—Yo no iría a averiguarlo.

—Tienes razón —dice Burro pensativo—. Tú vete ahora que yo tengo cosas que hacer.

Miguel emprende el regreso.

—Burro, por favor no vayas allí —le dice cuando nota que está sumergido en sus pensamientos.

—Nadie irá allí. Estoy pensando en otra cosa —le responde.

—¿Algo anda mal? —le pregunta Manuel a Miguel más tarde, cuando regresa a su casa para la cena.

—El Bur... digo el señor Torres me ha estado preguntando por la compañía petrolera.

—Oh, no te preocupes por él, es inofensivo.

Miguel deja de comer y pregunta:

—¿Qué le harían a alguien que fuerce la entrada a ese lugar?

—Estoy seguro de que terminaría en la cárcel —le dice Manuel.

Ambos se sientan y comen en silencio mientras la tarde llega a su fin.

—¿Papi? —pregunta Miguel.

—Sí, hijo.

—¿A ti te gusta la señorita Martínez?

—¿Por qué lo preguntas? —se interesa Manuel después de pensar un poco.

—Laura dice que hay momentos en los que ella parece que quisiera hablarte.

Manuel parece preocupado y se incorpora en la silla.

—A ver, cuéntame un poco de qué se trata.

—No lo sé. Laura piensa que tú le gustas. ¿Piensas que ella quiera casarse contigo?

—Miguel, esos son asuntos de mayores. Aparte, ella ya tiene una hija y es viuda. Tiene la responsabilidad de cuidar a su pequeña.

—Como tú tienes la responsabilidad de cuidarme.

—Así es.

—¿No sería más fácil para ambos si compartieran las responsabilidades y se casaran?

Manuel se sorprende ante la idea.

—No creo que debamos hablar de esto —le dice a Miguel.

—Sí, señor.

—Ve a la cama y duérmete un rato.

—Sí, señor.

—Miguel se sienta en silencio a contemplar la estrella que se aprecia por el agujero en el cielorraso mientras Manuel coloca sus manos detrás de la cabeza y piensa en Sara y en las cosas que su hijo le ha comentado. Ambos se quedan dormidos pensando en lo mismo.

A la mañana siguiente, Manuel se encuentra en el pozo bombeando una cubeta de agua fresca para llevar a casa cuando Héctor se acerca junto a otros aldeanos.

—¿Has visto a Raúl, Manuel? —pregunta Héctor.

—¿El Burro?

—Sí, nadie lo ha visto.

—¿Qué insinúas con que nadie lo ha visto? Es probable que ande deambulando por allí otra vez.

—No lo creo —apunta Héctor—. Es muy raro que se pierda el desayuno y esta mañana no ha aparecido. Tampoco están algunas de sus pertenencias.

—Miguel me comentó que ayer estuvo haciendo preguntas acerca de la compañía petrolera. Quizás haya ido a echar un vistazo —dice Manuel.

—Será mejor que alguien vaya y se fije. Ese tonto podría meterse en serios problemas —sugiere Héctor.

—Más tarde iré a ver si lo encuentro por ahí —dice Manuel y lleva la cubeta de agua a la casa. Llena varias botellas de agua y toma algo de pan.

—¿Adónde vas, papi? —pregunta Miguel.

—A buscar al Burro, está desaparecido.

—¿Piensas que fue hasta la compañía petrolera?

—Es posible. Tú quédate aquí y hazte cargo de las tareas mientras no estoy.

—Sí, señor.

Manuel sale con rumbo oeste mientras Miguel va a su roca y mira a través de los binoculares hasta pierde de vista a su padre. Luego regresa a hacerse cargo de las tareas.

Después de una larga caminata, Manuel llega a la colina y sube despacio para observar las instalaciones. Una vez más, no se nota actividad, pero sí se ven muchos contenedores y camiones por ahí. Manuel camina alrededor de las instalaciones, pero no encuentra al Burro. Reúne todas sus fuerzas para gritar:

—¡Hola! ¿Hay alguien por ahí?

No hay respuesta.

—Estoy buscando a un amigo, ¿pueden ayudarme? —grita sin obtener respuesta. Manuel se dirige hacia el sur, de regreso a la aldea para buscar al Burro por otro lado, pero cada vez que se da vuelta y mira en dirección a las instalaciones, tiene la incómoda sensación de que alguien lo está observando. Ya se ha hecho de noche y Miguel está preocupado, de pie en su piedra con los binoculares. Héctor, Sara, Laura y algunos de los aldeanos están con él.

—¿Ves algo muchacho? —le pregunta Héctor a Miguel.

—Nada.

—¿Cómo puedes ver algo en esta oscuridad? —pregunta Sara.

—Con estos binoculares se puede ver incluso en la oscuridad —explica Miguel.

Después de un rato, Miguel ve en las sombras una figura que camina

rumbo a la aldea.

—Veo a alguien que llega desde el oeste —dice y todos comienzan a caminar en esa dirección. Por fin, se encuentran con Manuel.

—¡Papá! —grita Miguel.

—Hijo, hola a todos —saluda Manuel.

—Gracias a Dios que estás bien —dice Sara.

—Estoy bien, solo cansado.

—¿Raúl? —pregunta Héctor.

—Ni rastros de él. Deduzco que no ha regresado.

—No.

—Fui hasta la compañía petrolera y grité por ayuda, pero no había nadie. Lo que es seguro es que tienen muchas cosas allí. Muchas más que la primera vez que vi el lugar.

—¿Adónde crees que pudo ir Raúl? —pregunta Héctor.

—Caminé por los alrededores de la aldea y luego hacia el oeste, pero no vi rastros de él. Mañana tendremos que formar grupos y salir en todas las direcciones un poco más lejos.

—Sí, con la primera luz del día —acuerda Héctor.

—Me alegra que al menos hayas podido regresar —dice Sara con timidez cuando los aldeanos se dispersan.

—También me alegra verte —le dice Manuel con una sonrisa.

Toda la aldea amanece temprano, empacan algo de comida y mucha agua. Manuel reúne a los aldeanos.

—Bien, gente. Necesitamos formar grupos de cuatro y elegir una dirección. Miguel, Sara, Laura y yo iremos rumbo oeste hacia la compañía petrolera. Ustedes elijan una dirección y hagan una barrida hacia delante y hacia atrás para cubrir todo el terreno. Barridas más anchas a medida que se alejan de la aldea para cubrir mayor superficie. Después del mediodía,

emprendan el regreso a casa.

Todos acatan las órdenes y empiezan a moverse. Héctor y los más ancianos se quedan en casa, por su seguridad y por si el Burro regresa. Cada grupo barre el terreno caminando sin parar hacia adelante y hacia atrás. El grupo de Manuel llega hasta la compañía petrolera y una vez más parece no haber nadie, pero hay más provisiones y equipamiento. También hay montones de tanques apilados y separados por tablones.

—¿Son bombas, papá? —pregunta Miguel.

—No, hijo, esos son tanques de irrigación o de fumigación. Como los que usan los aviones fumigadores para matar insectos en sembradíos extensos.

—¿Qué tiene que ver eso con una compañía petrolera?

—No estoy seguro, hijo. Sigamos avanzando.

Continúan caminando y dejan atrás las instalaciones. Llegan casi hasta el borde de un área que se asemeja a un oasis, donde termina el desierto y los pinos forman el comienzo de una selva.

—¿Crees que pudo llegar tan lejos? —pregunta Sara.

—No lo creo —admite Manuel—. Justo donde termina la selva comienza la ciudad. Pero la selva es muy extensa y sería una estupidez que nosotros intentáramos cruzarla. De todas maneras, ya es hora de que emprendamos el regreso.

Habiendo hecho barridas extensas, regresan en línea recta hacia la aldea. Por fin llegan nuevamente a la compañía petrolera y notan que las cosas no están en el mismo lugar.

—Aquí hay alguien, papá —dice Miguel.

—Sigamos caminando —les dice Manuel.

Siguen caminando y Miguel se da vuelta para mirar hacia las instalaciones.

Al final, todas las partidas de rescate regresan a la aldea y admiten que nadie ha visto al Burro.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Héctor.

—No hay nada que podamos hacer. O bien el Burro nos ha dejado por alguna razón o está muerto por ahí —dice Manuel.

—Creo que es terrible pensar que haya muerto —dice Zora.

—Él tan solo expresa lo que ya todos estamos pensando. Quizás debamos aceptar el hecho de que Raúl se haya ido —le aclara Héctor.

Zora se marcha enojada.

—Miren, estamos todos exhaustos —dice Manuel—. Será mejor que descansemos un poco antes de que digamos algo de lo que luego nos arrepentiremos.

—Suena sensato —concierda Héctor.

Todos se retiran y Manuel le dice a Sara:

—Gracias por tu ayuda.

—Haría cualquier cosa por ti —le responde y se retira con Laura que, como siempre, le saca la lengua a Miguel.

Manuel se ríe.

—Vamos, hijo —le dice y apoya su brazo en los hombros de Miguel con cariño.

Los días pasan y no hay señales del Burro. Héctor habla con Manuel:

—Creo que ya es un hecho, Raúl está muerto.

—Pienso que tienes razón —concierda Manuel—. Deberíamos hablar con Zora ya que eran amigos íntimos.

—Sí, si tú te encargas de eso, yo me encargo de los demás. Tendríamos que celebrar un funeral en su honor.

—Estoy de acuerdo —dice Manuel.

Manuel se acerca a Zora, quien lo ignora.

—Zora.

—Sé porque estás aquí —responde enseguida—. Él no está muerto.

Manuel baja la mirada y luego mira a su alrededor.

—No puede haber sobrevivido todo este tiempo solo, sin provisiones.

Se ha ido, Zora. —Lágrimas comienzan a brotar de los ojos de la mujer, Manuel la toma del mentón para mirarla y le dice—: Tú lo sabes.

—Era un tonto, pero era amable conmigo —solloza Zora sobre el hombro de Manuel.

Él la aparta para decirle:

—En ese aspecto era mejor que todos nosotros. Queremos celebrar un funeral en su honor.

—Gracias —dice Zora.

Zora regresa a su casa y Manuel se va, nota que Zane lo está mirando. Manuel inclina la cabeza para saludarlo y el muchacho baja la mirada.

Los aldeanos celebran un funeral para el Burro esa tarde. Se agrupan alrededor del pozo y hablan acerca de las cosas graciosas que él hacía y comparten sus sentimientos. La mayoría permanece en silencio, pero algunos lloran, en especial Zora, quien estaba muy unida a él. Zane permanece alejado de la multitud observando. Sin embargo, todos tratan de olvidar el asunto. A medida que los días pasan, la aldea vuelve a la rutina y Miguel cambia el dolor de haber perdido al Burro por la emoción de la inminente visita de su tío la semana entrante.

La oscuridad que precede al amanecer

Miguel ha estado observando sus mapas estelares después de la cena y le pregunta a su papá si puede salir a contemplar las estrellas.

—Supongo que te lo has ganado, hijo. Trata de no pasar la noche entera fuera, ¿sí? —le dice Manuel.

—Sí, papá.

Miguel toma sus binoculares y se va a su roca a contemplar cómo la claridad se somete al velo de la noche. Las estrellas son brillantes y él mira a través de sus binoculares las luces parpadeantes que penetran el espacio infinito para llegar a la Tierra. Piensa en el tiempo que le ha llevado a la luz de las estrellas llegar a la Tierra y deduce que lo que él está mirando es el pasado. Quizás incluso estrellas que están a miles de años luz. Esa estrella podría no existir en este momento, pero piensa que su luz permanece como si aún estuviera por allí.

Mientras contempla con asombro las maravillas de la creación, vuelve la mirada hacia el oeste y nota luces que se mueven en el cielo. La luz se mueve pero no hacia la izquierda o derecha y se pregunta si será un avión o una estrella fugaz. Está justo sobre el horizonte y tan solo fluctúa hacia adelante y hacia atrás levemente. De pronto, las luces se apagan y lo único que siente es la frescura de la brisa cuando la corriente de aire pasa a su lado. Mira a través de los binoculares, pero no ve que haya tormenta y el cielo aún está limpio y lleno de estrellas. Sin embargo, las nota borrosas así que ajusta los binoculares sin éxito. Empieza a sentirse cansado, muy cansado y somnoliento como para volver a casa así que se recuesta sobre su roca para

descansar.

A la mañana siguiente, Miguel amanece en su cama.

—Despierta, dormilón —le dice su padre.

—¿Qué pasó?

—Te quedaste dormido en tu roca y yo te traje a casa.

—Lo siento, papá.

—Bueno, fue mi culpa dejar que te quedaras fuera hasta tan tarde.

Miguel se levanta y nota que sus mapas estelares no están sobre la mesa.

—Papá, ¿dónde están mis mapas?

Manuel mira a su alrededor.

—No lo sé, estaban sobre la mesa.

Miguel busca por todas partes.

—No están aquí. Están los binoculares pero los mapas han desaparecido.

—Ya van a aparecer. Ven, siéntate a comer —le dice Manuel.

Miguel se sienta para tomar el desayuno mientras su padre sale a atender a los animales. Al llegar cerca del granero, Héctor se le acerca.

—Nunca me había sentido mejor en mi vida.

—¿También tú? Yo tuve un sueño realmente reparador.

—Me siento descansado —dice Héctor.

Sara y Laura llegan a ordeñar las vacas y Manuel les pregunta:

—¿Durmieron bien?

—La verdad que sí —le dice Sara.

—Hoy está más fresco. Debe de ser el cambio de estación —acota Manuel.

—Puede ser.

Cada uno se hace cargo de sus tareas. A medida que Manuel termina

las tuyas, le llama la atención la cerca que arregló la semana anterior.

—¿Qué sucede, papá? —pregunta Miguel al acercarse.

—No estoy seguro, pero algo parece fuera de lugar. No lo sé. Me siento demasiado bien para preocuparme por ello. ¿Encontraste los mapas?

Miguel está decepcionado.

—No —admite.

—Bueno, nos pondremos a buscarlos ahora, ¿te parece?

Dan vuelta la casa en busca de los mapas, pero no los encuentran por ningún lado así que salen a ver si se han volado por el viento.

—Lo siento, hijo —le dice Manuel al no encontrarlos. Como lo nota decepcionado, le sugiere que busque a Laura para jugar.

—Solo quiero ir a casa, no estoy de ánimos para juegos —le dice Miguel.

—Bien, tengo que hablar con unas personas, volveré en un momento.

Manuel visita a otros aldeanos que le dicen que se sienten de maravillas también pero que notan cosas fuera de lugar, aunque no pueden dar precisiones. Manuel toma su cubeta y bombea agua fresca para llevar a casa.

—Mmmm, eso es extraño —comenta Manuel.

—¿Qué es extraño? —pregunta Miguel.

—Prueba el agua.

—Sabe diferente.

—Me pregunto si no tendrá que ver con esa empresa petrolera, como sugirió Héctor.

—¿A qué te refieres? —pregunta Miguel.

—Nada de qué preocuparse —responde Manuel con una sonrisa—
¿Aún estás triste por los mapas?

—Sí.

—¿Sabes qué? ¿Por qué no vas a mirar las estrellas esta noche así te

alegras un poco? Pero nada de dormir afuera otra vez.

—Bien.

De a poco la noche se hace presente y Miguel va hacia su roca preferida. Mira al cielo nocturno y nota algo extraño. Hace un paneo del cielo y murmulla:

—Esto no es posible.

Miguel se frota los ojos y mira a su alrededor con atención. Finalmente, el temor lo cubre y corre de regreso a su hogar.

—¡Papá!

—¿Qué sucede, hijo? ¿Algo anda mal?

—Todo anda mal. Ven, sal.

Manuel sigue a su hijo hasta el pozo.

—Observa las estrellas, papá —le dice Miguel.

Manuel levanta la vista y dice:

—¿Qué se supone que deba buscar?

A estas alturas, varios aldeanos han salido para saber de qué se trata toda esa conmoción.

—Algo malo sucede con las estrellas —les dice Miguel.

—¿A qué te refieres con algo malo? —le pregunta Manuel.

—Mira, están fuera de lugar. ¿No lo ves?

—A mí me parecen las mismas —dice Manuel.

Los aldeanos observan y asienten con murmullos.

—Mira, ¿ves esa estrella? ¿Esa algo borrosa por allí? —Miguel la apunta y Manuel asiente con la cabeza—. Las estrellas son fijas y nos indican la longitud o el lugar de la Tierra en donde estamos. Debería de estar más arriba, pero está baja y del otro lado del cielo. —Todos parecen desconcertados por su explicación, así que Miguel avanza con la aclaración —: la Cruz del Sur está ubicada al oeste en este momento y recién anochece,

debería estar al este en estos momentos. ¿No lo entienden?

—Hijo, esas cuestiones astronómicas no tienen sentido —le dice Manuel.

—Miguel, ¿qué intentas decirnos? —le pregunta Héctor.

Miguel mira a su alrededor y al cielo una vez más y les dice:

—Ya no estamos en México.

—¿Qué? ¡Por supuesto que estamos en México! —responde Manuel.

Los aldeanos comienzan a reír y Héctor le dice:

—Muchacho, necesitas descansar.

—Las estrellas no mienten, ya no estamos en México —insiste Miguel.

—Bien, si no es México, ¿dónde estamos? —pregunta Héctor.

Miguel toma algunas lámparas de los presentes y las ubica en el piso para iluminar. Luego toma un palo y dibuja de memoria los continentes. Con el palo señala México y dice:

—Antes estábamos aquí.

—¿Dónde estamos entonces? —repite Héctor y todos murmuran ante su sonrisa. Miguel ignora las burlas y hace cálculos mentales en base a lo que ha aprendido.

—Esperen un minuto —dice y corre hasta su casa para buscar el libro de astronomía.

—Manuel, ¿Miguel se encuentra bien? —pregunta Sara.

—Él está bien, solo un poco confundido por alguna razón, es obvio.

Miguel regresa con el libro, lo apoya en el suelo y lo ilumina. Abre ciertas páginas que hablan acerca de la ubicación de las estrellas con respecto a los marineros y a la navegación.

—Si tuviera mis mapas sería más sencillo, pero sin ellos supongo que estamos por aquí —dice Miguel y apunta con el palo donde piensa que se

encuentran.

—¿Dices que estamos en una isla? —pregunta Héctor.

—No es una isla, es Australia —responde Miguel.

—¿Qué? Muchacho, tú necesitas una buena noche de sueño, eso es seguro.

—Hijo, él tiene razón. Tú no estás bien —dice Manuel.

—Yo estoy bien, solo les digo que estamos en Australia.

Los aldeanos levantan la vista hacia las estrellas por un momento, en silencio.

—Bien, si estamos en Australia ¿cómo puede ser que la aldea esté aquí y las montañas por allí? Tu roca sigue allí y nuestros animales también —pregunta Manuel.

—No tengo una explicación. Todo parece igual de día, pero de noche las cosas cambian. Tú mismo dijiste que había algo extraño acerca del corral de las ovejas.

—Eso no significa nada.

—¿Por qué está hoy más fresco que ayer? —pregunta Miguel.

—Es el cambio de estación —sugiere Héctor.

—Vamos, hijo. Vayamos a descansar —dice Manuel.

—Déjame permanecer despierto y estudiar un poco más las estrellas.

—No, creo que necesitas el descanso. Disculpen, todos. Nos vamos a la cama.

Mientras tanto, en un laboratorio dentro de un edificio blanco con un cartel naranja de advertencia, dos hombres enfundados en batas de laboratorio observan a los aldeanos y toman nota de cada palabra que dicen. Los científicos vuelven la mirada a su jefe, el científico a cargo, Charles Tanner.

—Señor, ¿deberíamos abortar la operación y llevarlos de regreso a

México? —pregunta uno de ellos.

—Claro que no, este proyecto *Lazarus* debe continuar. La Fundación Wright nos está financiando para que lo logremos, debemos seguir. Sabíamos que podría haber sospechas.

—Pero, señor, el niño sabe dónde están.

—Es un niño inteligente, pero para eso son estos experimentos. Si vamos a tener éxito al relocalizar aldeanos, tribus y otras personas de áreas que necesiten desarrollo y de donde se necesite extraer recursos, debemos estar seguros de que podemos engañarlos de forma tal que acepten el nuevo entorno. ¿Y quién se olvidó de esconder el libro de astronomía?

—No lo olvidamos —explican los científicos—, no creímos que pudiera ayudarlo. Nos llevamos los mapas que le había regalado el tío porque tenían demasiada información.

—Bueno, de alguna manera lo dedujo, ese pequeño demonio. La droga estimulante que les dimos hace que no cuestionen el entorno y no le están prestando atención al muchacho. Mantengan la misma dosis en el agua del pozo y ajusten el gusto para que sea igual a las muestras tomadas del original.

—Sí, señor.

Charles camina hacia la puerta y se vuelve:

—Señores, tenemos la orden de Violet para que este proyecto tenga éxito cueste lo que cueste. Necesitamos probar que podemos relocalizar a los nativos en un nuevo entorno sin perturbar sus vidas o fracasaremos. Tenemos cuatro semanas para conseguir que este proyecto tenga éxito antes de regresarlos a su vida en México. Hagan que funcione.

Los científicos asienten con la cabeza y se ponen a trabajar en el sabor del agua del pozo.

Charles regresa a su oficina y Jill Chambers, su directora adjunta golpea la puerta y entra.

—Señor, entiendo que tenemos un serio problema con el reconocimiento de la ubicación geográfica.

—Nos estamos ocupando, tú sabías que esto podía pasar.

—Sí, señor. Ese muchacho es fuera de serie.

—Y un buen desafío para la prueba —concuera Charles.

Jill camina hacia la puerta y pregunta:

—Señor, ¿alguna vez se cuestionó si lo que estamos haciendo realmente es necesario?

—Jamás. ¿Tú tienes algún problema?

—No, señor. Solo pensé que si a mí se me cruzaba ese pensamiento, podría ocurrir lo mismo con otros empleados.

—Es tu trabajo hacer que cualquier duda o problema llegue a mis oídos.

—Sí, señor. A propósito, el tratamiento de sedación tuvo éxito. El sujeto se encuentra en estado de sueño.

—Muy bien. Manténganlo congelado hasta nuevo aviso.

—Sí, señor.

Jill va a su oficina y observa los monitores que vigilan la aldea. Ve a Miguel, mirando a su alrededor y piensa: «Vamos, hombrecito, resuélvelo».

Un nuevo amanecer y un nuevo día

Manuel se levanta temprano, una vez más se siente renovado y va en busca de agua al pozo. Bombea y toma un poco en sus manos para probarla.

—¿Hoy también sabe rara el agua? —pregunta Héctor al acercarse.

—Sabe perfectamente normal —responde Manuel.

—A ver, déjame probar —dice Héctor y toma un sorbo—. Mucho mejor —concuerta.

Manuel sonríe y lleva su cubeta de regreso a la casa.

—¿Y, dormilón, te sientes mejor?

—No —dice Miguel bajando por la escalera.

—Prueba el agua, sabe normal. Ya verás.

Miguel toma un trago.

—Bien, ha vuelto a la normalidad —concluye.

—Todo ha vuelto a la normalidad. Esta noche mirarás el cielo y te convencerás.

—Eso espero.

Van a alimentar a los animales y a prepararse para el día. Sara se acerca a Manuel.

—Hoy, de nuevo, me siento muy bien—le comenta con una amplia sonrisa.

—¿Sabes algo? Yo también. Dime, ¿te gustaría venir a cenar a casa esta noche? Ya sabes, tú y Laura.

—Estaría encantada —dice sonriendo con timidez—. Quiero decir... me gustaría mucho.

—Bien, nos vemos esta noche.

Zora es testigo del intercambio, siente desprecio y celos en su

corazón.

Uno de los científicos en el laboratorio nota los celos y el descontento de Zora.

—Debería de estar más eufórica por la droga en el agua, como los demás —le comenta a su compañero. Se miran confundidos pero la observan con una de las minicámaras escondidas por todas partes. Luego llegan a una conclusión:

—Aún no ha bebido agua porque bebe esa bebida alcohólica que tiene escondida.

—¿Deberíamos preocuparnos por eso? —le pregunta a su colega.

—No, sólo repórtalo.

De regreso en la aldea, Manuel se encarga de darle de comer a los pollos. Zora se le acerca y le dice:

—Te vi con Sara. Tú eliges esa viuda entre otras ¿por qué? ¿Porque es más joven?

Manuel parece confundido.

—Yo no elijo a nadie.

—Seguro. Tú permitiste que mi amante muriera por ahí. Quizás incluso lo mandaste a matar.

—¿De qué estás hablando? —le pregunta Manuel.

—Tú lo hiciste entusiasmar con esa compañía petrolera y tu hijo lo sedujo con esa charla interesante. Tú sabes que no está bien de la cabeza y jugaste con él. Solo para tenerme a mí.

—Zora, has estado bebiendo. Necesitas descansar.

—¿Sabes lo que voy a hacer? Voy a ir hasta esa compañía petrolera y la voy a prender fuego. Eso es. Voy a vengar a Raúl.

—No irás más que a la cama.

—¿Tú quieres llevarme a la cama? Bueno, llegas tarde.

Zora se aleja y Zane se acerca a Manuel y lo empuja.

—Será mejor que dejes a mi madre tranquila, ¿entiendes? —le advierte.

—¿Qué crees que he estado haciendo? —le responde Manuel.

—Yo solo te lo estoy advirtiendo.

Manuel se retira sin decir una palabra.

Lejos en el laboratorio, uno de los científicos que está escuchando llama a Charles Tanner:

—Sr. Tanner, tenemos un problema.

A la mañana siguiente todos se encuentran ocupados en sus tareas cuando una de las aldeanas pide ayuda. Manuel y todos los que escuchan corren hasta la casa de Zora que yace en su cama con los ojos abiertos. Está muerta.

Héctor confirma su deceso.

—Dios mío —exclama al ver la cantidad de botellas de alcohol a su alrededor—. Parece que ha fallecido intoxicada por el alcohol.

Zane entra a la casa a los gritos:

—¡No! ¡Mamá! —Mira a los aldeanos y agrega—: Ustedes la empujaron a esto. Ustedes nunca nos quisieron —vocifera—. Siempre quisieron que nos fuéramos. Y tú... —dice mirando a Manuel—, tú siempre crees que sabes mejor que nadie cómo llevar adelante la aldea.

—Zane, todos estamos dolidos por tu madre. Ambos son muy importantes en esta aldea.

—¡Esas son mentiras, hombre! —responde Zane—. ¡Soy yo quien debería dirigir este lugar, no tú!

Manuel retrocede a medida que Zane camina hacia él.

—Mira, Zane, esto no hará que las cosas cambien —dice y se cubre con las manos.

—¿De qué sientes miedo? Pienso que es tiempo de que haya un nuevo líder.

—Zane, esta no es forma de manejar la muerte de tu madre.

—¿Tú me vas a decir cómo me tengo que sentir acerca de la muerte de mi propia madre, jefe?

—Zane se quita la camisa y sigue caminando hacia afuera, al descampado mientras Manuel sigue retrocediendo. Miguel corre hacia ellos y observa, perplejo, cómo el resto de los aldeanos se reúnen en círculo.

—Zane, terminemos con esto —le dice Héctor.

—Déjame en paz, viejo. Él fue quien te despojó de tu trabajo.

—Te equivocas, Zane. Fui yo quien le pidió que manejara la aldea.

Zane mira a Héctor con odio.

—Ahora lo entiendo. Eres tan estúpido como él.

—Dejemos esto ya, Zane —le dice Manuel.

Zane y Manuel se mueven con lentitud. Manuel observa a Miguel y entonces vuelve a mirar a Zane y se detiene. Zane se detiene también, confundido.

—Bien, hagámoslo —dice Manuel de repente y arremete.

Chocan y caen al suelo, el polvo los cubre y sobreviene la pelea. Ambos se tiran puñetazos y ruedan por el suelo hasta apartarse y ponerse de pie. Zane le da un puñetazo a Manuel en la cara, pero Manuel devuelve un golpe que tira a Zane hacia atrás. Zane corre hasta Manuel, lo que hace que ambos caigan al suelo y casi dentro del pozo. Manuel grita al golpear el pozo pero empuja a Zane hacia atrás. Entonces salta sobre Zane y los dos ruedan tirándose puñetazos hasta que ambos quedan rendidos. Ruedan sobre sus espaldas y yace uno al lado del otro propinándose patadas con la poca energía

que les queda. Miguel permanece cerca observando a los dos hombres agotados y sangrantes.

—¿Te sientes mejor? —le pregunta Manuel.

Zane gira la cabeza y los dos hombres quedan enfrentados. Se miran y Zane empieza a reír mientras Manuel sonrío.

—Algo, quizás —admite Zane.

Manuel se pone de pie y le da una mano a Zane para ayudarlo a levantarse.

—Lamento tu pérdida —le dice.

Zane apoya su mano sobre el hombro de Manuel y se retira tambaleando mientras Miguel toma a su padre y lo ayuda a sentarse cerca del pozo. Bombea algo de agua sobre la camisa de su padre y lo ayuda a limpiarse.

—Eso fue ciertamente una pelea, papá —le dice Miguel.

—Era lo que necesitaba.

—No lo entiendo.

—Está dolido por lo de su mamá y odia a todo el mundo —explica Manuel—. Es algo extraño, pero al pelear con él, permití que sacara afuera algo de esa bronca.

—Ustedes los hombres y sus costumbres —dice Sara.

—Resultó, ¿no es así?

—Lo que resultó es que saliste lastimado, pero supongo que sí, resultó.

Siguen asistiendo a Manuel mientras el resto de los aldeanos regresa a sus casas y a sus tareas.

Esa tarde, entierran a Zora al este de la aldea.

—Señor, tómala en tus manos. Ella fue una persona bondadosa y generosa pero cuando perdió a su esposo, el alcohol pasó a ser su único

compañero. Raúl la acompañó aquí y ahora se acompañarán en el Cielo. Bendice a ambos y a su hijo Zane. Que ambos descansen juntos en paz. Amen. —Héctor concluye así la bendición y luego de un minuto de silencio, los aldeanos regresan a sus hogares.

—Ella fue una mujer extraordinaria —dice Manuel.

Zane permanece quieto de pie, Manuel gira para retirarse:

—Manuel —le dice. Manuel enfrenta a Zane quien le dice—: Gracias —sin dejar de mirar la tumba de su madre. Manuel asiente con la cabeza y se retira.

Detrás de las cortinas

En el laboratorio de investigaciones, Jill entra a la oficina de su jefe para hablar de algo que pesa en su conciencia.

—Chuck, el episodio de Zora me ha afectado mucho —le dice.

—Solo me llamas Chuck cuando estás enfadada. ¿Qué episodio de Zora?

—Te estoy hablando del incidente en el cual matamos a Zora. ¿Realmente teníamos que hacerlo?

—Tú eres psicóloga y leíste el informe con la evaluación de riesgo acerca de la amenaza de venir aquí en busca de su amante.

—Sé que amenazó con hacerlo, pero era alcohólica y se sentía frustrada. No creo que hubiera llevado a cabo su amenaza. Incluso si lo hubiese hecho, ¿qué pudiera haber hecho aquí más que chocar contra la cerca?

—Hubiera tenido a toda la aldea detrás de ella y hubiera aumentado el deseo que sienten de saber más acerca de estas instalaciones. De todas maneras, por su perfil biológico sugería insuficiencia hepática —comenta Chuck.

—Yo pienso que hubieran vuelto a la aldea con ella —dice Jill en desacuerdo con él—. En todo caso, no te escondas detrás de su hígado.

—No me escondo detrás de nada y debo disentir en eso. Desde mi punto de vista, hubiera conseguido un interés no deseado sobre este lugar, en vez de focalizarse en su vida en la aldea. Así que era necesario que muriera. Además, otro desaparecido más, aparte de su amante, los hubiera puesto en alarma. Era necesario que ella dejara de ser un estorbo para nuestro proyecto.

—¿Un estorbo? Se suponía que este proyecto no incluía muertes.

—Tú sabías que podría haberlas cuando firmaste el contrato. Mira, tú sabes lo importante que es este proyecto. Si tiempo atrás no se hubiese detenido el Juego *Lazarus*, hoy tendríamos mucha información acerca del comportamiento humano para empezar y podríamos haber hecho esto en base a voluntarios. Pero tuvimos que pasar a la fase dos de este proyecto de redistribución humana de manera abrupta.

—Entiendo eso —dice Jill—, pero no me siento a gusto trayendo la cruda realidad de la muerte dentro de la fantasía de este proyecto.

—Mira, si no aprendemos a reubicar a los pueblos primitivos dentro de una reserva para garantizarles el desarrollo normal y la calidad de vida, tendremos una catástrofe como la que sufrieron los nativos americanos en el Lejano Oeste. ¿Es lo que deseas? El progreso es inevitable, podemos hacer que sea equitativo para todos.

—Lo entiendo. Solo que sé que siempre hay formas de justificar cualquier acto bajo la apariencia de las buenas intenciones. Pero tú te estás escondiendo, te escondes en este edificio.

—Bien, eres libre de irte cuando lo desees —le dice Charles.

Jill hace una pausa. Sabe que si están preparados para asesinar a una aldeana inocente, nada los detendría de hacer lo mismo con una denunciante en potencia.

—No, yo creo en este proyecto —afirma.

—Bien. ¿Cuál es el nivel de tolerancia a la droga?

—No han hecho demasiados cuestionamientos en cuanto al medio ambiente. A pesar de que hay leves diferencias en la región montañosa y en la tierra, lo han pasado por alto. Creo que podemos empezar a bajar la dosis.

—Bien, pero sé cuidadosa. Como sabes, no queremos perder el consenso general y que descubran que los hemos mudado. Si se llega a ese punto, el experimento se echará a perder —le dice Charles.

—Sí. Lo que ocurrió fue que una cabra se enfermó, pero anoche la reemplazamos por otra en caso de que muriera. La región funcionó bien y carece de pájaros nativos que vuelen por el área. Suelen moverse por la zona montañosa, lejos de la vista de los aldeanos. Sin embargo, existe el riesgo de que algo de la fauna del lugar infecte la zona.

—¿Te refieres a reptiles, mamíferos? —pregunta Charles.

—No. Hemos examinado bien el área con antelación y tenemos sensores que vigilan posibles intromisiones. Me refiero a los insectos tienden a no dejarse persuadir como los animales y van adónde se les antoja. No ha habido muchos problemas con los terrestres ya que la barrera de insecticida los ha mantenido a raya, pero los voladores podrían causar algún problema. Algunos de los que hay en este país tienen especial atracción por acercarse a las aldeas y al fuego.

—¿Cómo manejaremos eso, si sucede?

—Incluí, con toda intención, a estos insectos y animales que podrían aparecer en los libros escolares para que el tutor se los mostrara a los niños. Ellos saben que son raros. Así, si alguno aparece, los niños dirán que los conocieron en los manuales de la escuela.

—Bien, ¿algo más?

Jill mantiene la compostura y espera que el informe lo haya hecho olvidar de las preocupaciones que ella había expresado.

—No, señor —dice y sale de la oficina sonriendo. Va directo a su oficina, cierra la puerta y se apoya contra la misma con las manos sobre el pecho y para recuperar el aliento. Está aterrada, pero se siente acorralada. Va hasta su escritorio y observa a los aldeanos en los monitores para continuar con la evaluación del proyecto.

Mientras tanto, Charles hace un llamado.

—¿Podría hablar con la señorita Wright?

—¿Qué necesita, señor Tanner? —pregunta Ken, el ejecutivo a cargo de la señorita Wright.

—Hola, señor. Solo quería comentarle a la señorita Wright que podríamos llegar a tener un pequeño inconveniente —le dice Charles.

—Ella está ocupada. ¿De qué se trata?

—Mi directora adjunta, Jill Chambers, parece estar teniendo dudas acerca del proyecto, algo que me preocupó.

—¿Lo ha podido manejar? —pregunta Ken.

—Sí, es una persona sumisa, pero tuvimos que forzar una muerte dentro del grupo de prueba y eso pareció alterarla.

—Un momento. —Hay un momento de silencio en la línea y luego Violet Wright, quien está a cargo del proyecto y lo financia toma la llamada.

—Charles, a ver si logro hacerme entender con claridad. No quiero que este proyecto atraiga atención no deseada de ningún tipo. Hay alguien a mi lado que me está dando mucho trabajo y este proyecto debe seguir adelante por el bien de mi cliente.

—Lo entiendo, señora, es por eso que le estoy avisando con tiempo —le dice Charles.

—Se lo agradezco, pero necesito conocer qué nivel de confidencialidad maneja. —Charles empieza a preocuparse sabiendo de lo que esta gente es capaz de hacer.

—Creo que ella es confiable y mi nivel de confiabilidad es alto. Si se convierte en un problema real, no tengas dudas de que se lo informaré de manera inmediata —agrega.

—Bien, yo lo elegí a usted de forma personal para este trabajo por sus antecedentes en cuanto a llevar a buen término los asuntos. Por favor, no me decepcione.

—Por supuesto, señorita Wright.

La llamada se corta de forma abrupta y Charles cuelga el teléfono despacio y mira a su alrededor en la oficina. Suspira y se pasa las manos por el pelo.

Jill va hacia el cuarto de control, ordena que bajen la dosis de la droga en un quince por ciento y que la vigilancia sea estricta. Está observando la aldea en los monitores cuando un trabajador le pregunta:

—¿Algo más, señora?

—No, muchachos. Lo están haciendo bien —responde.

Allá lejos

Allá lejos, en México, Carlos, el tío de Miguel habla con varias personas por teléfono para averiguar acerca de la compañía petroquímica en las afueras de su aldea natal; pero nadie, ni siquiera el gobierno, parece conocerla. Algunos hasta dudan de que puedan existir esas instalaciones allí. Como no progresa con el tema, decide volver y tomar fotos de las mismas como prueba. Después del largo viaje, llega a la aldea y encuentra tan solo vestigios, la mayor parte de las cosas han desaparecido y no se ve a nadie por ahí. Da la sensación de que hubiese estado abandonada hace días.

—¡Por Dios! ¿Qué ha pasado aquí? —murmura para sus adentros y va hasta lo que queda de la casa de su hermano, encuentra los mapas de Miguel. Toma las pertenencias que encuentra y las guarda en el todoterreno. Carlos mira a su alrededor en todas las direcciones, perplejo. Luego mira en dirección a las instalaciones de la petroquímica. Conduce en su todoterreno hacia las instalaciones, sube la colina para descubrir que no hay nada.

—Era aquí, estoy seguro. ¿Dónde están? —dice totalmente desconcertado. Conduce colina abajo y ve nada más que tierra y rocas, pero lo que estaba allí, simplemente había desaparecido. Camina por la zona donde hasta hace poco estaban las instalaciones. Da unos pasos y patea una roca que descubre algo metálico que se asemeja a un bulón extraño. Se arrodilla, lo levanta y se queda observando. Se pone de pie y lo guarda en el bolsillo para emprender el regreso. Se detiene para dar una última mirada a la aldea fantasma.

—Juro que voy a encontrarte, Miguel, a todos ustedes. Pongo a Dios por testigo.

Pone el todoterreno en marcha y regresa con rapidez a su ciudad.

Carlos se sienta en la cama y observa el bulón. A primera hora de la mañana, se levanta y llama a la policía y hasta a los militares, pero nadie lo toma en serio. Vuelve a observar el bulón que encontró y entra al trabajo para ver si alguno allí sabe de qué se trata y para solicitarle a su jefe algo de tiempo para investigar el misterio de la aldea desaparecida.

Ninguno de los ingenieros en el trabajo de Carlos tiene idea de qué puede ser el bulón, pero su jefe le da una pista.

—Puedo estar equivocado, pero parece parte de un vehículo militar. El tipo de metal y el diseño son muy precisos, eso por lo general significa militar. ¿Dónde lo encontraste? —le pregunta.

—Mi antigua aldea ha desaparecido, como si todos hubieran empacado y se hubiesen ido. Como no tienen teléfono, no tengo idea dónde se han ido. Pero antes de que desaparecieran, todos estaban desconcertados por las instalaciones de una petroquímica allí cerca. Fui allí al descubrir que la aldea ya no existía y las instalaciones habían desaparecido también. Encontré esto entre la tierra.

—Quizás les pagaron para que se fueran. Sobretudo si la compañía encontró petróleo allí.

—Yo también pienso lo mismo. Sin embargo, ¿por qué dejaría mi sobrino sus mapas estelares allí? Siento que algo terrible pudo haberles pasado —dice Carlos.

—Necesitas algo de tiempo para ir a investigar el tema —le sugiere su jefe.

—¿No tiene problemas?

—Carlos, eres un buen empleado y no me serías útil preocupado por tu familia. Ve y descubre dónde se ha ido.

—Gracias, señor. Creo que antes debo corroborar con exactitud qué es este bulón y si es militar.

—Sabes, conozco un tipo que trabajó con toda clase de maquinaria militar. Apuesto a que puede ayudarte. Voy a conseguirte un encuentro con él.

Más tarde ese día, Carlos le muestra el bulón al contacto de su jefe.

—¿Qué piensa? —pregunta.

El dueño lo mira y busca instrumental para medirlo con precisión.

—Lo que pensaba, puedo confirmarle que es militar —le dice a Carlos.

—¿De algún todoterreno u otro transporte militar?

—No de un todoterreno, de un helicóptero.

—¿Helicóptero?

—Esta es una pieza de recambio, casi con seguridad de la manija del pedal del timón de mando o de lo que a veces se denomina pedal antipar. Mira, puedo ver que es una pieza de recambio porque no presenta marcas en la rosca como si la hubieran usado. Es virgen en su composición. Sencillamente alguien estaba realizando tareas de mantenimiento sobre el helicóptero y se le cayó. ¿Dónde la encontraste?

—Había instalaciones de una petroquímica cerca de la aldea en donde crecí, pero parece que han empacado y han mudado todo el lugar. Esto fue lo único que encontré —explica Carlos.

—Dudo que eso fuera una compañía petroquímica —le dice el dueño—. Tiene que haber sido militar.

—¿Militar? ¿Cómo puede ser? —pregunta Carlos.

—No estoy seguro porque no tiene sentido que lo encontrara allí.

—Bueno, yo vi las instalaciones y tenían un helipuerto.

—No es a lo que me refiero. Este componente es de un helicóptero militar, no de uno de los nuestros.

—¿Qué?

—No es la medida ni el modelo, ni siquiera de los que usamos hoy en

día.

—Si no es de los nuestros, entonces ¿de quién?

El dueño lo observa con lupa para una comprobación minuciosa.

—Estadounidense —asegura.

—¿Estadounidense? ¿Está seguro? —pregunta Carlos.

—Sí, definitivamente.

—Así que he encontrado un repuesto de un helicóptero que obviamente estaba allí porque lo estaban reparando, en nuestro país, donde solía haber instalaciones cercadas que simulaban ser una empresa petrolera.

—Mire, no sé en qué estará metido, pero si yo fuera usted, tiraría esta pieza donde la encontré y me olvidaría de ella —le sugiere el dueño a Carlos.

—No puedo.

—Bueno, no es asunto mío y tampoco quiero interiorizarme más. Buena suerte, señor.

Carlos se pone de pie y estrecha la mano del dueño.

De regreso a su casa, llama a una base militar local y pregunta si es posible tener una reunión con alguien del ejército. Informa que ha encontrado una pieza militar y que desea devolverla. El oficial a cargo lo deja en espera y luego le consigue una entrevista para el día después. Al día siguiente, concurre a la base militar y después de recibir la autorización en la entrada, se reúne con el Coronel Garza, el jefe regional de seguridad.

—Buenas, caballero, ¿qué puedo hacer por usted?

—Lamento abusar de su tiempo, señor, pero crecí en una aldea llamada Las Oilas en la zona este de los suburbios de Michoacán.

—Oh, sí, he sobrevolado esa zona con anterioridad —dice el Coronel Garza.

—¿Recientemente?

—No, hace mucho tiempo. La región tiene muy poca población y

carece de relevancia militar.

—Bien, creo que la tendrá ahora. —Entrega el bulón al Coronel.

—¿Qué es esto? —pregunta Coronel Garza.

—Tengo un amigo que solía trabajar con maquinaria militar y me dice que es el bulón del rotor de un helicóptero militar.

—Sí, pero ¿por qué es importante?

—Pertenece a un helicóptero estadounidense y lo encontré cerca de mi antigua aldea.

El Coronel Garza se ríe.

—En verdad, lo dudo, señor. Nosotros sabríamos si helicópteros estadounidenses sobrevolaran nuestro país.

—Parece que no porque este no cayó de un helicóptero, sino que fue usado para reparar uno en tierra y sé dónde ocurrió.

—¿En Las Oilas?

—No con exactitud. Unos kilómetros al oeste. Pero esta es la clave de algo mucho más importante.

—¿De qué se trata? —pregunta el Coronel.

—Mi aldea ha desaparecido, casi todas las estructuras y toda la gente.

—Bien, esta conspiración suena un poco inverosímil.

—Venga conmigo y vea con sus propios ojos —insiste Carlos—. La aldea ha desaparecido casi por completo. Mi hermano y mi sobrino han desaparecido.

—Le diré algo —dice Garza al notar el terror contenido en Carlos—. Me encargaré.

—No es suficiente. Este bulón es la prueba de que aquí ha estado alguien que no debió estar, ¿me explico?

—Si en efecto este componente es de un helicóptero estadounidense, entonces sí, es para preocuparse, pero también nos lleva al tema de cómo lo consiguió usted.

—Por favor, venga conmigo a ver la aldea. Le mostraré dónde solían estar las instalaciones. Lo encontré allí.

—¿Qué instalaciones?

—Las vi la última vez que fui de visita junto a mi hermano y a mi sobrino —explica Carlos—. Era un edificio de oficinas blanco con un helipuerto y una cerca. Tenían contenedores como si se prepararan para algo.

—¿Había estadounidenses? —pregunta el Coronel Garza.

—Yo no vi a nadie. Tuve la sensación de que estaban dentro y que sabían que los observábamos.

—Ya veo. Le voy a pedir que haga una declaración completa a uno de mis hombres y lo estudiaremos.

—Podría ser muy tarde para entonces.

—¿Muy tarde para su gente? —pregunta el Coronel Garza—. ¿Qué piensa que pasó con ellos?

—Sé que usted no me cree, pero lo que sea que pasó con las instalaciones fue lo que ocurrió con ellos. El lugar apareció de la nada y hasta donde he podido averiguar, no hay ninguna petroquímica que tenga instalaciones o negocios allí.

—¿Ahora son instalaciones de una petroquímica? ¿No es una base militar? —pregunta el Coronel Garza confundido.

—Por favor, le pido que me tome en serio. El cartel afuera decía que eran instalaciones de una petroquímica, pero sé por mi trabajo en el negocio del petróleo que no hay razón para que existan instalaciones de ese tipo allí. El bulón prueba que eran instalaciones militares y encubiertas, ya que usted actúa como si no supiera nada de ellas.

—Bien, señor. Lo único que puedo hacer es elevar un informe e investigar el asunto.

—Está bien, pero por favor haga algo.

—Tomo mi trabajo con seriedad. Si digo que voy a investigarlo, lo haré.

—Gracias —dice Carlos, quien es guiado hasta las oficinas de administración donde completa un informe acerca de lo que vio. Luego lo escoltan hasta la salida de la base y regresa a su casa, angustiado por su familia y por los demás aldeanos.

Desesperado y preocupado, se contacta con gente que tiene relación con los aldeanos en otras ciudades y nadie ha sabido nada de ellos. La tutora de la escuela informa que ella sí llegó a ver vehículos de tipo militar que abandonaban el área recientemente, pero que asumió que estaban de paso.

Carlos no ve otra opción que llamar a alguien con quien creía que no volvería a hablar, Elisa Gómez, su antigua novia.

—Hola —saluda una voz familiar del otro lado de la línea.

Carlos duda por un momento y luego responde:

—Elisa, soy Carlos.

—Carlos, por Dios. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Bien, aunque sorprendida de oírte.

—Sé que ha pasado mucho tiempo, pero necesito tu ayuda con algo.

—Claro, lo que sea.

—¿Recuerdas la visita a mi antigua aldea?

—Sí.

—Bien, ha desaparecido y no sé adónde se han ido todos.

—¿Desaparecido? ¿Has dicho desaparecido?

—Sí, los aldeanos y casi todas las edificaciones. Todas sus

pertenencias han desaparecido salvo los mapas y otras cosas que le había regalado a Miguel.

—¿Se habrán mudado a alguna otra parte?

—Eso es lo que todo el mundo piensa.

—¿Pero tú no lo crees?

—Pienso que algo les ha pasado, sobre todo porque ese edificio también desapareció.

—¿Qué edificio? —pregunta Elisa.

Carlos le explica a Elisa todo lo que ha descubierto en estos últimos días hasta el detalle de que ha descubierto un bulón extraño de origen estadounidense.

—¿Estadounidense? —exclama Elisa.

—Sí. Un ingeniero con experiencia en equipamiento militar me dijo que por el diseño es indudablemente estadounidense.

—¿Qué podrían estar haciendo aquí los estadounidenses?

—No estoy seguro, pero parece que se hacían pasar por una compañía petroquímica.

—Deberían estar trabajando con nuestro gobierno, ¿no es así?

—Puede ser, pero por alguna razón pienso que no es así. De todas maneras, esperaba que de alguna manera alguno de los aldeanos te hubiera contactado. Nadie parece saber nada y la tutora que asiste a la aldea vio que se iban e incluso vio vehículos militares que se retiraban.

—¿Eran estadounidenses?

—No lo aclaró, solo dijo que parecían militares.

—Será una operación militar conjunta y deben de haber mudado a los aldeanos por su propia seguridad —sugiere Elisa.

—Quizás, pero en verdad creo que algo muy malo les ha pasado. Iré mañana a ver otra vez.

—Déjame acompañarte.

—Gracias, pero no quisiera alejarte de tu nuevo empleo ni de la compañía de tu esposo.

—Puedo tomarme el día.

—¿Estás segura?

—Estoy segura —dice Elisa y se ríe—. Deja que te ayude.

—Gracias, Elisa. Eres la mejor —responde Carlos aliviado al sentir que alguien está de su lado.

—Lo que sea por ti, Carlos.

A la mañana siguiente, Carlos apronta agua y un detector de metales mientras espera que Elisa aparezca. Suena el timbre y Carlos suspira.

—Elisa, te ves tan hermosa como siempre —le dice.

Ella sonrío mientras se abrazan.

—Tú también te ves genial, Carlos.

—Pasa, estoy terminando de cargar unas cosas.

—El lugar luce como siempre —observa Elisa mientras mira a su alrededor.

—Sí, ya me conoces. No cambio mucho.

Nota que aún tiene un portarretratos con la foto de ellos dos juntos y la toma. Carlos la ve y dice:

—¿Recuerdas ese día que visitamos la aldea y Miguel nos tomó la foto?

Ella pasa la mano sobre la foto.

—¿Cómo podría olvidarlo?

Vuelve a dejar la foto en su lugar y gira sonriendo.

—Entonces ¿qué llevamos?

—Oh, solo bebidas... y un detector de metales.

—Quieres encontrar más evidencias ¿cierto?

—Así es.

Permanecen en silencio mientras Carlos conduce fuera de la ciudad por el largo camino que atraviesa el desierto. Ella lo mira de vez en cuando y por momentos él la mira y le sonríe. Por fin, ella rompe el silencio:

—Había olvidado lo lejos que está la aldea y lo árida que es esta tierra.

—Oh, sí. Aunque el tiempo pasa volando —dice Carlos—. Dicho sea de paso, gracias por acompañarme.

—No hay problema —responde Elisa con una sonrisa.

Por fin, Carlos reúne coraje y le pregunta:

—¿No tendrás problemas con tu marido al venir sola conmigo?

Elisa baja la mirada.

—En realidad, no estamos casados —admite.

Carlos la mira confundido.

—Llevamos a cabo la celebración y todo, pero en la noche de bodas le dije que no me parecía lo correcto. Al final, anulamos el matrimonio.

—¡Vaya! ¿Qué pasó? —pregunta Carlos.

—No lo sé. Él era un buen hombre y éramos compatibles. Sé que hubiera sido feliz al compartir mi vida con él, pero no sentía que era lo correcto. Aún trabajo en la empresa con él y nos llevamos bien. Creo que me entendió y sale con alguien más ahora.

—Lamento que no haya funcionado. Podrías habérmelo contado. Tú sabes que estoy para apoyarte, amiga.

—Oh, lo sé. Solo quería estar sola por un tiempo y superarlo —dice Elisa.

—Puedo entenderlo. Es raro que no nos hayamos contactado para charlar durante todo este tiempo.

—Raro, ¿verdad?

Siguen el viaje en silencio hasta que llegan a la aldea.

—Por Dios, ¿qué ha pasado? —pregunta Elisa y desciende del todoterreno.

—¿Tú también lo sientes? —pregunta Carlos.

—Sí —dice Elisa mientras da una vuelta—. ¿Qué les ha pasado a todos? Me refiero a por qué se llevarían parte de sus casas y otras partes no. Nada tiene sentido.

Carlos prepara su detector de metales y empieza a examinar la zona en busca de metales sueltos. Elisa mira el pozo y dice:

—¿Por qué se llevarían todas las piedras del pozo, hasta las del fondo?

Carlos se acerca.

—Tienes razón, eso es aún más extraño.

Carlos sigue revisando la zona en busca de objetos con el detector mientras Elisa sigue investigando, yendo hacia la zona en la que Manuel y Miguel vivían. Sacude la cabeza confundida.

Deciden ir hasta el lugar en el que se encontraban las instalaciones y al bajar del todoterreno, Elisa concuerda en que es evidente que solía haber algo allí.

—¿Qué te hace pensar el ello? —pregunta Carlos.

—La zona está nivelada y plana en un cuadrado perfecto.

Carlos sonríe y responde:

—Exacto.

Comienza a registrar la zona con el detector. Elisa camina por ahí y encuentra un montón de polvo y toma algo. La mano se le entumece y ella lo suelta. Empieza a frotar la parte dormida con su otra mano y empieza a sentir un hormigueo en la otra también.

Carlos nota que está por entrar en pánico y corre hasta ella.

—¿Estás bien?

—Tomé polvo de ese montón y mi mano empezó a entumecerse. Me la froté y ahora la otra también se siente rara.

Carlos busca una botella y vierte agua sobre sus manos, ellas las frota:

—Mucho mejor —dice cuando la sensación empieza a desvanecerse.

—¿Estás mejor ahora?

—Sí, ya estoy bien. Me pregunto qué será ese polvo.

—Buscaré una bolsa para juntarlo —dice Carlos—. Tiene que ser alguna clase de residuo químico que ha quedado de lo que había aquí.

Le entrega a Elisa la botella de agua para que termine de lavarse las manos y rescata una bolsa plástica y un trapo. Se agacha y coloca el montón de polvo dentro de la bolsa con cuidado de no dejar que toque su piel, lo lleva al todoterreno y lo ubica en un contenedor.

Elisa vierte lo que queda de agua sobre las manos de Carlos. Él la observa lavarle las manos y se da cuenta de que sus sentimientos hacia ella son tan fuertes como siempre.

—Gracias —dice Carlos sonriente.

Carlos sigue revisando la zona con el detector pero no encuentra nada, Elisa permanece sentada en el todoterreno y bebe agua.

—Nada, absolutamente nada —dice y arroja el detector dentro del todoterreno.

—Bien, volvamos a tu casa.

—Gracias por acompañarme —le dice Carlos y la acompaña de regreso al todoterreno.

—Claro, Carlos —dice Elisa y sonríe—. Si necesitas mi ayuda, no dejes de avisarme.

—Me mantendrá en contacto. Necesito averiguar si las Fuerzas Armadas han averiguado algo.

—Tú sabes que los medios podr an ser de ayuda.  Qu  te parece si mañana hago algunos llamados para tratar de conseguir que se interesen en el asunto? Quizás, si cubren la historia, llegue a oídos de alguien que sepa lo que ha ocurrido.

— Eso es brillante!  Gracias! —le dice Carlos. Elisa le da un beso en la mejilla, se baja del todoterreno y lo saluda agitando la mano.

Al día siguiente, Elisa se dedica a hacer llamadas a las agencias de noticias y a todo aquel que pueda tener una pista o interesarse en la historia. A pesar de que no consigue demasiado interés en el tema, lo sigue intentando. Mientras tanto, Carlos llama a la Base Militar para hablar con el coronel Garza pero le dicen que el coronel ha salido a revisar un informe. Carlos, al percatarse de que el coronel puede haber ido hasta la aldea, sale con rapidez para encontrarse con él. Sin embargo, al llegar encuentra la zona vallada por el Ejército Mexicano.

—Disculpe, señor, nadie puede pasar —le dice un soldado.

—Mi familia vive en esa aldea y soy la persona que dio aviso de que habían desaparecido —le explica Carlos.

— Cu al es su nombre, señor?

—Carlos Ortiz.

El soldado habla por radio con el comandante.

—Hay un Carlos Ortiz en el perímetro oeste que dice ser pariente de los aldeanos.

—Esc ltelo hasta la aldea. —Recibe  rdenes.

—Sí, señor. Por favor, regrese a su vehículo y síganos —le ordena el soldado a Carlos.

Al llegar a la aldea, Carlos ve a un grupo de personas pertenecientes al ejército que toman fotos y revisan la zona.

El coronel Garza se acerca a Carlos.

—Señor Ortiz, como puede ver me estoy ocupando del asunto.

—Gracias, señor, por encargarse. ¿Han encontrado algo?

—En un principio creímos que sus parientes y los demás aldeanos habían empacado lo que habían podido y se habían retirado, pero hay irregularidades. ¿Por qué se llevarían parte de las casas, pero no las estructuras más importantes?

—Yo pasé por aquí y encontré los mapas de mi sobrino —le aclara Carlos.

—¿Por qué dejarían mapas y otras cosas que los podrían ayudar a viajar?

—Le regalé esos mapas hace poco a mi sobrino, Miguel. Mi exnovia y yo vinimos ayer y ella encontró una pila de polvo en el lugar en donde estaban las instalaciones de la petroquímica de la que le hablé. El polvo hizo que se le adormeciera la mano y tuvo que lavarse. Lo tengo en una bolsa y llamé para llevárselo cuando me dijeron que usted había salido de la base. Imaginé que podía encontrarlo aquí. Carlos busca dentro del contenedor y se lo entrega.

—¿Recibieron tratamiento médico? —pregunta el coronel.

—No, se sintió bien después de lavarse.

—Podría ser un inhibidor neuronal. Cuando se utiliza en forma de aerosol, genera un gas somnífero.

—¿Ya estaba al tanto del esto? —pregunta Carlos.

—Sí, encontramos una zona en donde pudo ser vertido. También

encontramos restos de ese polvo cerca de la aldea y en ningún otro lugar.

—¿Es peligroso? ¿Mi novia, digo mi exnovia, debería buscar atención médica?

—Es inerte una vez que hace contacto biológico y se dispersa con el tiempo. Lo que significa que fue usado recientemente, durante la última semana.

—¿De qué manera lo utilizaron? —pregunta Carlos.

—En avión o helicóptero.

—Helicóptero —dice Carlos asintiendo con la cabeza.

—Lo que también nos preocupa es que encontramos una fosa común de animales en las cercanías.

—¿Qué?

—La fosa contenía una variedad de cabras y gallinas, aparentemente las mataron con algún tipo de gas y las enterraron.

—¿Cómo sabe que fue por medio de un gas?

—Porque para matar una variedad así de animales que no cohabitan juntos, tienen que haber usado gas para que murieran todos a la vez. Así es posible removerlos y enterrarlos. Sé lo que me va a preguntar ahora, ¿cómo sé que las mataron todas a la vez? La respuesta a eso es que en el espacio abierto, el gas no puede controlarse así que se esparce en un área importante y todas mueren a la vez.

Carlos lo mira con verdadera preocupación.

—Eso significa que los aldeanos, Miguel estaba...

—No, ellos no estaban —lo interrumpe el coronel Garza.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque no hay fosa común de personas. Aparte, si alguien fuera a matar a todos y a hacer desaparecer una aldea entera, no dejaría rastros de la misma. No, a estas personas se las llevaron, no las mataron. Lo más probable

es que las durmieran con ese químico que usted encontró.

—¿Quién pudo llevárselos sin que ustedes estuvieran al tanto? — pregunta Carlos.

—Alguien con los recursos y la habilidad suficientes para infiltrarse en nuestro país y hacerlo en nuestras narices. El bulón que usted me entregó es de un helicóptero estadounidense, de un modelo militar.

—Gracias a Dios que usted me creyó.

—Eso es lo que nos muestra la evidencia, aún estamos investigando.

—Permítame que le indique cuál era la posición exacta de las instalaciones —dice Carlos.

—Ya la encontramos. Como le dije, encontramos rastros del químico allí también. Puede ser que las instalaciones ya no estén en pie, pero queda claro por los cimientos que allí hubo un edificio. El suelo está movido, nivelado y apisonado. Solo tiene una capa floja de tierra que simula el terreno natural, pero definitivamente allí hubo una construcción. Por la forma debió ser un edificio grande.

—¿Y qué hay de tomas aéreas? —pregunta Carlos.

—Las he pedido, pero en las fotos no se ve nada y la aldea ya está abandonada. Lo mismo durante los últimos seis meses. Las anteriores solo muestran la aldea.

—Eso no es posible.

—Sabemos que estuvieron aquí recientemente. Las fotos pretenden disuadirnos y hacernos pensar que se fueron hace mucho tiempo, pero la fosa común prueba que enterraron esos animales hace poco.

—¿Qué sigue?

—Lo que sigue es que continuaremos con la investigación. Mientras tanto, es necesario que usted vuelva a su casa. Le prometo que lo mantendremos informando si usted me deja hacer mi trabajo y no sigue

contactando a la prensa.

—¿Nos estaban siguiendo?

—Es mi trabajo. Cuando usted me entregó ese bulón perteneciente al Ejército de los Estados Unidos y me habló de conspiraciones, lo vigilamos a usted y a la gente que usted conoce o con quien está relacionado. Pero ya no tendré que hacerlo, ¿verdad?

—No, claro que no —le asegura Carlos—. ¡Gracias!

—Bien, es bienvenido si desea quedarse. Solo que no se entrometa en nuestro camino, ¿bien?

—Gracias, señor. ¿Puedo llamar a Elisa para pedirle que no siga con los llamados?

El coronel le permite hacer la llamada. Luego de explicarle a Elisa que no vuelva a contactar a la prensa, Carlos mira a su alrededor y eleva la vista hacia las estrellas que comienzan a perforar el cielo del atardecer. «¿Dónde estás, Miguel? », se pregunta.

Las estrellas no mienten

Al mismo tiempo que Carlos observa cómo el cielo nocturno avanza con calma, Miguel es testigo de cómo las estrellas desaparecen con el amanecer. Vuelve a la aldea y nota que la región montañosa se ve extraña.

—¿Recién vuelves a casa? —le pregunta Manuel cuando Miguel entra por la puerta principal.

—Realmente algo anda mal, papá —dice Miguel.

—¿Otra vez las estrellas?

—Las montañas también.

—¿Qué hay de malo con las montañas?

—No están cómo deberían.

—Yo no veo nada malo.

—Papá, las montañas son las mismas, pero el suelo es levemente diferente y las estrellas no están donde deberían. Estamos en Australia.

—¿Por qué crees que nadie piensa como tú?

—No sé porque los demás no lo ven. Las estrellas no mienten, nos muestran dónde estamos y ya no estamos en México.

—Necesitas descansar, hijo. Ve a dormir un rato, yo voy a prepararte algo de comer.

Miguel se acuesta y pronto se queda dormido. Se despierta a media tarde y los hombres están jugando a un juego con palos que consiste en golpear una piedra redonda, algo parecido a un juego de hockey pero en tierra. Él sonrío y se une a Sara y a Laura que están entre los espectadores. La rareza de las montañas y las estrellas parece desaparecer a medida que se entretiene con la algarabía de la vida en la aldea. Incluso alienta a Manuel cuando pelean por

los puntos con Zane. Es un juego feroz y sucio y los aldeanos festejan y se entusiasman. Al final, Zane consigue el punto de la victoria para su equipo.

Manuel abraza a Zane.

—Eso estuvo genial —le dice.

—Por un momento pensé que me ganarías —responde Zane con orgullo.

Miguel los observa feliz y se olvida de sus preocupaciones. Piensa: «¿Qué otra cosa puede importar cuando se viven momentos como este?». En este momento, todo parece estar bien y los aldeanos comparten un pan dulce especial e historias entre todos. La fiesta sigue hasta el atardecer cuando las estrellas irrumpen en el cielo y al mirarlas, Miguel vuelve a preocuparse porque no están donde deben estar.

—¿Y, Miguel, las estrellas siguen fuera de lugar? —exclama Héctor.

—Las estrellas no mienten —dice Miguel.

Más tarde esa noche cuando todos se retiran, Miguel va en silencio hasta su cama y observa por el agujero en el cielorraso. Manuel lo mira con el deseo de poder convencer a su hijo de que todo está bien.

—Señora, hemos bajado la dosis como lo indicó y aún contamos con una aceptación estable del medio ambiente —le informa el soldado a Jill esa misma tarde.

—Bien. ¿Qué hay del chico? —pregunta.

—Aún se cuestiona la ubicación, pero de momento parece más retraído.

—Jill observa el monitor a medida que las luces de la aldea se apagan una por una.

—Han disfrutado de lo lindo hoy —informa una de los científicos.

—Bien, se lo merecen. —Jill regresa a su dormitorio para descansar.

A la mañana siguiente, Jill recoge los informes y se reúne con el director.

—Tuvimos un buen día ayer —le dice a Charles—. Hemos bajado la dosis de la droga a niveles mínimos y aún hay aceptación de las variantes ambientales. Aparte pasaron el día jugando y divirtiéndose.

—¿Qué hay con el muchacho? —pregunta Charles.

—Se está alineando con los demás.

—¿Sigue cuestionando dónde se encuentran?

—Sí, pero cada vez menos. Pienso que se está acostumbrando.

—¿Estás segura?

—Por completo, el nivel de irritación atribuido a la reacción infantil a la droga es ya casi inexistente. Ha vuelto a ser un muchacho normal.

—Bien, me alegro. Nos queda poco tiempo antes del regreso y debemos hacerlo con suavidad.

—No hay problemas por el momento ni en el futuro inmediato, señor.

Jill se pone de pie, sonríe y se retira. Charles parece escéptico pero acepta los resultados.

Después de un par de días, allá en México, Carlos llama al coronel Garza.

—Señor Garza, ¿tiene novedades?

—Señor Ortiz, la posición del gobierno es que no hay motivos de preocupación. Incluso me he contactado con gente del ejército de los Estados Unidos y allí tampoco la hay.

—Usted sabe que algo pasa allí. ¿Qué se puede hacer?

—Señor Ortiz, no hay mucho que yo pueda hacer hasta no tener pruebas concretas de dónde está esta gente. Sin embargo, usted es un ciudadano común. Puede hacer tanto ruido como le sea posible. Llegado ese punto, puede que aparezca algún cabo suelto.

—Tenga por seguro que lo haré. De todos modos, pensé que usted no quería que se hiciera público.

—Señor, hay cosas imposibles de resolver desde el ejército, requieren la acción de ciudadanos comunes que usen los medios para alborotar el avispero. Le enviaré un cadete con un archivo. No tendrá una descripción de nuestro accionar, pero evidencias interesantes para que usted le entregue a quien considere. Le deseo buena suerte, señor Ortiz.

—Gracias, coronel.

Más tarde ese mismo día, un soldado de civil le entrega a Carlos un archivo con fotos satelitales, mediciones del terreno en donde supo estar el edificio y fotografías de la aldea.

Carlos invita a Elisa para compartir las novedades.

—Tengo algo para enseñarte —le dice en cuanto ella llega y le muestra el archivo.

—¡Vaya, Carlos! Aquí hay evidencias del daño —dice y se pone a hojear las páginas—. Ese militar te entregó esto así como así.

—Sí, creo que les han impedido avanzar a ellos mismos y no saben qué hacer. El coronel parece un buen hombre y quiere ayudar. Me pidió que entregue esto a los medios. ¿Aún estás dispuesta a ayudarme?

—Será mejor que te convenzas —le dice mientras vuelve a mirar los papeles.

Carlos sonrío y comienzan a diagramar la estrategia para contactar a los medios.

Los niños deben escuchar y obedecer

Miguel parece estar cada día más ausente y retraído y crece la preocupación en su padre.

—No sé qué hacer con Miguel —le comenta por fin a Sara, necesita confiar en alguien.

—¿Aún sigue preocupado por ese asunto de las estrellas? —le pregunta.

—Sí, sigue insistiendo en que estamos en el lugar equivocado.

—Quizás sea parte del proceso de crecimiento. Sé que Laura tiene ideas extrañas a veces.

—Es más que eso. Él está absolutamente convencido de que estamos en Australia. Podría matar a mi hermano con mis propias manos por haberle metido estas cosas en la cabeza.

—Quizás no haya nada malo en su cabeza.

—¿No me digas que tú también le crees?

—Mira, yo no sé nada acerca de las estrellas, pero reconozco cuando alguien está preocupado y seguro de estar en lo cierto. Igual a su padre.

—¿Igual a su padre? —repita Manuel y la observa.

—Sí, tú haces lo mismo.

—No sabía que me prestabas tanta atención.

—Hace años que te observo —dice y se ríe.

Manuel se inclina y la besa.

—Lo siento —dice con una sonrisa.

—No te disculpes por hacer lo correcto.

Ella se apoya en él y él vuelve a besarla. Laura entra corriendo.

—Mami, ¿puedo ir a jugar con Miguel? —pregunta y ellos se apartan

en seguida.

—Por supuesto, es probable que eso lo alegre —le responde Sara intentando no ruborizarse.

—Creo que necesito volver a lo mío —dice Manuel y sonrío.

Sara asiente con la cabeza y se retira. Se sienta y sigue tejiendo con la esperanza de no haber arruinado lo que existía entre los dos.

Laura corre hasta Miguel que está sentado en su roca preferida con la mirada en el suelo.

—¿Qué estás haciendo, Miguel? —le pregunta.

—Nada —responde.

—¿Por qué estás tan deprimido?

—Nadie me cree que ya no estamos en México.

—Es que eso es muy extraño, Miguel.

—Ves, ni tú me crees.

—¿Cómo lo sabes?

—No importa —le dice mirándola.

—Sí que importa.

Levanta la mirada gracias al coraje que le infunde su atención.

—Verás, Laura, las estrellas no mienten. Siempre están en el mismo lugar en el cielo. Se mueven a medida que la Tierra gira, pero en determinadas épocas del año, las estrellas deben estar en el lugar indicado del cielo. Justo ahora, la Cruz del Sur, que es una constelación... ¿sabes qué es una constelación? —Ella sacude la cabeza, por lo que él comienza una explicación —: Es el agrupamiento de ciertas estrellas. Como una aldea de estrellas. Viven juntas y forman personas, animales o cosas. La Cruz del Sur forma una cruz que puede verse desde la parte de debajo de la Tierra. Por lo tanto, la Cruz del Sur debería estar allí en esta época del año —dice indicando un lugar en el cielo, luego señala otro lugar y prosigue—: Ahora está allí, en el

lugar equivocado. Ella junto a otras estrellas me dice que estamos en Australia, justo del otro lado de la Tierra que en donde se encuentra México. ¿Lo entiendes?

Ella asiente con la cabeza y lo escucha con atención. Luego de que él termina de explicarle todo en detalle, ella le dice:

—Me gustaría que fueses mi hermano.

—¿Por qué?

—Tú y tu padre siempre cuidan de mi mamá y de mí.

Miguel observa cómo ella mira al suelo, la abraza y le dice:

—¿Sabes una cosa? Seré tu hermano —le dice con una sonrisa.

Ella le devuelve la sonrisa y escucha a su madre que la llama.

—Tengo que irme.

Miguel asiente y la ve regresar corriendo hacia su casa, él sigue garabateando un mapa del mundo en la tierra.

Laura entra a su casa corriendo.

—Mami, estamos en Australia —le informa.

—¿No le creerás a Miguel?

—Él dice que las estrellas no mienten.

—Creo que él piensa que está en lo correcto, pero yo lo dudo.

Se sientan a almorzar.

—Mami, ¿Miguel puede ser mi hermano? Me dijo que lo sería cuando le pregunté.

—Se preocupa por ti, ¿no es cierto? —le pregunta Sara algo avergonzada.

—De la misma manera que su padre se preocupa por ti.

—Sí, a veces —dice y siguen con el almuerzo, pensando en sus relaciones.

A la tarde, Sara invita a Manuel a caminar. Ella toma su mano y cuando él la mira, ella le sonríe.

—Quiero que pienses en algo,  puede ser? —le dice ella.

—Claro.

— Qu  pasar a si Miguel tuviera razón y ya no estuviéramos en México?

— Qu ?

—Solo escúchame.  T  sabes algo de las estrellas? —Manuel sacude la cabeza—. Bien, Miguel sabe y mucho. Pienso que quizás tenga razón.

— Qu  tenga razón?

—A decir verdad, yo le creo.

— Por qué?

—Porque sabe de lo que habla. Se pasa las noches mirando las estrellas,  c mo podr a estar equivocado?

—No estoy de acuerdo. Pienso que es un problema de atención.

— De verdad, Manuel? Mira, yo no soy tu esposa y no puedo decirte nada acerca de tu hijo, pero creo que deber as prestarle atención.

—A ver, yo s  que tú nos quieres a ambos, pero aliarte con mi hijo no es la manera de tratar de ganarte mi simpatía.

— Realmente crees que las cosas son así?  Te digo que pienso que tu hijo tiene razón y t  piensas que te estoy haciendo una jugarreta?

—Lo siento. No estoy seguro de por qué esto es tan importante.

—Es importante porque tu hijo tiene razón y estamos en el lugar equivocado.

—Bien, yo no estoy de acuerdo y esta charla de ciencia ficción no va a convencerme de que estamos del otro lado del planeta. Si lo estuviéramos,  c mo llegamos hasta aquí?  Nos trajeron seres extraterrestres?

—No lo s , pero yo creo que él tiene razón y que t  estás siendo

testarudo al no querer creer en él.

—Yo creo en mi hijo cuando tiene razón.

—Pienso que tienes tantas ganas de que las cosas estén bien que ignorarías a cualquiera, incluso a mí y a tu hijo. La gente que te ama no se esfuerza tanto en tratar de convencerte de cosas que tú sabes.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que Miguel está en lo cierto?

—Porque mi corazón se preocupa por él y quiero creerle. Laura le cree también y, como su padre, deberías creerle. Él necesita que tú le creas.

Sara regresa corriendo a la aldea mientras Manuel se queda atónito observándola. Vuelve caminando y ve a lo lejos a su hijo dejar su roca preferida y dirigirse hacia la aldea. A medida que la noche cubre la tierra, se detiene a observar las estrellas. Le resultan tan confusas para él como para cualquiera que no conozca los esquemas de la naturaleza. Camina despacio reflexionando acerca de los problemas que preocupan a su gente.

Manuel llega a casa y Miguel ya está en la cama.

—¿No vas a comer, Miguel?

—No tengo hambre, papá —responde Miguel.

—Sabes que la señorita Martínez parece estar de acuerdo con tu teoría australiana. —Miguel no contesta y Manuel continúa—: Mira hijo, el suelo es el mismo, ¿no es así?

—Así es —admite Miguel.

—Bien, entonces ¿cómo es posible que el suelo esté bien y las estrellas no?

Manuel está por retirarse cuando Miguel lo detiene.

—Papá —le dice—. ¿Cómo podemos saber dónde estamos si solo miramos el suelo? —le pregunta.

Más tarde, cuando todos están dentro y la aldea está en silencio y

aletargada, Manuel despierta a su hijo con un susurro.

—Miguel.

—¿Papá?

—Hijo, junta algo de agua y pan.

—¿Para qué?

—Vamos a salir al amparo de la oscuridad para revisar esas instalaciones y el por qué no estamos más en México.

—¡Sí, señor! —dice Miguel y sonríe.

—En silencio. Tenemos que encontrarnos con Zane y con otros pocos aldeanos que nos estarán esperando en el corral principal. Nada de hablar, ¿bien? Lleva tus binoculares.

—Sí, señor.

Caminan de prisa hasta el corral de los animales donde Zane y otros diez aldeanos, incluidas Sara y Laura los esperan. Se agazapan detrás de la altura de las cabras mientras se mueven entre los animales.

—Iremos en cinco grupos de dos —dice Manuel—. Todos tomen un par de animales y salgan con ellos en diversas direcciones. Miguel y yo iremos hacia el edificio. Creo haber visto algo con tus binoculares antes cuando caminaba por allí afuera. Tus binoculares captan una especie de haz de luz y no se puede ver con claridad. Supongo que esos rayos los alertan cuando se acercan personas así que los distraeremos con los animales. Nos acercaremos a las instalaciones con los animales y luego los dejaremos ir para que piensen que fueron ellos los que dispararon los sensores. Luego intentaremos ingresar.

—Es o suena peligroso —murmura Sara.

—Puede ser, pero no podemos permanecer aquí. ¿Quién sabe que nos tienen preparado para después?

—Tienes razón —admite Sara.

—¿Están todos listos? —Todos murmuran que sí y salen con varias cabras. Manuel lo mira a Miguel y le pregunta—: ¿Listo, hijo?

—Por completo.

Ambos toman sus cabras y se dirigen hacia las instalaciones. Se detienen de tanto en tanto para verificar los rayos de luz. Logran esquivarlos por algunos huecos de oscuridad hasta que llegan al edificio que está completamente cercado por rayos de luz.

—Apenas crucemos los haces de luz, iremos agazapados y con rapidez hacia la cerca del costado. Luego deja las cabras tan pronto como disparen las alarmas. Supongo que tendrán que salir y será cuando aprovecharemos para meternos por el portón. ¿Entendido? —pregunta Manuel.

—Entendido.

Pasan por el haz de luz y corren hacia la cerca tratando de cubrirse tras las cabras. A medida que se acercan a la cerca, un todoterreno se pone en marcha y luego otro. Al llegar a la cerca, Manuel suelta la cabra la que de inmediato corre en dirección a la aldea, los todoterrenos salen a la caza.

—Vamos, regresarán enseguida —lo apura Manuel y Miguel corre hacia el portón que ya empieza a cerrarse. Logran colarse y se apoyan de espaldas contra la pared. Están entre el edificio y los toneles y contenedores. Se dirigen hacia la esquina y ven la plataforma con el helicóptero estacionado, dos hombres con uniforme militar están de guardia y conversan. Manuel, que entiende algo de inglés, deduce que no están en alerta, que hablan de unas cabras que han alterado la noche. Notan que la puerta trasera está abierta y se escabullen de los guardias dentro del edificio.

Merodean a través de pasillos y miran dentro de habitaciones prácticamente vacías y oscuras. Al no entender los letreros escritos en inglés, siguen buscado hasta que dan con una amplia oficina que está abierta, es la oficina de Jill Chambers. Observan fotos de la aldea, de los aldeanos y de

ellos sobre el escritorio. Manuel toca sin querer el teclado de la computadora y la pantalla se enciende y muestra las tomas de las cámaras: la aldea y los alrededores del edificio. Ven que los todoterrenos regresan y advierten que deben averiguar sin demoras quiénes son estas personas.

De repente se abre la puerta del baño y Jill aparece.

—*Oh, my God!*—Luego les habla en español—: ¿Cómo entraron aquí?

—Nos escabullimos —admite Manuel.

Jill corre hacia la puerta y la cierra con llave.

—¿Cómo pudieron sortear los sensores?

—Usamos las cabras para distraerlos.

—Tengo que sacarlos de aquí —les dice Jill—. La gente para la que trabajo es peligrosa.

—¿Por qué nos trajeron a Australia?

Jill muestra una amplia sonrisa.

—Eres tan inteligente, Miguel.

—¿Sabe nuestros nombres?

—Sé todo acerca de ustedes. Miren no tenemos mucho tiempo, estará amaneciendo en una hora.

—Necesitamos volver a México —le dice Manuel.

—Eso va a ser un poco difícil. El asunto es que si vuelven a la aldea y simulan que nada de esto sucedió, estarán de vuelta en México en un par de semanas. Debemos llevarlos de regreso antes de que cambie la estación. Se darán cuenta que algo anda mal porque entrarán a la estación equivocada en México.

—¿Ustedes se llevaron al señor Torres? —pregunta Miguel.

—El burro, quiero decir Raúl está aquí, sedado.

—¿Qué significa sedado?

—Está durmiendo, le dimos algo para que se duerma —le explica Jill.

—¿Iban a devolverlo? —pregunta Manuel.

—Sí, cuando los llevemos de regreso a México.

—No le creo.

—Es verdad, yo soy la directora adjunta aquí.

—¿Sabe por qué no le creo? —le dice Manuel.

—¿Por qué?

—Mi hermano debe estar ahora buscándonos.

—Ya lo sé —le dice Jill—. Ha estado en la televisión contando la historia de la aldea desaparecida.

—Entonces, ¿cómo harán para llevarnos de regreso si estamos desaparecidos y es un hecho público?

Jill da un paso atrás y se cubre la boca.

—Tiene razón. Oh, por Dios, tiene razón. No van a poder llevarlos de regreso, no con toda la atención puesta en la aldea. Debemos sacarlos de aquí.

—Primero tenemos que buscar a Raúl —dice Manuel.

—No podemos correr el riesgo. Tenemos que sacarlos a usted y a Miguel de aquí.

—No podemos dejar al señor Torres.

—Bien, les indicaré por dónde ir —les dice Jill.

—¿Se va a jugar la vida por nosotros? —le pregunta Miguel a Jill.

—Sí, lo haría. Quizás todos podamos salir juntos de esto.

Ella se dirige hasta su escritorio para observar los monitores de la computadora y los escolta en silencio hacia un laboratorio cerca, abre la puerta mediante un teclado numérico. Adentro, Raúl yace sobre la camilla con una vía intravenosa en el brazo. Jill le saca la vía intravenosa y Manuel lo levanta y lo carga sobre su hombro. La esperan en la puerta mientras ella enchufa un cable de video en una caja negra y se produce un alboroto en las

cámaras de la enfermería.

—Les llevará unos quince minutos descubrir que ha pasado algo con el video —les dice y los conduce por el pasillo hacia afuera.

—Vayan hasta ese todoterreno y escóndanse bajo la lona, yo volveré en unos segundos. Necesito buscar las llaves.

Mientras ella regresa al edificio Manuel lleva a Raúl al todoterreno y desdobra la lona. Busca a Miguel pero ya no lo ve a su lado.

—Miguel —murmura con desesperación. Finalmente Miguel corre hasta el todoterreno y se escabulle dentro. Se cubren porque empieza a amanecer.

—Debo salir como de costumbre así que permanezcan en silencio mientras hablo con el guardia de la puerta —les susurra Jill—. Intentaremos dejar la reserva y conducir hasta la ciudad más cercana. El problema será el helicóptero.

—Ya me encargué de eso, señora —le dice Miguel.

Jill observa que Miguel ha encadenado el tren de aterrizaje del helicóptero a la cerca.

—Qué pequeño tan inteligente —dice con una sonrisa y se sube al asiento del conductor y pone el todoterreno en marcha.

—Identificación y contraseña, por favor —le pide el personal de control en la puerta.

—Jill Chambers, directora adjunta, 796344 solicitando acceso a la salida para controlar las afueras de la aldea del proyecto.

—Verificado, sí señora. Estamos teniendo algunos problemas con el video.

Las puertas comienza a abrirse y ella responde:

—Es por eso que necesito hacer un control personal de los aldeanos.

—Hasta luego, señora —saluda el hombre de control de la puerta.

Jill sale despacio y toma el camino que lleva a la parte norte de la aldea. Una vez fuera del alcance de la vista del edificio, acelera el todoterreno tanto como puede.

—Bien, muchachos, pueden salir. No hace falta que se escondan ahora, tan pronto como los encargados del video se despierten sabrán lo que está pasando —les grita.

Manuel y Miguel salen de abajo de la lona y se toman de la barra estabilizadora del todoterreno. Raúl yace en estado catatónico.

Mientras, en el edificio, los encargados de la seguridad llaman al director para reportar problemas con los monitores.

—Otra vez esta mugre —protesta Charles al entrar al cuarto de vigilancia.

—Por lo general, se soluciona al reiniciar el sistema, pero esta vez no funcionó. Jill se fue hace unos minutos para vigilar de cerca a los aldeanos —le dice uno de los guardias de seguridad.

—Mmm...bien. ¿Hubo algún problema? —pregunta Charles.

—Nada que nos haya comentado.

—Típico.

Otro de los técnicos ingresa al cuarto de control.

—Señor, tenemos un problema. El sujeto de prueba número trece ha desaparecido.

—¿Sujeto número trece? —pregunta Charles.

—El Burro, el aldeano que capturamos. No está en la enfermería y el video del cable estaba enchufado en el mismo así que lo solucioné. En breve tendría que volver a transmitir en vivo.

Las cámaras vuelven a funcionar justo para que Charles vea un rastro de polvo por el camino que llega al edificio.

—Hagan zoom sobre ese vehículo —ordena Charles.

El encargado del control acerca la imagen y ven a los ocupantes del todoterreno.

—¡Por Dios! —exclama Charles—. ¡Código 179 de cierre y persecución!

El técnico toma el micrófono y llama a todos mientras suenan estroboscopios y zumbadores.

—Tenemos un código 179. Tenemos sujetos y a Jill Chambers tratando de huir de la reserva.

Afuera del edificio, los guardias salen corriendo rumbo a los todoterrenos para perseguir a los escapistas. El piloto del helicóptero nota que está encadenado a la cerca y grita:

—Que alguien me consiga un soplete para cortar.

Los todoterrenos salen en persecución y los aldeanos pueden ver la polvareda a lo lejos hacia el norte y finalmente el helicóptero que despega en la distancia.

—Vamos, señores, corran —dice Héctor. Los aldeanos se abrazan ante la sospecha de lo que va a suceder. Saben que el juego ha terminado.

Jill maneja todo lo rápido que puede y se acerca a los portones de la reserva.

—Aseguren el portón —ordena Charles.

—¡Cuidado, señora! —grita Manuel y Jill observa tres postes de metal que se alzan enfrente a los portones.

—¡Todos sujétense con fuerza! —grita, gira con violencia y atraviesa la cerca y logra recuperarse y tomar el camino rumbo a la ciudad.

Manuel no deja de mirar hacia atrás y puede ver al helicóptero que se acerca y a los otros todoterrenos a la distancia.

Jill acelera y no se detiene en los pocos semáforos que atraviesan en las afueras de la pequeña ciudad australiana y la velocidad de su vehículo con

los dos todoterrenos que la persiguen llama la atención. Se detiene de pronto frente a dos autos de policía presentes en un accidente. Los dos policías se dan vuelta con rapidez y adoptan una posición defensiva al momento que Jill levanta las manos.

—Soy una investigadora y científica estadounidense de la reserva gubernamental que está aquí cerca. Tengo a tres mexicanos a los que la gente para la que trabajo mantiene prisioneros. Necesitamos su protección de inmediato.

Uno de los policías habla por radio.

—Señor, será mejor que venga cuanto antes a la calle Victoria, tenemos una situación algo confusa aquí. —Ve que se acercan los dos todoterrenos y que el helicóptero los sobrevuela en la distancia y agrega —: Quizás quiera traer refuerzos.

Los policías caminan hasta el todoterreno y observan a Jill y a los demás pasajeros. Los todoterrenos que la perseguían se han detenido cerca y uno de los técnicos se aproxima.

—¡Hola, oficiales! Soy el sargento Tiler de la unidad de operaciones estadounidense y estos son pacientes con trastornos mentales que estamos tratando en nuestras instalaciones. Nuestra empleada aquí presente ha sufrido un colapso y ha secuestrado a estas personas que están a nuestro cargo. Lamentamos lo sucedió y los escoltaremos de regreso a la base en este momento.

—Un momento, sargento. Nadie se mueve de aquí hasta que aclaremos las cosas —le dice el policía.

—Estamos en una misión del gobierno y tenemos permiso para operar aquí así que le sugiero que no intervenga en un incidente internacional.

Charles escucha a través del micrófono de uno de los guardias y observa desde la cámara del helicóptero que monitorea la situación.

—¿Tenemos otro todoterreno? —pregunta—. Necesito ir hasta allí.

Llegan los refuerzos de la policía, incluso el mismo jefe de policía que conducía hasta el trabajo cuando escuchó la llamada.

—¿Qué sucede aquí? —le pregunta a su compañero.

—Señor, esta dama condujo hasta aquí y denuncia que estos hombres están prisioneros en las instalaciones estadounidenses de la base aquí cerca y que ella los rescató. Está pidiéndonos asilo. Los guardias de negro de allí denuncian que son pacientes psiquiátricos y que ella ha sufrido un colapso y que los secuestró y pretende llevarlos de regreso argumentando tratados internacionales.

El sargento de los servicios se aproxima al jefe.

—Señor, este es un asunto muy delicado y, con todo respeto, no le compete a la policía local. Nuestro director está en camino, tiene que llegar en cualquier momento.

—Bien, porque hay mucho que explicar. Mientras tanto, ustedes pueden entregar sus armas a mis oficiales en este momento —ordena el jefe de policía.

—Señor, tenemos autorización para portar armas de fuego de acuerdo a nuestro estatuto con vuestro gobierno.

—De seguro, pero no en mi ciudad —dice el jefe.

—Entreguen sus armas, señores —ordena el sargento de los servicios, con desgano. Todos los guardias entregan las armas y se hacen a un lado cuando Charles aparece.

—Sargento, ¿por qué no ha regresado con nuestra gente a la reserva? —exige Charles.

—¿Usted está a cargo de esta operación? —pregunta el jefe de policía y camina hacia Charles.

—Así es, señor. Charles Tanner, director de operaciones.

—¿Le importaría explicarme todo esto a mí, señor Tanner, director de operaciones?

—En verdad, no tengo tiempo, tenemos que regresar. No estoy en condiciones de dar detalles.

—Ya veo. Bueno, le aconsejo que levante el secreto oficial en este momento y me lo explique.

Charles permanece de pie observando al jefe que lo mira impávido.

—De acuerdo —admite—, esta persona es empleada en nuestras instalaciones. Jill es mi directora adjunta y, por algún motivo, decidió que podía llevarse a estos tres pacientes psiquiátricos que hemos traído hasta aquí para tratarlos.

—¿Tratarlos? ¿Cuál es su problema? —pregunta el jefe.

—Tienen una extraña enfermedad y es necesario aislarlos —le dice Charles.

—¿Aislarlos? ¿Es contagioso?

—Podría ser —dice Charles.

—Señor, está mintiendo —interviene Jill—. Son prisioneros de un proyecto de relocalización. No son estadounidenses sino mexicanos nativos que fueron traídos hasta aquí para hacer una prueba del proyecto.

—No es verdad, señor —dice Charles.

El jefe camina hasta Manuel.

—¿Usted comprende, señor? —Manuel encoje los hombros y el jefe le pregunta en español—: ¿Habla?

Manuel sacude la cabeza y pronuncia alguna frase en español.

—Es un grave problema de salud y debemos llevarlos de regreso y aislarlos de inmediato —insiste Charles.

El jefe mira a Charles y luego de nueva a Manuel, a Raúl que duerme

y a Miguel. Le pregunta en español:

—¿Habla?—le pregunta a Miguel quien responde una sola palabra en inglés, *stars*, que significa estrellas.

El jefe le sonrío a Miguel y luego enfrenta a Charles.

—Estos no son pacientes. Y, ¿desde cuándo los estadounidenses dan algún tipo de tratamiento a los mexicanos en Australia? Si es contagioso, ¿por qué ustedes no están usando trajes protectores? Oficiales, arresten a toda esta gente.

La policía comienza a arrestar a los guardias y le ponen las esposas a Charles.

—Usted está cometiendo un error que le va a costar la carrera. Esta es una operación autorizada por ambos gobiernos —le dice Charles al jefe.

El jefe camina hasta donde está Jill y los pasajeros y le grita a Charles:

—¡Cuénteselo a su gente, entonces! —Y mirando a Jill pregunta—: ¿Usted se encuentra bien, señora?

Jill deja salir una lágrima.

—Usted nos acaba de salvar la vida, señor, literalmente.

—Señora, puede ser que yo no sepa de proyectos clandestinos del gobierno, pero reconozco cuando una persona está ante un peligro mortal. No sé qué clase de operación es esta en la que usted está metida, pero arriesgar su trabajo y hasta su vida para traer a esta gente hasta aquí, prueba que algo estaba pasando. Oficiales, llévenlos a mi oficina y no permitan que nadie que no esté autorizado por mí se les acerque.

—Gracias, señor.

—¿Dónde estoy? —murmura Raúl en español cuando comienza a despertar.

—¿Qué dice? —pregunta el jefe.

—Se pregunta dónde está —le explica Jill.

Jill le dice a Manuel, Miguel y Raúl que ahora están seguros y que deben seguirla. La policía comienza a llevarse a los guardias y a Charles y el helicóptero regresa a las instalaciones. El jefe ordena a sus oficiales:

—Un grupo se queda aquí y vigila ese portón en caso de que lleguen más soldados. Si se acerca alguien que no sea australiano, lo arrestan.

Desprotegidos

Jill está en el cuartel de la policía para dar una explicación cabal del proyecto y de lo que han estado haciendo en la reserva contigua a la ciudad del jefe.

Uno de los oficiales de policía asoma la cabeza por la puerta.

—Señor, ese tipo Charles, el director, exige que llamemos a su gente.

—Dígale que no hay llamados y que ya he notificado a nuestro gobierno para que hable con su embajador —dice y vuelve la atención a Jill —. ¿Así que usted dice que hay más personas prisioneras en la base?

—Sí, jefe.

Suena el teléfono y la recepcionista le dice que Shelia Sommers está al teléfono.

—Sí, señora. No señora, eso no fue lo que sucedió. Eso es correcto, señora, los desarmamos y los arrestamos. Sí, estoy segura que es así. Lo entiendo.

—Eso sonó atemorizante —dice Jill cuando el jefe cuelga el teléfono.

—Era la primer ministro de Australia y va a mandar a su embajador acompañado de algunos militares para manejar el asunto. Lo siento, no estoy seguro de lo que pueda pasar pero está fuera de mis manos ahora.

—Lo entiendo —dice Jill nerviosa.

El jefe lleva a Jill de regreso a la sala de estar con Miguel, Raúl y Manuel que están siendo revisados por los médicos locales.

—¿Cómo se encuentran? —les pregunta Jill en español.

—¿Qué va a suceder con nosotros y con la aldea? —pregunta Manuel.

—No estoy segura. Hombres del ejército de Australia están en camino

para hacerse cargo de la situación. —Mira a Miguel y le pregunta—: ¿Cómo estás, Miguel?

—Siento que debí ignorar las estrellas —dice.

—No te sientas así, Miguel. Has hecho algo maravillosamente valiente e inteligente. Más allá de lo que suceda, siempre serás recordado por lo que hiciste. Te lo prometo.

Miguel sonríe.

Pasan las horas y el jefe les pregunta a los oficiales que están vigilando el portón de la reserva si ha notado alguna actividad.

—No, señor. Todo está tranquilo, no hay movimientos —le informa.

—Sigán vigilando, habrá movimientos mañana antes de que los militares lleguen aquí. Voy a mandar oficiales a reemplazarlos con regularidad. Cuando los militares lleguen, se harán cargo de la zona y ustedes pueden volver aquí.

—Sí, señor.

Al día siguiente, se presentan los militares.

—Jefe de Policía Donald —dice el jefe y estrecha la mano.

—Mariscal de Aire Tom Jacks. ¿Dónde se encuentran los prisioneros estadounidenses?

—¿Cuáles? ¿Los míos o los de ellos?

—Los suyos.

El jefe los lleva a las celdas.

—Era hora que aparecieran —dice Charles poniéndose de pie.

—Este es Charles, el director de todo este embrollo —dice el jefe a modo de presentación.

—Dígame, señor, ¿no tenemos permiso para estar aquí? —le pregunta

Charles al mariscal.

—Sí, señor, lo tienen.

—Bien. ¿Podrían entonces hacer que estos locales nos liberen a nosotros y a nuestros pacientes para que los podamos llevar de regreso a la reserva?

—Sus pacientes, como usted los llama, no regresarán con nosotros a la base —le dice el mariscal.

—¿Qué quiere decir con nuestra base? ¿Y a qué se refiere con nosotros? —Charles mira al embajador—. Tom ¿qué está pasando?

—He recibido orden de tomar el mando de la operación y de ingresar en su base para hacerme cargo de todos los edificios que existan por orden del Primer Ministro de Australia y de la presidente de los Estados Unidos.

—Dios mío —expresa Charles cuando se da cuenta de que el mariscal habla en serio.

—Sus oficiales serán puestos bajo arresto y los llevaremos hasta la base para que su gobierno se haga cargo. Usted vendrá conmigo para contactar a los empleados que allí se encuentren para que cese toda actividad. Entregarán las armas y usted acompañará a mi gente para que tome el control. Su gente debe obedecer y ayudarnos cuidar de los huéspedes y proveer toda la información necesaria para llevarlos de regreso a su hogar.

—Tom, ¿esta gente entiende que tenemos permisos para llevar a cabo esta operación?

—Señor, la operación ha sido cancelada por la presidente Newsome y ha instruido órdenes para que cualquier proyecto relacionado a *Lazarus* pierda el financiamiento y sea detenido.

El jefe ordena a su oficial que abra la celda de Charles.

—Buenos días, compañero —le dice el oficial cuando Charles sale con gesto de disgusto ante la amplia sonrisa de su jefe.

Cuando los guardias estadounidenses y Charles quedan en manos de los militares, el jefe lleva al mariscal y al embajador a la sala de espera donde están Jill y los aldeanos.

—Señora, este es el Mariscal de Aire Jacks quien está ahora a cargo de la situación —le dice el jefe a Jill.

—Señora, bajo órdenes de mi gobierno y del gobierno de los Estados Unidos, me haré cargo de sus instalaciones y del cuidado de los aldeanos así como del regreso a su tierra. Usted, junto a su director, nos asistirá para facilitar el cambio —explica el mariscal.

—Eso estaría bien —responde Jill.

—Vigile que todo salga bien —le dice el jefe al mariscal antes de retirarse.

—Gracias, señores —dice Jill con lágrimas de alivio en los ojos. Gira y les habla en español a Manuel y a Miguel. Sus ojos se iluminan y sonrían. Jill se vuelve hacia el mariscal y agrega—: Señor, este es el jovencito que dedujo que ya no estaban en México sólo guiándose por la posición de las estrellas. Él y su padre, Manuel, se escabulleron dentro del edificio y me encontraron. Yo los traje a ellos y a Raúl hasta aquí.

Miguel mira a Jill cuando reconoce la palabra *stars*. El mariscal camina hacia Miguel y Jill traduce sus palabras:

—Es un honor para mí conocer a un joven tan brillante y valiente.

Miguel sonrío y observa las medallas en el uniforme de mariscal. Señala una cinta con una medalla que tiene una cruz y una estrella y dice en español:

—Es como la constelación de la Cruz del Sur e incluso tiene una estrella en ella.

El mariscal mira a Jill en espera de la traducción.

—Señor, dice que su medalla es una cruz como la constelación de La Cruz del Sur y que incluso tiene una estrella.

—Esa, muchacho, es la Cruz por el Servicio Distinguido que me entregaron por prestar apoyo a las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos en un país lejano llamado Afganistán. Liberamos una ciudad que las milicias del lugar mantenían cautiva.

Jill le traduce y Miguel sonrío, el mariscal desprende la medalla y se la coloca a Miguel.

—Ahora está con un gran hombre que hizo lo mismo pero por su propia gente —le dice.

Miguel mira la medalla y luego a su padre que le sonrío con orgullo. El mariscal da un paso atrás y hace una inclinación ante Miguel.

El mariscal y sus soldados llevan a Jill, Miguel, Manuel y Raúl afuera para unirse con el director Charles y regresar a la base estadounidense.

—No tienes idea en lo que te has metido —le dice Charles a Jill entre dientes.

—Hice lo correcto, Charles, ya no depende de nosotros.

—¡Violet no va a tolerar esto! —le responde Charles enfurecido.

—Le sugiero, señor —interviene el mariscal—, que guarde sus opiniones para usted durante el resto de su estadía en nuestro gran país.

—Tengo derechos, señor —exige Charles.

El mariscal se planta frente a Charles.

—Veremos qué derechos tiene después que revisemos los derechos de esta gente que usted ha pisoteado, ¿*capisce*?

El mariscal escolta a Charles, Jill y los aldeanos junto a un gran contingente de vehículos militares y soldados. La policía de la ciudad ha sido relevada de custodiar el portón y las afueras de la ciudad por los soldados

australianos. Saludan cuando la caravana de vehículos militares se abre paso.

—Los hombres depongan las armas y síganlos de regreso al recinto —le dice Charles a su gente. Todos se suben a los vehículos y conducen hasta el recinto de la base donde los reciben los guardias y los científicos. Charles se baja y dice—: Estas instalaciones están ahora bajo las órdenes del Mariscal de Aires Jacks. La presidente nos ordena obedecer a todas y cada una de las órdenes impartidas por él y por su gente. Todos los guardias depongan las armas. Esta operación ha sido interrumpida.

Luego el director conduce al mariscal, a los aldeanos y a Jill dentro del cuarto de operaciones.

—¿Qué es lo que están haciendo, por Dios? —dice el mariscal cuando ve la aldea en los monitores—. ¿Les han estado suministrando drogas por medio del agua? —pregunta al leer información relevante sobre el escritorio del director.

—Este es un proyecto importante en caso de que sea necesario relocalizar alguna población del tercer mundo en un ambiente más habitable y conveniente —le dice Charles.

El mariscal mira a Charles con desconfianza.

—¿Usted cree que yo tengo este rango porque soy un estúpido? Esto es para relocalizar pueblos que estén cercanos a recursos naturales que ustedes quieran extraer. Si quieren ayudar a la gente, enséñenles a construir granjas habitables en donde viven. Lo que están haciendo está mal. ¿Dónde planeaban llevar a esta gente? ¿A mi país de manera definitiva?

—Los íbamos a llevar de regreso a su tierra en un par de semanas —admite Charles en voz baja.

El mariscal gira y mira los monitores y vuelve la mirada a Jill que está a punto de llorar.

—Supongo que los iban a llevar de regreso pero no con vida. ¿Cómo

iban a hacer? Iban a contar todo a su regreso. No, pienso que iban a matarlos envenenando el agua del pozo o algo parecido. ¿No es así? —Mira a Charles que evade la mirada y continúa— Eso es lo que pensé. No, señor, no es ciencia lo que ustedes hacen aquí, esto es maldad, lisa y llana maldad. Lo que me preocupa es que esto era una prueba piloto para algo más. Solo espero que cuando la justicia de su país ponga su brazo sobre usted, se lo haga escupir todo en público. —El mariscal camina hasta donde se encuentra Charles y prosigue —: Tengo la enorme tentación de hacerle cantar aquí y ahora qué fin perseguían con esto. Créame que podría hacerlo contar todo. Pero no lo haré, usted tiene derechos a pesar de que no los merezca. —El mariscal vuelve a mirar los monitores y dice—: Le prometo esto. No me importa de qué país venga o a quien represente. Si su gente vuelve a mi país e intenta hacer algo por el estilo, me encontrará dirigiendo un asalto a sus instalaciones y su gente no va a estar contenta. Puede decirles eso a sus superiores. —Luego da órdenes para que cierren el edificio y procesen a los trabajadores y los remitan a las autoridades de su país.

Los aldeanos observan los todoterrenos que se acercan por ambos lados. Uno de ellos se detiene frente a ellos y Miguel, Manuel y el Burro descienden y corren hacia ellos. Manuel y Sara se abrazan y se miran mientras se besan. Miguel y Laura observan a sus padres y sonríen.

Jill da un paso y dice en español:

—Señores, este es el Mariscal de Aire de Australia y está liberando a este pueblo de un plan malvado para abandonarlos aquí.

—Manuel, ¿qué está pasando aquí? ¿Es verdad que estamos en Australia? —pregunta Héctor.

—Escuchen todos. Nos secuestraron personas que querían ver si podían engañarnos al mudarnos aquí. Jill trabajaba para ellos pero se reveló

para ayudarnos a Miguel y a mí, así como a Raúl, a salir del edificio. Estamos en Australia y solo mi hijo, Miguel, tuvo la capacidad de deducirlo. —Manuel posa su mano sobre la cabeza de Miguel, mira a su hijo y agrega—: Estoy tan orgulloso de ti.

—¿Miguel nos salvó? —pregunta Héctor.

—Sí —responde Manuel.

Los aldeanos se reúnen en torno a Miguel para felicitarlo. Héctor se abre paso hasta Jill y le pregunta:

—¿Qué pasará con nosotros ahora?

Jill traduce la respuesta del mariscal.

—Regresarán a su tierra. El gobierno de México ya ha estado investigando su desaparición y está haciendo los arreglos para el regreso.

—¿Y qué pasará con nuestra difunta? —pregunta Héctor.

—Estoy segura de que se encargarán de eso —le dice Jill.

—Nos va a llevar un par de días poder llevarlos de regreso, pero estaré aquí con ustedes y nos encargaremos de que estén bien atendidos como invitados en nuestro país —les comenta el mariscal.

—*Thank you* —le dice Jill en agradecimiento después de traducir las noticias a los aldeanos.

—*Thank you*—repite Manuel en inglés.

El mariscal sonríe y estrecha su mano.

—¿Qué pasará con usted? —le pregunta Manuel a Jill.

Jill baja la mirada.

—Iré a prisión por haber formado parte de todo esto, pero no importa siempre y cuando ustedes estén bien.

Héctor mira a Miguel y nota la condecoración del mariscal.

—¿Qué es eso que tienes allí, hombrecito? —le pregunta.

Miguel observa la medalla.

—Me la regaló el mariscal. Es una condecoración que quiere que yo tenga.

—Bueno, te lo has ganado —le dice Héctor y luego camina hacia el mariscal para estrechar su mano—. Señor, gracias por ocuparse de nosotros y por obsequiarle su condecoración a ese muchacho.

—Sí, señor, ha sido un honor para mí regalarle algo a ese muchacho por su valentía. Porque lo que él ha hecho hará que los ojos del mundo se abran ante algo mucho más grande. En reconocimiento a lo que ha hecho para ayudar a su gente a tan corta edad, es muy importante. De eso se trata el heroísmo. —El mariscal hace una reverencia y Héctor asiente con la cabeza.

Todo empieza a calmarse y los soldados traen alimentos y provisiones para los aldeanos. Algunos disputan juegos con los soldados que han traído sus propios intérpretes.

—Señora, ya es tiempo de que usted se retire —le dice el mariscal a Jill—. Charles y casi todos los del equipo ya están en la base para ser entregados a su gobierno.

—Lo entiendo. Permítame despedirme de los aldeanos.

—Por supuesto, señora.

Jill camina hacia Manuel y le da un beso en la mejilla.

—Ya tengo que irme —le dice.

—Me gustaría que se quedara con nosotros —le dice Miguel.

—A mí también me gustaría pero debo irme. Quizás algún día volvamos a vernos.

—¿Lo promete? —le dice Miguel.

—Lo prometo.

Los aldeanos la saludan con la mano y Jill se va en un todoterreno con el mariscal y el personal principal. Al dejar atrás el camino que conduce a la

reserva, quedan detrás de vehículos militares que acarrean cosas desde las instalaciones, incluyendo el helicóptero. Al llegar al portón principal, ella puede ver la cerca a medio arreglar por donde escapó.

—Escuché que hizo un lindo agujero por aquí —dice el mariscal.

—Nada mal para ser mi primer escape —admite Jill con una sonrisa.

—¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Entre usted y yo?

—Claro.

—Es obvio que solo alguien con gran influencia y capacidad como para usar los recursos de su gobierno y del mío pudo construir esto. ¿Tiene idea quién pudo ser?

—Sinceramente no sé mucho de ellos más que son una familia muy poderosa por lo que entiendo. Charles les temía.

—Mmm —musita el mariscal pensativo. Mira el horizonte al llegar a las afueras de la ciudad—. ¿Usted sabe que es probable que esto sea encubierto por su país y que es posible que usted no sobreviva?

Jill se queda mirando al mariscal que la observa. Luego mira el horizonte y dice:

—Lo único que importa es que los aldeanos estén a salvo.

—Usted hizo lo correcto aquí, señora. No importa lo que pase, la recordarán por esto —le dice el mariscal.

Jill comienza a llorar cuando dejan atrás la base.

Llega un nuevo amanecer

Luego de un día largo y extenuante, los aldeanos se van a dormir después de haber cenado bien y aliviados de que todo se haya aclarado. Con el amanecer llegan los soldados a saludar con una fiesta de desayuno que ellos mismos han preparado. Los aldeanos siguen controlados y monitoreados por médicos y psicólogos.

Héctor conversa con Manuel mientras toma algo de tierra y piedras.

—Realmente nos engañaron —le dice.

—No teníamos ni idea —acepta Manuel—. Me han dicho que nos dieron drogas para que aceptáramos de buen grado que ya no estábamos en casa.

—No entiendo en qué forma las drogas pueden evitar que uno sepa dónde está.

—Aparentemente hay drogas de ese tipo y muchas otras cosas que ignoramos —dice Manuel.

—¿Qué haremos para evitar que vuelva a ocurrirnos algo así?

—Tenemos a Miguel, que siempre se guía por las estrellas —dice con una sonrisa.

—Así es —dice Héctor riendo.

—Señor Ortiz.

Manuel levanta la vista y ve a Sara de pie a su lado

—Señora Martínez.

—Disculpen, me necesitan por allí —dice Héctor y se aleja.

—Usted sabe, señor Ortiz, que fue muy valiente lo que hizo por ahí —le dice Sara.

—Fue estúpido y tuvimos suerte.

—Fue muy bueno y valiente —insiste Sara.

—Debo aprender a escuchar a los demás.

—Pero escuchaste a los demás.

—Tengo que decirle a la gente lo que siento por ellos.

—Quizás ya sepan lo que sientes por ellos.

—Te amo, Sara.

—Lo sé, Manuel. —Manuel y Sara se miran—. Sé que me amas y yo te amo mucho. Eres el hombre más valiente que jamás haya amado —dice Sara.

—¿Querías casarte conmigo? —pregunta Manuel.

—Más que nada en el mundo.

Se dan un beso eterno y luego permanecen abrazados. Un soldado se acerca y les dice:

—Permiso. Disculpe, señora. Señor, estamos listos para partir mañana por la mañana. Esta será su última noche aquí. Ya he informado al resto de los aldeanos.

—Gracias —dice Manuel. El soldado se retira y Manuel mira a Sara y le dice—: Nos vamos a casa.

Sara sonría y lo besa.

—Haré que sea mejor que antes. Ahora bésame de nuevo mientras estemos en Australia.

—¿Qué pasa? —pregunta Sara al final ya que Manuel no deja de mirar a su alrededor.

—Es un hermoso país, algo similar a casa pero distinto. Ahora que lo sé, es obvio que no es nuestro país, pero es un lugar hermoso. Aun así, estoy listo para regresar a casa.

—No importa dónde estemos, siempre que estemos juntos —le dice Sara sonriendo.

Caminan hacia donde están los demás aldeanos que se preparan para la mudanza del día siguiente. Los soldados los ayudan a empacar con cuidado las pertenencias en cajas plásticas como si cada cosa en la aldea tuviese un valor incalculable.

—Muchachos, hay algo que queremos contarles —le dice Manuel a Miguel y Laura cuando se acercan—. Vamos a casarnos. Hijo, vas a tener una hermana.

—¿De veras, mamá? —pregunta Laura.

—Sí, cariño.

Laura mira a Manuel.

—¡Vas a ser mi hermano! ¡Vaya!

Miguel se ríe.

—Bueno, entonces vamos, hermana. Echemos una mirada a este lugar por última vez.

—No vuelvan tarde, partimos temprano en la mañana —les grita Manuel.

Más tarde esa noche, Miguel se sienta en su roca australiana a mirar las estrellas mientras Laura lo observa.

—Las estrellas son hermosas —dice Laura.

—Son lo más precioso que Dios pudo crear —añade Miguel.

—¿Me enseñarás lo que significan?

Miguel la mira.

—Por supuesto, hermana.

—Sabes, me gusta que me llames así, pero seguiré sacándote la lengua. Creo que es hora de que regrese —dice Laura cuando escucha la voz de Sara que la llama. Sara vuelve a llamarla y varios soldados gritan su nombre también. Laura comienza a caminar de regreso—. No puedo esperar a

volver a casa.

Laura corre de regreso y Miguel se queda contemplando las estrellas por un rato. Cuando regresa, un soldado le pregunta:

—Dime, ¿aún estamos en Australia?

—Sí, señor —responde Miguel.

—Quería corroborarlo ya que eres el único que podría saberlo.

Miguel sonríe y se va a su casa.

—¿Ya estás de vuelta, hijo? —pregunta Miguel.

—He visto suficiente por hoy, ya estoy listo para contemplar las estrellas en nuestro cielo.

—Amén.

Comen algo y se preparan para ir a dormir.

—Papá, ¿esto podría volver a suceder?

—Uno de los soldados me dijo que nuestro gobierno va a vigilarnos periódicamente para asegurarse de que no vuelva a ocurrir.

—Que bien. Igual seguiré contemplando las estrellas todas las noches para estar seguro.

—Por favor, no dejes de hacerlo.

Ambos sonríen y se van a dormir.

Las noticias

Elisa está en su departamento mirando las noticias de los aldeanos encontrados en Australia cuando suena el timbre de la puerta.

—¡Por Dios! ¡Acabo de ver las noticias! —exclama al ver a Carlos en la puerta.

—Me avisó el coronel hace como una hora y vine corriendo a contártelo.

Elisa abraza a Carlos.

—Me siento tan aliviada.

—Es un gran día.

—Por favor, pasa. ¿Te traigo algo para beber?

—Te agradecería un té.

—Perfecto, lo tengo listo.

Carlos se sienta a mirar las noticias y Elisa llega con dos tazas de té y se sienta a su lado.

—Parece que estaban preparados para esto pero no sabían cómo justificar el secuestro. Creo que aún estaban en la etapa de investigación cuando todo salió al aire.

Escuchan al cronista.

«Una empresa estadounidense reubicó a los nativos de México en tierras que eran arrendadas por nuestro gobierno en Australia. La empresa recibió órdenes de un consorcio empresarial para reubicar a esta aldea sin que ellos lo supieran. Una fuente dentro del ejército australiano nos cuenta que un muchacho que tiene muchos conocimientos de astronomía fue quien descubrió que estaban en Australia y convenció a su gente para que actuaran. Varios aldeanos, entre los que se encontraba este muchacho

irrumpieron en el edificio de monitoreo de esta empresa y rescataron a uno de ellos que estaba prisionero. Consiguieron convencer a uno de los empleados de alto rango para que los ayudara a escapar y fueron perseguidos hasta una ciudad vecina. La policía de la ciudad detuvo a los empresarios y a los fugitivos hasta que los oficiales del ejército de Australia y los Estados Unidos decidieran los pasos a seguir».

—Miguel lo descubrió —dice Elisa.

—Al parecer, así fue. Mi sobrino tiene un largo camino por recorrer.

Elisa eleva la taza de té y propone un brindis.

—¿Tienes idea cuándo regresan? —le pregunta Elisa a Carlos.

—El coronel Garza me dijo que los están preparando y que van a llegar en un par de días. Les están dando tratamiento médico en estos momentos. Al parecer, los habían drogado.

—¡Oh, por Dios! ¿En serio?

—Me dijo que van a estar bien.

Elisa baja un poco el volumen del televisor.

—Puede parecer raro que te haga esta pregunta en este momento, pero recién se me vino a la mente —comienza Carlos.

—¿De qué se trata?

—¿Por qué te casaste con él? —Elisa observa a Carlos que no deja de mirarla. Se pone de pie sin decir nada—. Disculpa, no debí preguntarlo.

—No, está bien —dice Elisa—. Solo dame un minuto.

Ella va hasta el dormitorio y regresa con una caja de zapatos. Se sienta al lado de Carlos y sonrío. Se vuelve a concentrar en la caja y desata un moño que la mantiene cerrada. Él puede ver las cartas y la tarjetas que le ha escrito, pero sobre todas ellas descansa una cajita de joyería que ella toma y le entrega a Carlos. Carlos toma la cajita, confundido, y al abrirla encuentra el anillo que él le había comprado.

—¿Cómo...? —pregunta, aturdido.

Elisa mira el anillo.

—Después de la boda y la anulación del matrimonio volví al restaurante al que habíamos ido para mi cumpleaños y el mozo me reconoció. Me dijo que nos habíamos olvidado algo valioso. Me lo alcanzó y me dijo que estaba seguro de que era nuestro porque éramos la última pareja que había cenado esa noche en esa mesa. Lo miré, vi el estilo y supe que tú lo habías comprado. Descubrí lo que habías intentado hacer esa noche. Querías pedirme en matrimonio. Lo he guardado todo este tiempo para no olvidarte.

—Jamás me enteré. ¿Cómo no me lo contaste?

—Supuse que te habría roto el corazón y te había demostrado que no era lo suficientemente paciente para esperarte. En ese momento pensé que nunca me pedirías que nos casáramos más allá de que lo deseara. Yo te amo, Carlos. Todo lo que tenga que ver contigo, tu familia, la aldea, tu forma de ser, tu vida, pero jamás pensé que quisieras formar una familia.

—No quería, hasta que te conocí a ti. No tuve el valor de decírtelo. Iba a hacerlo esa noche en el restaurante pero cuando empezaste a hablar de tu prometido, no pude hacerlo. Aparte, pensé que sería mejor que te fueras con *el indicado*.

—Él nunca fue *el indicado*, solo el del momento. Estaba muy por debajo de ti.

Carlos mira el anillo y luego a Elisa cuyos ojos brillan con el momento. Él se arrodilla y ella se ruboriza.

—Señorita Elisa Gómez, ¿te casarías conmigo y me harías el hombre más feliz de mundo? —Carlos coloca el anillo en el dedo de Elisa—. Te amo, Elisa.

Ambos se ponen de pie y se besan con pasión.

—Te amo, Carlos. He esperado una eternidad por este momento —

confiesa Elisa.

—Este sí que es un gran día, de todos los puntos de vista —responde Carlos sonriendo.

El viaje de regreso a casa

Temprano en la mañana los soldados se aseguran de que todos estén levantados y desayunados, listos para partir. Llegan autobuses a la aldea para transportarlos con comodidad hasta la base donde los espera el avión. Aparece el mariscal para la despedida.

—Buenos días, amigos. Una hora después de que hayan terminado de desayunar y de alistarse partiremos. Nosotros nos encargaremos de transportar sus pertenencias y nos encargaremos de todo. Estos autobuses que están a mi espalda, los van a llevar a todos ustedes hasta el aeropuerto y desde allí volarán hasta México. Cuando llegue a la base en México, los oficiales de su país los van a revisar y luego los llevarán a la aldea real. Los materiales con los que están construidas sus casas son estos que están acá. La misma gente que los trajo, los llevará y volverá a poner todo en su lugar. Les llevó algún tiempo la primera vez que lo hicieron mientras todos ustedes disfrutaban de un sueño inducido por medio de drogas. Como eso no volverá a ocurrir, el gobierno de los Estados Unidos ha organizado que ustedes permanezcan en casas rodantes hasta que terminen de reconstruirlas. Y la reconstrucción será a gusto de cada uno de ustedes. Si ustedes desean que sean idénticas, así será. Sin embargo, permítanme sugerirles que acepten las que les van a ofrecer, de mejor construcción, como forma de reparación por el tiempo que han pasado recluidos. Pueden pedir lo que deseen y les será concedido, se los puedo garantizar. Así que, durante el viaje de regreso piensen bien en lo que van a pedir. —El mariscal da unos pasos—. No puedo imaginar cómo estarán viviendo este momento, pero hay algo de lo que pueden estar seguros. Voy a dedicar mi vida a vigilar que este tipo de comportamiento no vuelva a suceder. El permiso de esta reserva fue revocado por mi gobierno y ya no seguirá en

las manos de quienes la manejaban. Les prometo que aquellos que les hicieron esto pagarán. Dios los bendiga y que la suerte los acompañe el resto del camino.

El mariscal va hacia donde se encuentra Miguel y estrecha su mano.

—Jovencito, es un honor. Y cuida de tu gente.

Miguel escucha lo que el intérprete le traduce.

—Sí, señor —responde y asiente. El mariscal hace un guiño y se va.

Zane observa cómo los soldados exhuman el cadáver de su madre con cuidado y lo ubican en un ataúd para preservarlos durante el viaje. Manuel y Miguel lo acompañan.

Zane los mira y les dice:

—¿Saben qué es extraño? Mi madre siempre quiso conocer Australia. Jamás supo que estuvo aquí.

Miguel toma Zane por los hombros y le dice:

—Nos vamos a casa, amigo.

—Gracias, muchachos —dice Zane.

Miguel y Manuel van a buscar sus cosas mientras Zane observa cómo los soldados suben el ataúd a un vehículo.

—Pronto estarás en casa, mamá.

Ya han cargado todo y los aldeanos suben al autobús. Miguel mira a su padre que sonríe de orgullo y felicidad. El autobús se pone en marcha y todos celebran, se hace un notorio silencio al pasar por el portón de la reserva y el autobús avanza y cruza la ciudad. Está lleno de gente y de policías en la calle principal que los observan como quien mira un desfile. Festeja y les envían deseos de buena suerte y Miguel escucha su nombre.

—Papá, ¿ellos me conocen?

—Todo el mundo te conoce —dice uno de los soldados.

—¡Vaya! —dice Miguel al observar a esa muchedumbre festiva. Manuel y Sara se sonríen.

Las charlas durante el trayecto versan sobre la clase de viviendas que tendrán.

—¿Reconstruiremos ambas casas o solo una? —le pregunta Sara a Manuel.

—Dos.

—¿Por qué dos?

—Una donde viviremos todos y la otra para tu hija cuando sea mayor —dice Manuel con una sonrisa.

—Bien, ¿y qué hay de Miguel?

—No creo que se quede mucho tiempo con nosotros —dice Manuel—. Pienso que la vida lo llevará por otros caminos.

—Le irá bien, vaya donde vaya. Ya lo ha demostrado.

—Sí, lo ha hecho —concuerta Manuel.

Después de varias horas de viaje llegan a una ciudad aún más grande en las cercanías de la base de la Fuerza Aérea. Al llegar, el cielo se ilumina con fuegos artificiales y la gente celebra en las calles. Un auto de policía los escolta con las sirenas encendidas. Una vez más, la gente corea el nombre de Miguel. Miles de personas celebran y cantan. Atraviesan la ciudad y entran a la base de la Fuerza Aérea donde un enorme avión de aerolínea los espera en la pista. La caravana se detiene cerca del avión y los soldados los ayudan a abordar por medio de una plataforma. Los ojos de Miguel brillan con la emoción de ver los fuegos artificiales detrás de la gran ciudad y la expectativa de su primer viaje en avión del que es consciente.

—El vuelo los llevará hasta la base de la Fuerza Aérea en México —les explica el mariscal—. Buena suerte a todos.

Los aldeanos escuchan lo que el intérprete les comunica y despiden al mariscal.

—¿Alguno de ustedes nos entenderé sin el intérprete? —pregunta Miguel.

—Sí, señor, todos los entendemos —le dice una de los comisarios de abordó—. Esta es una línea aérea mexicana. Es un avión de pasajeros pero hemos aterrizado en la base militar para garantizarles un regreso seguro a su aldea. ¿Necesita algo?

—Estamos bien, gracias —dice Manuel mirando a Sara.

Se hace silencio en el avión cuando esta gente de vida sencilla comienza a escucha el rugido del motor antes del despegue y nota los primeros movimientos. Algunos están asustados pero saben que es inevitable si quieren regresar a casa. El avión despegue y todos miran por las ventanas para contemplar la ciudad y el país del que tan poco conocen. Miguel sigue contemplando los fuegos artificiales de la ciudad a medida que el avión se aleja. Cuando el avión alcanza máxima altitud, atraviesan las nubes y Miguel puede ver una luna llena brillante que hace que las nubes parezcan algodón.

—¡Vaya, que belleza! Señora, ¿cuánto tiempo nos llevará llegar a México? —le pregunta a una de las aeromozas.

—Bueno, llevamos una hora en el aire, eso significa que nos quedan unas dieciséis horas más.

—¿Casi como un día entero? —pregunta Miguel.

—Correcto, unos quince mil kilómetros.

—El diámetro de la Tierra es de cuarenta mil kilómetros —le comenta Miguel.

—Que chico listo, no lo sabía —le dice la aeromoza con una sonrisa.

—La distancia es menor del Polo Norte al Polo Sur.

—Creo que aquí tenemos a un futuro científico —agrega la aeromoza

y sigue para atender a otro.

Miguel sonríe y la aeromoza se retira. Laura duerme como tantos otros aldeanos que han sucumbido al rugir monótono de los motores del avión. Miguel ve que hay una revista de astronomía en el asiento de adelante. Está en inglés pero tiene muchas fotos de planetas y telescopios astronómicos de todas partes del mundo.

Quisiera conocer estos lugares, piensa al hojear la revista. Luego de un rato, la aeromoza pasa y ve que Miguel se ha quedado dormido con la revista de astronomía en la mano. El avión se sacude y Miguel se despierta y nota que es de día.

— Descansaste? —le pregunta su padre.

—S , señor.

— Tienes hambre? —le pregunta la aeromoza—. El desayuno está casi listo.

Hora de pagar el precio de su estupidez

Mientras los aldeanos disfrutaban del largo vuelo de regreso a casa, Jill y Charles ya asistían a las audiencias del Congreso por el proyecto *Lazarus*. El senador Harrison las supervisa y sabe que está en el ojo de la prensa y que todo el mundo está expectante.

—Señor Tanner y Señorita Chambers hemos leído los informes y como ya lo sabrán este acontecimiento ha dado la vuelta al mundo y ha sacudido todos los niveles del poder. Se están llevando a cabo investigaciones en este mismo momento pero ya hemos descubierto un par de jugadores de este ardiente juego. Con más de quince años en el Senado, pensé que lo había visto todo, pero esto ha superado toda expectativa. Me asombra que pensarán que podían salirse con la suya. Si no fuera que la señorita Chambers finalmente hizo lo correcto, quizás lo hubieran logrado. Espero, señorita Chambers, que no espere que su cambio de actitud en el último momento será suficiente para garantizarle inmunidad o indulgencia de parte de este jurado.

—No, señor, no lo espero —dice Jill—. Soy tan culpable como el resto y acepto mi castigo. Sin embargo, no fui yo la que detuvo esto sino Miguel, un muchacho de la aldea. Si él no hubiese convencido a su padre y al resto de la aldea de que los habían secuestrado y ellos no hubieran ingresado sigilosamente en el edificio, dudo que yo hubiese hecho algo. Fue cuando los vi que supe que tenía que actuar para salvarlos.

—Sí, claro. El muchacho es un héroe, por supuesto. Respeto que asuma la responsabilidad —le dice el senador.

—Si me permite, senador, estoy profundamente arrepentida de haber

formado parte de esto. No tengo excusas. Me apena no haber actuado antes.

El salón permanece en silencio cuando Jill baja la cabeza con la mirada sombría.

—Permítame decirle, señor —agrega Charles— que actuamos cumpliendo órdenes dentro de una misión para llevar a cabo esta operación autorizada por el gobierno. En tal caso, ¿cómo se nos puede hacer responsables de cumplir con nuestro trabajo?

—Obedecer órdenes ha sido la excusa para infinidad de atrocidades en la historia, señor. Usted puede cumplir órdenes pero aun así debe asumir las consecuencias de su accionar al llevarlas a cabo. ¿Los soldados no mueren en batalla por cumplir órdenes? Más allá de sus actos sean correctos o no, usted asume las consecuencias de cumplir o de dar órdenes.

Charles mira a su alrededor y se recuesta en su silla.

—Ahora bien, señorita Chambers, ¿la tierra sobre la que viven estas personas tiene algún recurso de interés en este proyecto? —pregunta el senador.

—Nada en particular, señor. Esto era una prueba —responde Jill.

—¿O sea que no lo habían hecho con anterioridad?

—No, señor, ya lo hemos hecho. Lo hicimos con vagabundos por primera vez en los Estados Unidos. Tuvimos éxito, sobre todo con la prueba de drogas de inhibición que evita el cuestionamiento de su ubicación. México fue el siguiente nivel porque nos quedaba cerca, era una tierra extranjera y nos daría la respuesta que el proyecto finalmente estaba buscando.

—¿Cuál era esa pregunta?

—Si era posible relocalizar a un grupo de personas de suelo extranjero sin que su gobierno lo notara y ubicarlas en otro suelo extranjero sin que su gobierno estuviera al tanto. Y así saber si la gente relocalizada aceptaba su nuevo medio ambiente, similar aunque no idéntico.

—¿Y si lo conseguían, entonces qué?

Pasaríamos al cuarto nivel que consistía en mover a un grupo de indígenas en un lugar de verdadero interés en cuanto a los recursos.

—Un minuto, ¿cuarto nivel? —pregunta Harrison—. ¿Cuál fue el primer nivel?

—El primer nivel fue un simple experimento de comportamiento encubierto, fue el juego *Lazarus*. Como ya saben, ese proyecto se frenó gracias al Congreso y a nuestra actual presidente hace ya mucho tiempo. Pero estaba concebido para experimentar con los patrones de conducta y movimiento de personas de diferentes clases sociales. El proyecto *Lazarus* fue importante porque nos permitió evaluar distintas psicologías y luego asociarlas con diferentes drogas sinápticas de inhibición.

—¿Dónde se fabrican estas drogas?

—Las produce la farmacéutica «V» —explica Jill.

—¿Estas drogas pasaron los controles de la FDA?

—No, señor, no debían ser comercializadas. Se financiaron mediante un código de proyecto de gobierno llamado *Purple*. Solo unos pocos sabían del plan y lo que allí sucedía. Incluso la universidad que participó en la evaluación de la droga solo tuvo acceso a saber que era algún tipo de droga antipsicótica. Sin embargo, funcionó muy bien y se hicieron experimentos en varios países mediante las Fuerzas Armadas en sujetos a los que se les pagaba por ello. Una vez medidos los resultados y obtenido el éxito, pasamos al segundo nivel que fueron los vagabundos.

—¿Por qué vagabundos?

—Es fácil acceder a ellos y nadie los vigila. Por lo general, no tienen familia ni nadie se preocupa por ellos. Una vez que los experimentos llegaban a su fin, se los alimentaba correctamente, se los desintoxicaba para que no quedaran rastros de la droga y se los devolvía al lugar original.

—¿Sabemos quiénes son? —pregunta Harrison.

—Sí, los hemos vigilado esporádicamente durante meses después, por las dudas.

—¿Por las dudas de que?

—Retención cognitiva y efectos colaterales.

—¿Existieron efectos colaterales?

—No, senador, la droga fue cien por ciento efectiva.

—Por Dios. ¿Ni por un segundo se detuvieron a pensar?

—La verdad es que yo entré al proyecto una vez que el segundo nivel estaba superado. Me llamaron para el tercer nivel.

Harrison mira a Charles.

—¿Y usted en qué nivel ingresó al proyecto?

—Segundo nivel —responde Charles.

—O sea que estuvo allí desde casi el comienzo de este programa deplorable,

—No es deplorable. Es un programa necesario —dice Charles.

—¿En verdad lo cree? —pregunta el senador.

—Sí, señor.

—Interesante. Bueno, ya sabe que todos creen tener razón, incluso Hitler.

—Yo no soy Hitler.

—Bien. Entonces sea tan amable de explicarme el valor de este programa.

—¿Qué hubiera pasado si tiempo atrás hubiéramos podido remover los Pueblos Nativos de manera segura y sin conflicto salvando miles de vidas? —dice Charles—. Si hubiéramos contado con estas herramientas en aquel momento, hubiéramos podido enriquecer y salvar vidas. En el mundo moderno, hay recursos limitados que el mundo necesita mantener. Si una

especie animal vive en una zona que posee esos recursos necesarios, los movemos junto a su hábitat de manera segura. A una mariposa o a un burro no les va a interesar donde viven siempre y cuando les sea un lugar familiar y encuentren la suficiente comida. Sé que puede parecer extraño, pero en la realidad del mundo en el que vivimos. ¿Cuántas vidas, humanas o animales, hemos destrozado al edificar ciudades e incluso este mismo recinto en función de obtener lo que tenemos hoy?

—Eso es muy racional y puedo entender que mucha gente puede llegar a esa conclusión —admite Harrison—. Sin embargo, déjeme explayar mi pensamiento acerca de este tema. Sí, podemos relocalizar animales e incluso plantas en otro lugar y lo hacemos con frecuencia. Si los animales o las plantas no aceptan de manera natura el nuevo ambiente, es imposible trasladarlas. No inventamos químicos que induzcan la aceptación. Los humanos, por otro lado, tienen ciertos derechos legales para vivir donde lo hacen. Cuando usted los cambias de lugar sin su conocimiento y contra su voluntad, está violando esos derechos. No importa si mejora sus vidas después, en especial si no lo aceptan conscientemente. Yo no puedo hablar en nombre de gobiernos anteriores y de lo que le pasó a los Pueblos Nativos. Iría más lejos, ¿por qué mudarlos? Si hay petróleo u otro recurso natural de valor en la zona donde viven deberían compartirlo con ellos si es que permiten la excavación. Verá, señor, en una sociedad moderna debemos encontrar maneras de llegar a acuerdos con todo el mundo, cualquiera sea su raza o lugar de residencia. ¡Así es! ¿No lo comprende, señor? —Charles mira al frente con los ojos vidriosos. Jill tiene la cabeza gacha y las lágrimas corren por sus mejillas—. Bien, cuando se violan los derechos de algunos, nos corresponde a nosotros, los que estamos a cargo, hacer justicia y revertir la situación. Así que, alguien va a ser reubicado contra su voluntad y ese alguien es usted, señor. Lo mudaremos a un lugar nuevo y no usaremos drogas para ello. Usaremos el peso de la ley y nos

valdremos de la reclusión para quitarnos este cáncer de la sociedad. Si alguno de mis colegas tiene alguna pregunta o alguna declaración para formular, adelante. —La Cámara permanece en silencio. Harrison mira a su alrededor y pregunta—: ¿Nadie? Bien. Nos despedimos por hoy y mis colegas van a deliberar acerca de las consecuencias para cada uno de los jugadores en este juego.

Harrison da un golpe con el martillo sobre la mesa y se pone de pie. Todos se retiran murmurando.

Las audiencias en el Senado continúan al día siguiente. Charles permanece sentado observando a los senadores con desprecio mientras Jill baja la mirada hacia la mesa visiblemente avergonzada.

Harrison pide orden en la sala.

—La decisión de este jurado es que el señor Tanner y la señorita Chambers junto a los demás trabajadores y guardias que estaban bajo su supervisión, sean llevados a juicio ante un juez y un jurado. Serán acusados de secuestro, muerte, uso indebido de recursos gubernamentales, operar como agencia del gobierno recursos de forma ilícita, y la violación de un gran número de derechos humanos en suelo extranjero. Habrá más cargos que los escucharán durante el juicio. Serán arrestados al salir de este recinto a la espera del juicio. Señorita Chambers, personalmente he avalado que enfrente cargos menores por su inestimable cooperación.

Jill está llorando.

—Sí, señor —dice entre sollozos.

Charles mira atónito.

—Señor Tanner, puede estar seguro de que todo el que haya estado envuelto en este incidente se enfrentará a la justicia.

El martillo golpea la mesa como si fuese una sonora campana que se

lleva sus vidas. La policía esposa a ambos y se los lleva a la cárcel.

De nuevo en casa

El avión aterriza en la base de la Fuerza Aérea Mexicana. Se abre lugar hacia la pista y acercan las escaleras. Los aldeanos son escoltados hacia la puerta. Miguel y Manuel asoman al frente de las escaleras y ven un gran número de militares cuando la banda empieza a sonar. Bajan las escalerillas y el presidente de México los saluda como así también el embajador de Estados Unidos en México.

—Bienvenido a casa, jovencito —lo saluda el presidente y estrecha su mano. Saluda a todos y repite: «Bienvenidos a casa».

—En nombre de los Estados Unidos, agradecemos con humildad su regreso y nos disculpamos por las acciones de grupos no autorizados que en este momento se enfrentan a la justicia —les dice el embajador.

—Gracias, señor —dice Manuel luego de escuchar la traducción.

Un funcionario del gobierno da un paso al frente.

—El presidente se debe retirar en este momento, pero quisiera recibirlos a su regreso. Si me siguen, nos encargaremos de sus necesidades inmediatas y les rogamos un poco más de paciencia para responder a algunas preguntas acerca del calvario que vivieron para luego enviarlos a casa.

El presidente sonríe y los saluda con la mano al retirarse y el funcionario los escolta hasta una cafetería donde hay comida servida y los interrogan de manera individual. Luego de un par de horas, los hacen ingresar nuevamente al avión que ha sido aprovisionado de combustible para que los lleve hasta un aeropuerto cercano a su lugar de residencia.

Por fin, los aldeanos vuelven a aterrizar en México y luego de unas cuantas horas más en autobús vislumbran a la distancia el lugar de su antigua aldea. Primero, pasan por el lugar donde vieron las instalaciones por primera vez y crecen las expectativas a medida que trepan la colina para ver las ruinas

de su aldea. Hay luz eléctrica y, a medida que se aproximan, pueden ver las casas rodantes alineadas. Los reciben vehículos militares y oficiales. La zona está patrullada y se mantuvo alejados a los visitantes para llevar a los aldeanos algo de paz.

Al salir de los autobuses, los aldeanos se percatan de que no ha quedado casi nada. Hasta el pozo es solo un agujero en la tierra, ya que removieron las piedras para rearmarlo en la falsa aldea a medio mundo de distancia. Solo las marcas en el suelo les recuerdan donde estuvieron alguna vez sus hogares. Domina el silencio mientras todos tratan de asumir la dura realidad de lo que sucedió con la aldea.

Se aproxima un vehículo militar y se baja el tío de Miguel, algo refrescante y bienvenido ante la soledad de la aldea desaparecida.

Miguel corre hacia Carlos y lo abraza. A Carlos se le escapan lágrimas de felicidad.

—Me alegra tanto verte, hermano —le dice Manuel que se ha unido a ellos.

—No se imaginan el esfuerzo que he puesto en intentar encontrarlos.

El coronel Garza se acerca.

—Es verdad —dice—. Me hizo entender que algo andaba mal.

—Hermano, este es el coronel Garza, jefe regional de seguridad —dice Carlos.

—Sé que deben de estar agotados después de tan largo viaje. Tenemos casas rodantes completamente amobladas con luz eléctrica y comida, mucha comida. Los reabasteceremos hasta que sus casas estén terminadas y la vida vuelva a la normalidad. Estamos ubicados cerca de la cadena montañosa de allí en nuestros propios remolques. Nuestra gente les mostrará cómo usar la radio para contactarnos si necesitan cualquier cosa. Tenemos patrullas para asegurarnos de que nadie se acerque y puedan tener algo de paz. Nos

mantendremos alejados la mayor parte del tiempo. En un par de días llegarán los arquitectos para tratar el tema de la reconstrucción de sus hogares. Una vez reconstruida la aldea, nos marcharemos y nos llevaremos las casas rodantes. Sin embargo, debido al incidente, los Estados Unidos donarán con regularidad una provista de alimentos y materiales para hacerles la vida un poco más fácil.

—¿Durante cuánto tiempo recibiremos estas provisiones? —pregunta Manuel.

—El tiempo que la aldea esté aquí —responde el coronel Garza.

Todos murmuran asombrados.

—Gracias, coronel —le dice Manuel y estrecha su mano.

Garza lo saluda y se retira con su comitiva. Algunos de los soldados comienzan a mostrarles a los aldeanos las casas rodantes y cómo usar los electrodomésticos que se encuentran en ellas.

Carlos mira a Manuel.

—Bueno, esto puede llegar a ser demasiado moderno para tu gusto, hermano.

Manuel mira a Sara.

—Creo que me acostumbraré —dice sonriendo.

—¿Cómo está mi científico? —le pregunta Carlos a Miguel, sonriéndole.

—Yo siempre supe dónde estábamos —dice con orgullo.

—Entremos a tu casa rodante y me cuentas todo —sugiere Carlos.

Entran al remolque para pasar una velada de relatos de lo ocurrido. A la mañana siguiente, cada aldeano se sorprende de la cantidad de comida que les han dejado. Varios soldados se acercan mientras los aldeanos deambulan por el lugar.

—Mi nombre es Sargento Torres —se presenta uno de ellos—. Estoy aquí para ayudarlos si tienen alguna pregunta. El primer día con cosas nuevas

puede parecerles poco familiar.

En ese momento se ve una nube de polvo que tapa varios vehículos militares y se ve un helicóptero sobre ellos.

—¿Qué ocurre, sargento? —pregunta Héctor.

El sargento presta atención a lo que le dicen por el auricular y les comenta:

—Era un medio de prensa que intentó llegar hasta aquí y fue detenido. Tenemos órdenes de no dejar pasar a nadie a menos que ustedes lo autoricen.

Algunos de los aldeanos comienzan a preguntar acerca de cómo usar el microondas y demás cuando Manuel y Carlos se alejan.

—¿Tú estás bien, hermano? —le pregunta Carlos.

—Estoy bien. No veo la diferencia entre esto y el tiempo durante el cual nos mantuvieron cautivos. Estamos vigilados y aislados igual que antes.

—Ya sé que no se siente bien, pero en realidad están aquí para protegerlos.

—Sí, solo que es extraño.

—Ya volverá todo a la normalidad.

—¿Cómo podría?

—Confía en mí, así será —le asegura Carlos.

—He tenido mucho tiempo para pensar en ello. Nunca volverá a ser lo mismo y quizás sea para mejor. Quizás necesitemos proveer de puertas para aquellos que deseen dejarnos para ir a vivir una vida diferente —dice Manuel.

—Bueno, mírate, hermano. ¿Estás hablando de Miguel?

—Sí. Necesita ir a la universidad y convertirse en un científico. Tiene mucho de ti.

—No, hermano. Es igual a ti. Igual a cómo solías ser —dice Carlos.

—Quizás tengas razón.

Caminan en silencio.

—Dime, ¿tú y Sara van en serio? —pregunta Carlos finalmente.

—Le he pedido que se case conmigo —le dice Manuel.

Carlos toma a Manuel por los hombros.

—Me siento orgulloso de ti, hermano. Es hermosa.

—Jamás podrá ocupar el lugar de la madre de Miguel.

—Nadie puede reemplazar a una madre, pero puede ser una buena madre. Dale esa oportunidad —le dice Carlos.

—Será una gran madre —admite Manuel.

—Vas a estar bien, hermano mío. Yo también tengo una confesión que hacerte, estoy comprometido.

—¿Qué? ¿Tú?

Carlos sonríe.

—Yo.

—¿Con quién te casarás? —pregunta Manuel.

—¿Recuerdas a Elisa?

—¿De veras? Pensé que estaba casada.

—Lo estaba pero pidió la nulidad. Estaba enamorada de mí y yo nunca me di cuenta.

—Esas sí son buenas noticias, hermano.

Los dos se funden en un abrazo, orgullosos de la buena fortuna del otro.

A medida que pasan los días, los aldeanos empiezan a acostumbrarse a su nuevo entorno y llegan los arquitectos para interiorizarse del tema de las casas. La mayoría tiene planes normales y pintorescos, algunos pretenden mansiones, que finalmente se moderan un poco. Varios aldeanos han pedido que les construyan las casas cerca de la ciudad para tener la posibilidad de comenzar una nueva vida. Manuel y Zane ayudan y guían al resto de los

aldeanos que desean quedarse y construir su futuro. Zane da muestras de ser un gran líder y tiene muy buenas ideas de cómo deberían ser las cosas.

Por fin, Carlos vuelve al trabajo en la ciudad y con Elisa.

Diplomático

Pocas semanas después de comenzar a trabajar en la reconstrucción de la aldea llegó una caravana de limusinas y de vehículos policiales lo que hizo que todo el mundo saliera a mirar que pasaba. Los autos se detienen y varios estadounidenses descienden para estrechar manos con los oficiales del ejército mexicano. Luego se acercan a los aldeanos.

—Hola a todos, yo soy Timothy Johnson y represento a los Estados Unidos. Quiero que sepan que nos alegra verlos a todos de regreso en su casa y esperamos que mucho mejor después del calvario que les tocó vivir. Estoy aquí para ofrecer nuestras disculpas por ciertos elementos que aunque no estaban autorizados por nuestra presidente, existían dentro de nuestro sistema de gobierno. Nos estamos encargando de ellos con mano dura. ¿Me pregunto si están por aquí un Miguel y un Manuel Ortiz?

Al oír la traducción, Miguel y Manuel se miran y dan un paso al frente. Johnson estrecha la mano de Manuel.

—Me alegra mucho verlo, señor. —El embajador baja la mirada y saluda a Miguel también—. Es un gran honor conocerte, jovencito. Señor Ortiz, la presidente de los Estados Unidos solicita su presentica para hablar con usted personalmente acerca de este asunto, usted y su hijo, por supuesto. Mire, no es una imposición —continúa cuando recibe silencio por respuesta— y sabemos que recién se está acomodando de regreso en su hogar, pero la presidente se sentiría honrada si ustedes me acompañaran a visitarla. Pienso que descubrirán un viaje interesante y gratificante. Los traeremos de regreso antes de lo que imaginan.

Manuel baja la mirada hacia Miguel quien levanta las cejas como implorando: «¿Podemos?».

—Sí, señor, iremos con usted —responde Manuel.

—¡Muy bien! ¡Fantástico! Saldremos en cuanto estén listos.

—¿Qué hay de mi prometida, Sara, y de su hija?

Johnson mira a su asistente que asiente con la cabeza.

—Pueden venir también —responde.

—¿En una hora, señor? —sugiere Manuel al ver a Sara y a Laura sonriendo de alegría.

—Por supuesto, señor Ortiz, tome su tiempo. Voy a visitar a sus compañeros de la aldea mientras ustedes se ocupan de sus cosas.

Manuel camina hacia Sara.

—¡Vaya! ¡Estados Unidos! —le dice.

—Has despertado el interés de la presidente de Estados Unidos. Así de importante es el hombre con el que me voy a casar. —Ella lo abraza y él le sonrío con afecto.

—Podría acostumbrarme a esto —dice Manuel y Sara se ríe y lo besa. Todos se retiran a sus remolques a preparar las cosas.

Mientras tanto Johnson conversa con Héctor y Zane. El primero le explica cómo supo Miguel que no estaban más en México. Johnson y su asistente escuchan con atención el relato.

—Me alegra que todos hayamos podido regresar —dice Héctor.

—No todos —aclara Zane.

Héctor apoya la mano en el hombro de Zane.

—Me enteré de su pérdida —dice Johnson con la mirada puesta en el informe—. ¿Era su madre, verdad?

—Sí, señor.

—Mire, aquellos responsables del hecho están en la cárcel. Sé que no podemos cambiar las cosas, pero esperamos que pueda salir adelante.

—Gracias, señor.

—¿Dónde está Raúl?

—Lo están examinando para asegurarse de que se encuentre bien —le dice Héctor.

—Bien, esperaba que el equipo médico pudiera llegarse hasta aquí. Lo van a ayudar a mejorar —dice Johnson.

Miguel, Sara, Manuel y Laura aparecen vistiendo ropa nueva y con bolsos de viaje que los soldados les han dado. Johnson aplaude.

—¿Todos listos? —pregunta Johnson.

—Sí, señor —responde Manuel.

Johnson gira para mirar a los aldeanos.

—Fue un placer conocerlos y espero volver a verlos pronto.

Manuel y su comitiva se despiden a los abrazos de sus compañeros en la aldea. Héctor le dice a Miguel que les demuestres de lo que es capaz.

—Ustedes viven en el medio de la nada —dice el embajador una vez que la limusina se pone en marcha.

—Todos los lugares son algún lugar —le responde Miguel.

—Sí, supongo que eso es cierto —dice Johnson y sonríe.

Miguel y su comitiva permanecen en silencio durante el viaje mirando por la ventanilla hasta llegar a la ciudad más próxima al aeropuerto. El embajador y su asistente están ocupados intercambiando opiniones acerca del itinerario y hablando con otros oficiales. Al llegar al avión, siguen en silencio, llevan sus cosas pero ya conocen de qué se trata. Miguel se acomoda y mira por la ventanilla listo para otro paseo en avión.

Cae el martillo

Las noticias del secuestro siguen liderando los medios. La mayoría de ellos elogia a Miguel y su habilidad para descubrir donde los habían llevado. Entrevistan a la gente en la calle y todos dicen: «Sí, deberíamos darle a esa gente lo que quiera. En especial a ese jovencito, es un héroe». Otra adolescente le dice a un cronista: «Yo tengo una hermanita si Miguel quiere tener una amiga». Cada vez se hacen más famosos.

Sin embargo, mientras tanto, las implicancias del proyecto sacuden al gobierno.

Un líder mundial comentó: «Es intolerable que se hayan llevado a todo un grupo de personas sin su consentimiento. Que un gobierno vaya a una tierra extranjera, secuestre a su gente para negociar un acuerdo sobre tierras que aparentan no tener ocupantes podría considerarse un acto de guerra. La Presidente Newsome ha tomado la decisión correcta y todos los actores de este drama merecen el más severo de los castigos».

Varios líderes extranjeros han amenazado que cualquier secuestro por parte del ejército será respondido militarmente. La Presidente Newsome y su equipo miran como surgen las amenazas y qué posición toma cada uno alrededor del mundo.

La Presidente Newsome telefona al presidente de un país poderoso.

—Gracias, señor, por tomar mi llamado. Estoy segura de que está al tanto de las repercusiones que ha tenido este incidente del secuestro.

—Sí, señora presidente, tiene mucho que aclarar. Por supuesto que vamos a apoyarla en lo que esté a nuestro alcance.

—Creo que lo tenemos bajo control. Ahora mismo están siendo detenidos los que llevaron a cabo este programa. Este es un momento de gran

dificultad debido a otros problemas, en especial en su zona, con las desavenencias en las relaciones políticas.

—Usted hágase cargo de su zona y yo vigilaré la mía —le dice el presidente.

—Lo haremos pero, por favor, tenga en cuenta que somos responsables de cuidar a aquellos que no pueden cuidarse a sí mismos —dice la Presidente Newsome.

—Usted es una buena persona, señora Presidente. Nos mantendremos en contacto.

—Quiero que me pongan al día de toda la gente que trabaja para Violet —le dice la Presidente Newsome a su equipo.

—Sí, señora.

Destino D. F.

Luego de algunas horas de vuelo, Manuel, Miguel, Sara y Laura aterrizan en el Distrito Federal de Washington. Miguel está entusiasmado porque ha visto muchos edificios y lugares interesantes desde las ventanillas del avión. Una limusina los recoge del aeropuerto y los llevan a la Casa Blanca. Todos siguen al embajador que les va dando datos de lo que ven. Les suena a ruido ambiental ya que su atención es visual, pero tratan de incorporarlo todo.

—Sí, embajador, me informaron que le avise a la presidente en cuanto llegasen. ¿Desean algo después de este largo viaje? —pregunta la secretaria de la presidente.

La secretaria se comunica por teléfono y poco tiempo después aparece un hombre que es el secretario de prensa.

—Hola a todos, yo soy Henry Tucker, el secretario de prensa y estamos por ir a ver a la presidente. Solo quisiera repasar unas cuestiones antes de entrar. Primero y principal, habrá camarógrafos allí adentro, no dejen que los fastidien. Sean ustedes mismos, usarán las mejores fotos que obtengan para publicidad. Cuando entremos allí, les presentaré a la presidente y ella estrechará sus manos a medida que de sus nombres. Nos sentaremos en los sillones y ella les hará algunas preguntas. Una vez más, sean ustedes mismos, no teman. Ella es muy simpática y esta se supone que es una visita de cortesía. ¿Todos entendieron? ¿Preguntas?

Miguel se encoje de hombros al escuchar al intérprete y Tucker los lleva a la Oficina Oval.

—Señora Presidente, permítame presentarles a Manuel, Miguel, Sara y Laura. Gente, esta es la Presidente Vickie Newsome.

—Es un placer conocerlos —dice Vickie y se acerca a estrechar las manos. Saluda al embajador—: Hola, Tim. ¿Cómo estás?

—Bien, señora Presidente.

Tucker les indica con un gesto que tomen asiento y se ubican en los sillones cara a cara. Manuel y su gente en un sillón y el secretario de prensa junto con el embajador enfrente. Vickie se sienta en una silla entre los dos.

—Bueno, vaya historia que les ha tocado vivir. —Manuel mira a Sara y sonrío pero no dicen nada. Vickie mira al embajador que le devuelve la sonrisa. Vickie continúa—: Saben, cuando me enteré de lo que había pasado, quedé impactada e incluso furiosa. Me preguntaba quién podía haber hecho esto y luego supe que era una antigua archienemiga mía llamada Violet. Pensé que había dejado las cosas claras hace tanto tiempo, pero es ve que logró hacer uso de su poder sin mi consentimiento. No obstante, ya lo solucioné. — Sigue reinando el silencio ya que ninguno de los visitantes sabe qué decir—. Saben que, salgamos de aquí.

—Señora, ¿dónde desea ir?

—Preparen el helicóptero, daremos una vuelta.

—¿Adónde? —pregunta uno de los oficiales.

—Por la ciudad, para mostrarles las vistas.

El oficial del servicio secreto avisa que preparen el *Marine I*. Vickie camina hasta Miguel y Laura y se arrodilla ante ellos.

—¿Qué les parece que veamos la ciudad desde el aire? —Se les iluminan los ojos y Vickie sonrío—. ¡Genial!

Los escoltan hasta la terraza cuando llega el helicóptero. Cuando se eleva, Vickie describe los monumentos que ven. Les muestran el Pentágono y toda la ciudad desde el helicóptero. Vickie mira a Miguel.

—Ya sé lo que quieres ver —le dice—. Llévenos hasta el Observatorio Naval —le ordena al piloto.

Cuando el helicóptero se acerca, los ojos de Miguel se encienden ya que lo reconoce.

—Padre, es un telescopio —le dice Miguel.

—¿Dónde, hijo? —pregunta Manuel mirando en todas las direcciones.

—Dentro de ese edificio redondo.

El helicóptero aterriza y la gente de seguridad ya se encuentra lista para recibirlos. Al entrar al edificio, una señora en bata de laboratorio los está esperando.

—Hola, mamá —saluda y abraza a Vickie.

—Gente, esta es la científica encargada de los proyectos especiales de este observatorio, mi hija, Verónica. Verónica este es Miguel, el jovencito del que te hablé y su padre Manuel y unas amigas, Sara y Laura. —Verónica saluda estrechando sus manos, le dice a Miguel—: He oído que eres casi un astrónomo.

—Quisiera serlo.

—¿De veras? Bien, dime, ¿cuál es la constelación más conocida que veríamos desde aquí si fuera de noche ahora mismo?

Miguel piensa un momento.

—Orión —dice.

—Muy bien —dice Verónica con una sonrisa—. Ya eres un astrónomo. ¿Tú que piensas? —le pregunta a Laura.

Laura mira a su mamá y dice:

—Creo que voy a tener el mejor hermano del mundo.

—¿Hermano? —pregunta Verónica.

—Mi mamá y su papá van a casarse.

—Bueno, felicitaciones entonces.

—Qué emocionante —dice Vickie—. ¿Cuándo será el acontecimiento?

Manuel y Sara se miran.

—Bueno, no hemos puesto fecha aún —dice Sara.

—Bien, entonces permítanme decirles algo, ustedes decidan cuándo y dónde les gustaría y yo me haré cargo del traslado de toda la aldea hasta allí y de todo lo demás. Aparte les regalaré la luna de miel donde elijan.

—Gracias, señora Presidente. Es muy amable de su parte —dice Manuel.

—Será un placer. Ahora ¿qué les parece si llevamos a este jovencito al observatorio?

Verónica los acompaña y les va relatando la historia del lugar, les muestra las diferentes pantallas hasta llegar al telescopio óptico principal de visión nocturna.

—¿Qué te parece? —le pregunta Verónica a Miguel que tiene los ojos clavados en él.

—Es precioso. Padre ¿no te parece magnífico?

—Ya lo creo, hijo —reconoce Manuel.

—Bueno, ya no usamos el telescopio. Es más una atracción turística, pero seguimos manteniendo otros en diferentes lugares. Se hacen muchas otras cosas importantes en este edificio ahora.

Verónica lleva a Miguel y a Laura a ver las diferentes funciones del telescopio y Vickie se queda con Manuel y Sara.

—Señor Ortiz, tiene un hijo muy talentoso —le dice Vickie.

—Estoy orgulloso de él. Siempre ha sentido un profundo amor por las estrellas. A veces se queda despierto toda la noche solo para contemplarlas.

—Sería una pena que no siguiera la universidad o hiciera algo relacionado a lo que tanto le interesa.

—Lo sé, se lo merece. Es obvio que no está hecho para ser un criador de cabras o un granjero.

—No hay nada malo en eso, pero la astronomía es para Miguel. Saben, se me ocurre algo.

—Sí, señora.

—¿Qué les parece si enviamos un tutor que lo ayude como al resto de los aldeanos? Lo prepararía a Miguel para la universidad.

—Tenemos un tutor que viene de vez en cuando para ayudar a los niños —dice Manuel.

—Sí, pero yo hablo de escuela a tiempo completo. Nos enfocaríamos en Miguel y en cualquier otro que tuviera un interés específico.

—A él le encantaría, pero ¿cómo voy a afrontar los gastos universitarios?

—Yo lo haré.

—¿Señora?

—Yo pagaré por los gastos universitarios de él y de Laura también. Incluso de cualquier otro joven de la aldea que lo desee. Pero Miguel irá a la mejor universidad de Astronomía y trabajará de pasante con mi hija durante y después de sus estudios. Eso significa que podrá trabajar de lo que ama.

—¿Usted haría esto por nosotros? —pregunta Sara.

—Por supuesto —dice Vickie sonriendo.

Sara mira a Manuel que tiene la mirada clavada en el suelo y luego a Sara.

—No sé cómo darle las gracias —le dice.

—Entonces ¿tenemos un trato?

—Lo que sea que Miguel elija.

—Estoy orgullosa de ti y Sofía lo estaría también —le dice Sara a Manuel y lo abraza.

—Lo sé —dice Manuel.

Vickie parece confundida pero luego deduce que Sofía debe de ser a

difunta esposa de Manuel.

—Es un hecho entonces —dice Vickie. Todos miran en torno a Miguel y Laura que están hablando con Verónica y le hacen un millón de preguntas. Verónica los mira y les sonrío.

Manuel y Sara van por su cuenta a ver unas pantallas y en busca de un poco de privacidad.

—Ha pasado todo tan de prisa. ¿Cómo podré volver a mi antigua vida? —pregunta Manuel.

—¿Quién dijo que tenemos que volver a nuestra antigua vida? —dice Sara—. Nos darán casas, electricidad, electrodomésticos y provisiones. Todo lo que tenemos que hacer es lo que nos haga felices. Si es sembrar y criar animales, eso será. Solo viviremos un poco mejor sin perder nuestra esencia. También es una posibilidad para dejar de ser prisioneros de una vida dura solo por sentirnos culpables. —Manuel la mira confundido y ella sigue—: Sabes de lo que hablo, señor Ortiz, libérate. Mereces ser feliz y vivir para cantar y ser quien siempre quisiste ser.

Manuel la mira en silencio y sonrío.

—Voy a casarme contigo tan pronto pueda —le dice a Sara—. ¿Qué podría darte que supere todo lo que nos acaban de regalar?

—Un hijo nuestro —dice Sara y se ríe.

Manuel sonrío. Un agente del servicio secreto que los sigue a lo lejos se aproxima.

—Señor, señora, estamos listos para partir.

Lo siguen, Miguel y Laura los esperan junta a Vickie y a Verónica.

—Bien, hijo, ¿has visto todo?

—Oh, sí, señor —dice Miguel y sonrío.

Vuelven en el Marine I a la Casa Blanca para sacarse algunas fotos en

el Despacho Oval. Luego de posar para las fotos, Vickie dice:

—Gente, siéntanse libres de permanecer aquí el tiempo que deseen como nuestros huéspedes y mi gente se encargará de llevarlos adonde deseen dentro de este bello país.

—Eso sería divertido —dice Manuel.

—Bien. Tenemos un trato. Antes de irse, tengo unos regalos para Laura y Miguel. Aquí tiene señorita —le dice Vickie a Laura y le entrega un paquete. Laura lo abre y es una cajita de música para alhajas con collares adentro. Sus ojos se encienden y se lo muestra a su mamá. Le entregan otro paquete a Vickie que se arrodilla frente a Miguel y le dice—: Para usted, caballero.

Miguel se queda contemplando la caja y mira a su papá que le hace señas de que lo abra. Miguel emocionado abre la caja despacio y saca una piedra gris dentro de una caja de plástico.

—Señora, ¿qué es? —le pregunta.

—Esa es una roca de la luna. Solo un puñado de personas fuera del gobierno posee una. Ahora tú eres uno de ellos —le dice Vickie.

—¡Vaya! Una roca lunar. Gracia, señora Presidente.

Vickie le da a Miguel un aparato y le dice:

—Esto también es para ti, en caso de que te encuentres una vez más donde no debes.

Miguel mira confundido.

—¿Qué es, señora?

—Es un teléfono satelital y está programado para que puedas llamarme de forma directa. Si algún día me necesitas, me llamas a la hora que sea. Será una llamada directa a mi celular. Mi gente te mostrará cómo usarlo ¿bien? —Miguel mira el teléfono y abraza a Vickie—. Bien —dice Vickie al ponerse de pie—. Lo digo en serio, Miguel, si me necesitas, me llamas.

—Sí, señora Presidente.

Saludan con la mano antes de salir ya que los llevan a un lindo hotel a descansar y para que decidan dónde quieren ir después. Cuando Manuel les pregunta dónde quieren ir, los niños elijen un parque de atracciones.

—¿Y cómo saben ustedes que existe algo así como un parque de atracciones?

—¿No conoces los parques de atracciones? —dice Laura, horrorizada.

Miguel mira a Sara y Sara le hace un guiño a Manuel para que deje e torturar a los niños.

—Bien, parque de atracciones, decidido.

Descanso liberador

Viajan a un estado soleado donde el turismo florece. Luego de instalarse, Miguel y Laura quedan impresionados por el esplendor del parque de atracciones que parece no tener fin. Su entusiasmo es descontrolado y quieren probar todos los juegos. Los encargados les han prometido acceso fácil y rápido a pesar de la muchedumbre. De todas maneras, todo el mundo los reconoce y no tienen problemas en dejarlos pasar. A veces los aplauden y les piden que se detengan para sacarse una foto con ellos. Son momentos que nunca olvidarán y a medida que el día avanza, los niños demuestran cansancio y van perdiendo el entusiasmo. Vuelven al hotel y le llevan una excelente comida para terminar el día. Manuel y Sara miran la cantidad interminable de canales de televisión y estaciones de radio. Todo parece estar armado para combatir cualquier tipo de aburrimiento, pero ya están aburridos de todo eso. Sin embargo, hacen el sacrificio por el bienestar de sus hijos.

Al día siguiente la familia regresa al parque de atracciones, aunque

Miguel y Laura aún disfrutaban de los juegos, el entusiasmo no es el mismo y para el mediodía quieren volver. Los guías los llevan a un recorrido por los lugares históricos alrededor de país. Luego de varios días de recorridas, terminan con la visita a una hermosa zona desértica que parece pintada con muchos colores.

—Laura, ¿dónde está Miguel? —pregunta Manuel cuando cae la noche.

—Sentado en una roca, contemplando las estrellas.

Manuel va en busca de Miguel.

—¿Algo anda mal, hijo?

—Nada, señor.

—Extrañas tu hogar, ¿verdad?

—Me he divertido mucho aquí, pero extraño mi hogar —admite Miguel.

—Tenemos que ir a ver a la presidente de los Estados Unidos una última vez y luego nos llevarán a casa. Nos iremos mañana.

—Papá...

—Sí, hijo.

—¿Tú crees que es tonto que un niño granjero quiera convertirse en astrónomo? —le pregunta Manuel.

—Se educa a la gente para que sea inteligente y estudie cosas como astronomía. Yo me he quedado muy por detrás.

Manuel abraza a su hijo.

—Miguel ¿se dieron cuenta ellos que estábamos en el lugar equivocado? ¿Tienen ellos el entusiasmo de contemplar las estrellas todas las noches? No lo creo. Verás, hijo, a veces lo que parece una ventaja puede retener a la gente. Es la persona hambrienta la que le siente el verdadero sabor a la comida. Tú tienes un hambre y una mente que está hecha para las estrellas.

Serás uno de los grandes.

Miguel sonrío.

—Gracias, papá. ¿Podemos ir a casa ahora?

—Vayamos a casa.

Emprenden el regreso hacia el hotel y Manuel le informa a los guías que darán por terminada la excursión. Hacen los preparativos para volver al Distrito Federal de Washington y se lo informan a la presidente.

—Bien, ya estaba lista para volver —dice Sara cuando Manuel le informa su decisión—. ¿Y qué hay de ti, pequeña?

Laura los mira.

—Supongo que sí. Aunque a mí sí me gustó este parque de atracciones.

—Quizás vuelvas algún día —le dice Sara.

A la mañana siguiente, el avión vuela de regreso a Washington y se reúnen con la presidente por última vez.

—¿Han encontrado un buen lugar para la boda y la luna de miel? —pregunta Vickie.

—Bueno, hemos hablado de ello en el viaje y la verdad es que nos gustaría casarnos en la aldea.

—No estoy tan seguro acerca de la luna de miel —añade Manuel— aún lo estamos pensando.

—Bueno, eso suena bien. Tengo algo para usted, señor Ortiz —dice Vickie.

—¿Sí, señora Presidente?

—¿Le dice algo el nombre de Martín de López?

—¡Claro! Es una leyenda de la música en mi país.

—Bueno, en todos lados, en verdad. Hablé con él y le conté que usted solía ser cantante. Le gustaría grabar un álbum con usted.

Manuel mira a sus alrededor y todos se miran en silencio.

—Eso sería como un sueño hecho realidad para mí.

—Cuando esté establecido, llámelo. Mi gente tiene sus datos de contacto —dice Vickie.

—Gracias, señora Presidente.

—Por nada, señor. —Vickie mira a Miguel—. ¿Aún tienes tu teléfono?

—Sí, señora.

—Bien.

—Señora, ¿qué le pasará a la señora Chambers? —pregunta Miguel.

Vickie mira a su equipo quienes le recuerdan acerca de Jill Chambers y de las audiencias del Senado. Ella le responde:

—Oh, Miguel. Ella está enfrentando cargos junto a los otros por ser parte del secuestro.

Miguel mira al suelo.

—¿Debe hacerlo? Ella nos ayudó.

—Mira, ella no es inocente, también era parte de esto —le explica Vickie.

—Yo no quiero este teléfono si ella va a la cárcel —dice Miguel y extiende el teléfono.

Vickie se sorprende y empuja el teléfono hacia Miguel otra vez.

—Quédate con el teléfono. Voy a perdonar a la señora Chambers. No irá a la cárcel. ¿Trato hecho?

—Trato hecho. —Se iluminan los ojos de Miguel.

Vickie sonríe.

—Gente, debo apurarme porque tengo una crisis que atender. Al parecer hay una epidemia de algún tipo de virus en Europa. Siempre hay algo que atender pero les deseo un placentero viaje de regreso a casa y gracias por

pasar a saludar.

Todos posan para unas fotos para la prensa antes de emprender el regreso a México.

Se siente bien estar de regreso en casa

Llegan a la aldea para ver las casas terminadas y los remolques removidos. Solo queda un pequeño contingente de oficiales del gobierno que viven cerca para asegurarse de que nadie externo a la aldea los incomode. Los aldeanos se acercan a abrazarlos ya que están contentos de volver a ver a los viajeros.

—Este lugar no es lo mismo sin ustedes, pero los hemos visto por la televisión —les dice Héctor.

—Es bueno estar de vuelta en casa. Esos lugares son muy bonitos pero este es nuestro hogar. Hasta Miguel tenía ganas de volver.

—Bueno, el muchacho está madurando.

—Aquí es donde las estrellas están siempre en su lugar —dice Miguel sonriendo.

Todos en la aldea se ríen.

—Y estamos agradecidos por eso —dice Héctor y le palmea la espalda.

—Veo que han terminado las casas —dice Manuel.

—Oh, sí, hasta tenemos electricidad y agua corriente. También han llevado agua a los corrales de los animales y a la zona de la huerta.

—¿Qué hay del resto de ustedes? ¿Alguno de viaje? —pregunta Manuel.

—Algunos de los más jóvenes tienen ganas, pero queríamos saber cómo te había ido a ti primero —le dice Héctor.

—Bueno, hay muchos lugares bellos que visitar y muchas cosas para

hacer. Pero el hogar es el hogar, en lo que a mí concierne —le dice Manuel al grupo.

Manuel observa un bloque de cemento ubicado no muy lejos de la aldea.

—¿Qué es? —pregunta.

—No estoy seguro, es algo que están construyendo y que dijeron íbamos a necesitar. Dijeron que regresarían a terminarlo cuando lleguen los materiales —le cuenta Héctor.

Sara abraza fuerte a Héctor.

—¿Cómo estás? —le pregunta.

—Bien. Mira lo que me han dado.

Héctor lleva Sara a su casa, detrás hay un corral y en él un hermoso caballo negro.

—Me pregunto ¿de dónde habrán sacado la idea de regalarme un caballo? —le pregunta sonriendo.

—Me temo que saben todo. ¿Puedes montarlo? —pregunta Sara.

—Sí, Zane me ha ayudado. He montado a *Shadowlove* un par de veces.

Sara sonrío.

—Me alegra —dice Sara y corre para alcanzar a Manuel.

Manuel y Miguel llegan a su nueva casa y se asombran al ver que tienen electrodomésticos modernos e incluso un televisor. Más allá de eso el diseño es algo rústico y le recuerda su antigua casa.

—¿Qué piensas, papá?

—Pienso que podría acostumbrarme a esto.

Los dos se están riendo cuando escuchan que alguien golpea a la puerta. Miguel invita a Sara y a Laura a que pasen a conocer su casa.

—Muy linda, pero podría ponerle un toque femenino —observa Sara.

—¿Qué tal su casa? —pregunta Manuel.

—Es hermosa —dice Sara.

—Parece que nos va a costar decidir en cuál vivir.

—Para nada. Mi deseo es vivir dónde sea que tú estés.

—Pienso que se anticiparon al construir esta casa porque tiene cuatro dormitorios —dice Manuel.

—¿Cuatro?

—Sí, uno para nosotros, uno para cada uno de los chicos y el cuarto del bebé.

—Mi hombre —dice Sara después de tomar a Manuel por la cabeza y besarlo.

Miguel y Laura se miran y van a conocer sus nuevos dormitorios.

—Te amo, Manuel —dice Sara.

—Tú has hecho que el amor vuelva a nacer en mi corazón, Sara —le dice Manuel.

Abrazados se ríen al escuchar cómo Miguel y Laura discuten acerca de cuál será el dormitorio de Laura y cuál el cuarto del bebé.

—¿Tendremos que detener la pelea?

—Sigamos abrazados y escuchemos qué pasa —dice Sara y se acurruca aún más.

Al día siguiente, Manuel se despierta con el aroma a comida.

—Buenos días —dice Manuel cuando entra a la cocina y encuentra a Sara preparando el desayuno.

—Buenos días, señor —responde Sara.

—Qué bien huele.

Alguien toca a la puerta, Manuel abre y se encuentra con Carlos.

—¡Hermano! —dicen los dos al unísono y se funden en un abrazo.

—Elisa, ¡qué alegría volver a verte! —le dice Manuel al verla detrás de Carlos.

—Lo mismo digo, Manuel —responde Elisa con una sonrisa.

—Me gusta tu nueva casa, hermano —dice Carlos.

Miguel corre a buscar a Carlos.

—¡Tío!

—Bueno, miren a este viajero —lo saluda Carlos sonriendo.

—Vengan, vamos a sentarnos a la mesa y a disfrutar de este excelente desayuno que Sara está preparando —dice Manuel.

—Hola, Sara, es un gusto volver a verte. ¿Conoces a Elisa?

—Hola, Carlos, y es un gusto volver a verte Elisa. ¿Cómo les gustan los huevos?

—Como a cualquier hombre, revueltos, por supuesto —dice Carlos.

Sara se ríe.

—Claro. ¿Y tú Elisa?

—Deja que te ayude con eso —se ofrece Elisa y va hasta la cocina para unirse a Sara.

—Bueno, ¿cómo has estado? —le pregunta Manuel a su hermano cuando se sienten a la mesa.

—Como la última vez que nos vimos, aún estoy sorprendido de lo que les ha tocado vivir.

—Una aventura. Más parecida a una pesadilla.

—Me imagino que así habrá sido, sobre todo al darte cuenta que no estaban en casa —dice Carlos.

Sara y Elisa llegan con la comida.

—Voy a despertar a mi pequeña para que venga a comer, enseguida estoy de vuelta —dice Sara.

—Te acompaño —dice Elisa y la acompaña afuera.

—Tío, ¿sabes que tú nos salvaste al ayudarme a entender las estrellas? —le dice Miguel.

Carlos y Manuel se miran.

—Bueno, puede ser que yo te haya iniciado en el camino, pero tú sentiste la vocación. Fue todo gracias a ti, Miguel. Tú lo descubriste y pusiste manos a la obra —le dice Carlos.

Miguel sonríe y sigue comiendo.

—Sé que ya me lo dijiste, pero tú hiciste que el gobierno se preocupara ¿no? —pregunta Manuel.

—Así es, una vez que conseguí que me escucharan, todos se pusieron en marcha. Pero al no saber dónde estaban, las pistas se enfriaron. Sin embargo, creo que tenían alguna sospecha.

—¿Los molestó la prensa?

—Oh, sí. Acecharon mi casa durante semanas. Sobre todo cada vez que aparecías en las noticias viajando alrededor de los Estados Unidos. Todos los siguieron de corazón.

—Era un lugar hermoso —admite Manuel—, pero este es nuestro hogar. Fue Miguel quien pidió regresar.

—¿En serio?

—Tenía ganas de volver —dice Miguel.

—Está madurando —dice Carlos y sonríe.

—Hermano, permíteme que te pregunte algo. ¿Qué están construyendo cerca de la aldea? —pregunta Manuel.

—Es una torre de agua que pueda contener el agua bombeada —le dice Carlos.

—Bien. Supongo que tiene sentido en caso de sequía.

—Tío, papá va a hacer una canción con De López —le dice Miguel.

—¿Con De López? —exclama Carlos.

—Sí, lo organizó la presidente de los Estados Unidos. Vamos a hacer juntos un álbum—le dice Manuel.

—Eso es increíble, hermano.

—Desde que era joven que quiero grabar un disco. Solo espero estar a la altura de las circunstancias.

—Vas a estar genial. Ellos te ayudarán a hacerlo —le dice Carlos.

Sara y Elisa regresan con Laura.

—Los modales, jovencita —la reprende Sara cuando Laura corre a la mesa y comienza de inmediato a comer. Laura la ignora y sigue comiendo. Elisa le guiña el ojo a Carlos y él le sonríe.

—Le dedicaré el álbum a mi nueva familia —anuncia Manuel.

—Gracias, papá —dice Miguel.

—¿Álbum? —pregunta Elisa.

—Mi hermano va a grabar un álbum con De López —le comenta Carlos.

—¡Con De López!

—Espero no hacerlo pasar vergüenza —dice Manuel.

—¿Qué nombre llevará el álbum, entonces? —pregunta Carlos entre bocados.

—Bueno, supongo que eso quedará a decisión de De López, pero si me preguntaran a mí, quizás...

—¡Sofía! —interrumpe Sara.

Manuel y Miguel la miran.

—¿Qué? —dice Manuel.

—Deberías llamarlo Sofía porque ustedes dos cantaban juntos y sería una manera de homenajearla.

—Manuel toma la mano de Sara y mira a Carlos.

—No pude haber encontrado mujer más perfecta. Como lo es Elisa

también, por supuesto.

—Bueno, tenemos nuestros grandes tesoros, hermano. ¿Qué opinas, sobrino?

—La señora Martínez es la madre que yo siempre quise tener. Me hace muy feliz que sea mi madre y que Laura sea mi hermana. Pienso que el álbum debe llamarse Sofía como ella dijo. Así cuando la gente lo escuche, ella puede cantar el cielo y recordar los buenos tiempos.

Manuel se queda asombrado.

—Hijo, lo llamaremos Sofía, te lo prometo. —Mira a Sara y prosigue —: Pero igual te lo voy a dedicar a ti, amor mío.

Sara sonríe.

—Te amo —le dice.

Miguel corre a su dormitorio y vuelve con una caja.

—Mira, tío, quiero que tengas esto. Es un regalo que me hizo la presidente estadounidense.

Carlos abre la caja.

—¿Qué es? —pregunta.

—Es una roca lunar.

—De seguro que es una joya. No obstante, creo que te pertenece a ti. Gracias de todas maneras, sobrino.

—Puedo prestártela, si quieres —le ofrece Miguel.

—¿Sabes qué? Vendré a contemplarla cuando te visite. No me gustaría perderla o que me la robaran. Es demasiado valiosa.

Carlos y Elisa se quedan un par de días. Sara y Elisa pasan el tiempo juntas, como hermanas, y Sara le enseña a coser.

—Siempre quise aprender a coser y nunca pude —dice Elisa.

—Yo lo disfruto —dice Sara—. Encuentro algo de paz haciendo estas cosas. Es un pasatiempo productivo.

—Es hermosa la paz que hay en este lugar. Nada de autos ni sirenas como en la ciudad. Y tengo que admitir que las casas nuevas son mucho más confortables que las antiguas.

—Eso tenlo por seguro —admite Sara con una sonrisa—. Tampoco es que antes no me gustara, uno se acostumbra a todo. Solo es cuestión de aceptar tu vida como se presenta y la felicidad llega sola.

—Es una bonita forma de decirlo. Espero que vengamos seguido a visitarlos.

—Claro, siempre serán bienvenidos.

—Gracias. Ahora dime, ¿qué tienen organizado para la boda?

—La presidente estadounidense nos ha ofrecido algo hermoso, pero creo que prefiero algo simple. ¿Y tú?

—Sabes que no sé. Quizás lo hagamos aquí —dice Elisa.

—¿Aquí? ¿Estás segura?

—¿Por qué no?

—Pensé que ustedes harían algo en la ciudad —dice Sara.

—No tengo parientes en la ciudad. Supongo que aquí sería más apropiado.

—Qué bien.

—Sabes, la verdad es que Carlos se volvió loco tratando de encontrarlos —dice Elisa.

—Bueno, a decir verdad, jamás hubiéramos regresado si no hubiera sido por Miguel.

—¿Piensas que las cosas hubieran terminado mal para todos ustedes? —pregunta Elisa.

—Sí. No había forma de que nos trajeran de regreso. Éramos la prueba de sus planes y ya habían matado a uno de nosotros.

—Escalofriante.

—Sí, pero Dios nos cuidaba —dice Sara.

—Por medio de la ayuda de un jovencito.

—Sí, me sentiré orgullosa de poder llamarlo hijo dentro de muy poco.

Por fin llega el tiempo de partir.

Carlos mira a Miguel

—Antes de irme hay algo que quiero darte —le dice y va hasta el todoterreno y saca una caja. Miguel la abre con emoción y saca una llave.

—¿Para qué es esta llave, tío?

—Ya lo verás. Cuídala mucho —le dice Carlos.

—Bien, lo haré.

Miguel abraza a Carlos y a Elisa y los saluda con la mano.

Suenan las campanas en el valle

Pasan los meses y llega el gran día, un hermoso día para la boda de Manuel y Sara. La aldea se ha transformado en un evento de gala con la presencia de las personas más importantes del gobierno mexicano y del ejército, así como también la presidente estadounidense, Vickie, y su hija Verónica. Alguno de los militares y policías australianos que ayudaron en el rescate de la aldea también están presentes en el evento. La televisión está cubriendo la boda y De López está allí con las canciones de su último y exitoso álbum, Sofia.

Carlos, el padrino, y Manuel están de pie en el altar a la espera de Sara y Miguel. Laura lleva los anillos por el pasillo y se para a un costado, sonriendo.

—¿Por qué estás tan nervioso. Ya has pasado por esto —susurra Carlos.

—No con todo el mundo mirando y jefes de estado en mi boda.

—No te preocupes por eso. Hoy se trata solo de ti y de Sara. — Carlos le sonrío a Elisa que le tira un beso.

—¿Fueron tú y Elisa los que construyeron este arco?

—No, Zane y el Burro lo hicieron —dice Carlos.

Manuel mira a Zane y a Raúl y les hace un gesto con la cabeza, ellos le devuelven una sonrisa.

—Sabes... —comienza a decir Manuel cuando la ve a Sara de pie al final del pasillo. Está deslumbrante en su vestido, parece una muñeca.

—Oh, hermano —dice Carlos.

—Discúlpame, Sofía, pero es el ser más hermoso que jamás haya visto —dice Manuel.

—Creo que Sofía estará de acuerdo contigo —responde Carlos.

El sacerdote pide a todos atención y, a medida que lee los pasajes y las observaciones, el sonido de su voz se desvanece para Manuel y Sara que solo pueden clavarse las miradas. Solo siente un leve murmullo de la brisa del desierto que los cubre como una manta amorosa. Lo único que les importa en ese momento es el amor que siente uno por el otro. Miguel y Laura se toman de la mano sabiendo que ahora se convertirán en hermanos. El tiempo parece detenerse y es como si ese momento fuera eterno. La ceremonia sigue sin contratiempos y el sacerdote los declara marido y mujer. Se besan y el mundo celebra.

Ya de tarde en la fiesta, De López empieza a cantar y Vickie junto a otros dignatarios del gobierno se acercan hasta Manuel y Sara para felicitarlos antes de partir.

—¿Adónde han decidido ir de luna de miel ustedes dos? —les pregunta Vickie.

—Vamos a ir al recital de mi marido con De López en el estadio de la ciudad de México, luego recogeremos a los niños que estarán con Carlos.

—Me parece una linda escapada —dice Vickie—. Oh, por cierto, el gobierno australiano ha erigido un monumento en honor a la aldea en el sitio donde vivieron durante el secuestro. Aquí tienen una foto. —su asistente le alcanza una foto que ella le entrega a Héctor.

Tanto Vickie como los demás oficiales se retiran. Pero antes de partir, Vickie se acerca a Miguel.

—Todo astrónomo necesita un telescopio, ¿no crees? Aunque más no sea uno sencillo para comenzar. Mi hija está eligiendo uno y pronto estará aquí. Espero que lo disfrutes.

—Gracias, señora —le dice Miguel.

Manuel y Sara se van de luna de miel y Carlos y Elisa se llevan a los niños a su nuevo hogar en la ciudad. Los niños suben sus cosas al vehículo de Carlos y él le dice a su sobrino:

—Miguel, ve hasta dónde está ese grupo de personas.

Miguel los mira y vuelve a mirar a su tío algo confundido, pero de todas maneras se dirige hacia donde le indica su tío. La gente se corre y él puede ver a Jill Chambers. Ella se arrodilla para abrazarlo.

—¿Cómo estás, jovencito? —le dice Jill.

—Feliz de saber que no está en la cárcel.

—Yo también. Tu ruego a la presidente consiguió el perdón para mí y no iré a la cárcel. Es más, ahora trabajo para el equipo de ciencias de la presente.

—Me alegro mucho.

—Tengo un regalo para ti —dice Jill, busca en su bolsa y saca un pedazo de varilla metálica.

—¿Qué es esto? —pregunta Miguel.

—Tuve que mover algunas influencias en mi nuevo trabajo pero conseguí esto para ti. Es un pedazo del último transbordador espacial que voló por América. Tienes una partecita de un vehículo que voló por el espacio. Ahora es parte de la historia.

—¡Vaya! Gracias. —Miguel se queda atónito mirando el pedazo de varilla metálica.

—Me tengo que ir pero quería verte. Vendré a visitarte de tanto en tanto.

—¿Es una promesa?

—Es una promesa —dice Jill y sonrío más allá de las lágrimas.

Se abrazan y ella se va con el resto del grupo.

Miguel la saluda con la mano y regresa con Carlos, Elisa y Laura y

les muestra lo que ella le regaló.

—Parece el caño de una tubería —dice Laura frunciendo el ceño.

Miguel sonríe cuando Carlos suelta una carcajada. Elisa sube a Laura al todoterreno.

—Bien, niños. Marchemos —dice Carlos.

Equinoccio

Luego de la luna de miel, Carlos y Elisa llevan a Miguel y a Laura de regreso a la aldea. Manuel les describe el concierto a los aldeanos con brillo en los ojos y Sara lo observa con orgullo. Los aldeanos ríen y prestan plena atención a Manuel cuando les muestra la guitarra autografiada que le regaló De López.

—Me dijo que tocará conmigo de tanto en tanto —les comenta.

—¿Realmente deseas ser parte de la vida moderna de ese modo, Manuel? —le pregunta Héctor.

Manuel mira el suelo y sonríe.

—No importa qué suceda, este será siempre mi hogar. Yo no me voy a marchar, pero no veo nada malo en tomar vacaciones una vez cada tanto.

—Cuidaré de todos cuando tú no estés —dice Zane.

—Gracias, Zane, no podría pensar en nadie mejor que tú para que lleve las riendas de este lugar cuando yo no esté.

—Creo que voy a ir a dar una vuelta a ver si encuentro más edificios extraños —dice Raúl.

—¿No has aprendido la lección? Quédate cerca —le dice Zane.

—Bien —dice Raúl y comienza a reír y a rebuznar mientras todos ahogan la risa.

En cuanto a ti, jovencito —dice Manuel mirando a Miguel—, tienes muchas cosas que aprender si quieres ir a la universidad.

—Sí, señor.

—Veo que has hecho un collar con esa llave que te di —dice Carlos.

Miguel lo mira y sonríe.

—Sí, señor. Lo llevo siempre conmigo.

—Hemos decidido la fecha de nuestra boda —les comenta Elisa.

Será el día del primer aniversario de su boda. Queremos que sea un día especial para todos nosotros.

La vida les sonríe a los aldeanos que disfrutan de algunas de las comodidades del mundo moderno sin las ataduras que nos convierten en deudores a la mayoría de nosotros. Al parecer, no hay nada malo en aceptar algunas comodidades siempre y cuando no se conviertan en la búsqueda de toda una vida. La economía sigue siendo simple, sienten sus vidas realizadas, siguen trabajando duro y solo se preocupan por lo importante. Han sido compensados por el secuestro y viven como siempre lo han hecho, con algunas excepciones. Ahora tienen lo mejor de los dos mundos. Todos deberíamos ser tan afortunados.

Ya ha caído la tarde y toda la aldea espera afuera la llegada de Carlos, Elisa, Manuel y su nueva familia.

—¿Cómo se ven las estrellas? —le preguntan a Miguel que mira al cielo y responde:

—Perfectas.

—Yo pienso que algunas de las estrellas que vemos están en realidad más lejos de lo que creemos —dice Raúl.

—¿Qué es lo que te hace pensar eso, Burro? —le pregunta Carlos. Elisa le da una palmada a Carlos y le sonríe.

—Raúl —lo corrige ella.

—Mis disculpas, Raúl.

Manuel sonríe y sacude la cabeza ante Carlos. Raúl mira a su alrededor.

—Ustedes saben que el sol parece más grande a veces. Algo en el aire le hace una jugarreta a nuestros ojos y cambia de tamaño. Como un lente

de aumento.

Los aldeanos se dan vuelta y miran a Raúl asombrados mientras Miguel le sonríe.

Raúl los mira.

— Qu ? —pregunta.

Carlos apoya su mano sobre el hombro de Raúl.

—Sabes, Raúl, eres un hombre listo.

Miguel le da unas palmaditas a Raúl y mira a su padre.

—Supongo que vas a contemplar las estrellas —le dice Manuel.

—S , señor.

—Bueno, no te quedes despierto hasta tarde.

Miguel sonríe y camina hasta el nuevo edificio construido cerca de la aldea. Es su observatorio y est  equipado con el telescopio que Vickie le prometió, un gran telescopio reflector que har a feliz a cualquier astrónomo profesional. Miguel abre la puerta con su llave y sonríe al ver la placa al lado de la puerta: «Propiedad de Miguel».

Fin

Cada libro, cada volumen
que lees aquí, tiene un alma.
El alma de la persona
que lo escribió
y de aquellos que lo
leyeron, vivieron y
soñaron con él.

